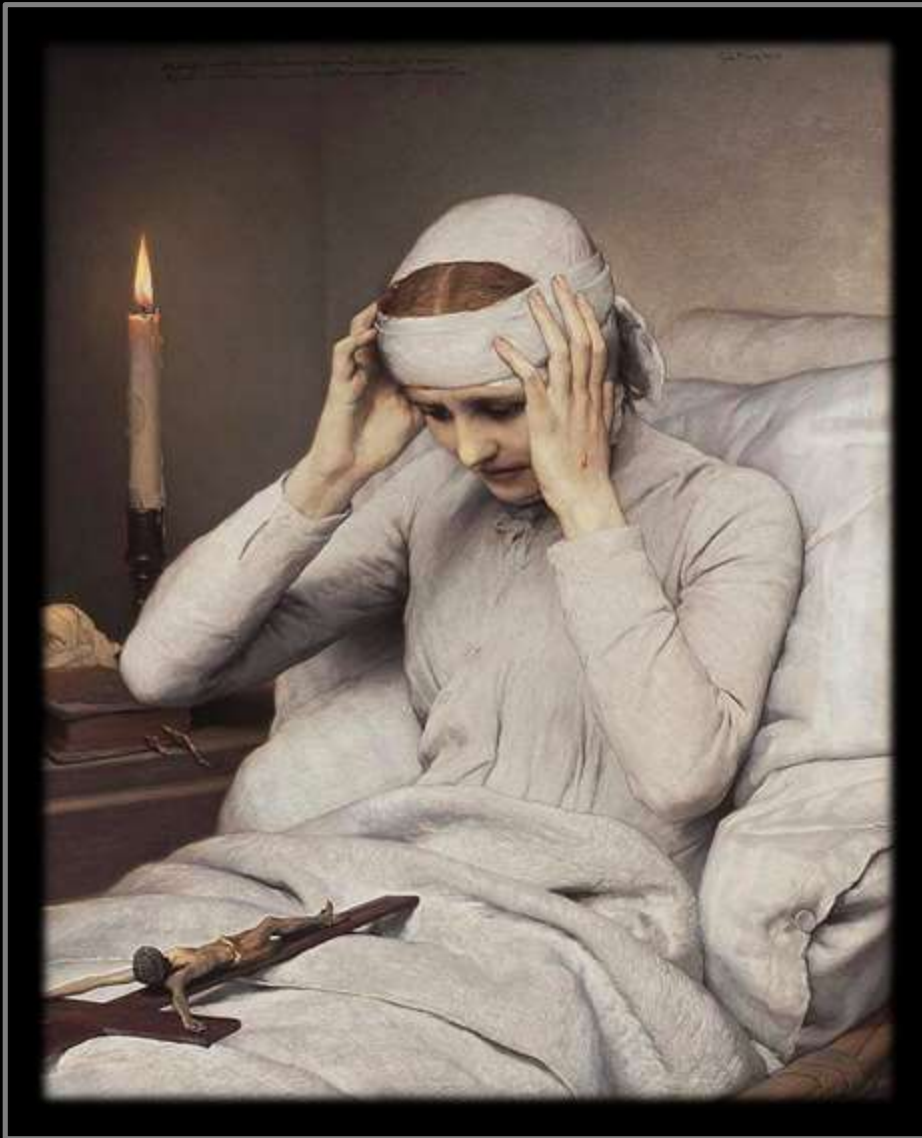


Visiones y revelaciones completas de la venerable Ana Catalina Emmerick



Tomo IX

Viaje de Jesús al País de los Reyes Magos y Egipto

Publicado por la Asociación para la difusión de los relatos de A.C. Emmerick.
(www.anacatalinaemmerick.com)

La vida de Jesucristo y de su madre Santísima

(Viaje de Jesús al País de los Reyes Magos y Egipto)

Según las visiones de la venerable Ana
Catalina Emmerick

Publicado por la Asociación para la difusión de los
relatos de A.C. Emmerick.

(www.anacatalinaemmerick.com)

EPOCA OCTAVA

Viaje de Jesús al país de los Reyes Magos y a Egipto

I

Jesús va a Cafarnaúm pasando por las ciudades de Misael, Tenath, Naím, Azanoth y Damna

Al Norte, en una suave pendiente, está situado el hermoso parque de Misael con una espléndida vista a la ensenada del mar. Está en la mitad de la subida a la colina, desde donde se divisa el pantano o laguna Cendevia y la ciudad de Libnath, que está como a hora y media hacia el mar, mientras Misael está a varias horas distante del mar. La ciudad de Dabeseth está a cinco horas al Oeste de aquí, sobre el río Kisón, y Nazaret como a siete horas. Jesús paseaba en este parque con sus apóstoles y les contó la parábola de un pescador que pasó al mar a pescar y pescó 570 peces. Les dijo que el buen pescador toma los peces de aguas malas y los pasa a aguas mejores; que mejora las fuentes, como Elías, y que saca los peces buenos de los lugares malos, donde hay tiburones que se tragan a los pecillos y que el pescador bueno les prepara mejor lugar para criarse en fuentes libres de peces devoradores. En la parábola también llegó a aquello de que los marinos fiados de sus propias luces y caprichos van a dar con su nave en un banco de arena, por no querer escuchar al capitán que les indica el camino que debían seguir en su navegación. Los que habían venido con Él de la isla de Chipre lloraban al oír esta parábola del buen pescador y al decir Jesús que costó al pescador sacar algunos peces buenos de ciertas aguas malas infectadas de tiburones.

Jesús dijo bien claro que el número de los salvados era de 570, y que este número bien valía la pena todo el trabajo que se había hecho en la isla. Delante de los levitas habló de las cosas de Chipre, y éstos se alegraron al saber que venían algunos de allá a establecerse en Palestina. Vendrán muchos a través de Ptolemaida. Jesús aludió también al peligro a que estaban expuestos en Chipre. Los levitas preguntaron si los paganos se harían aquí poderosos con el tiempo hasta representar un peligro. Jesús habló del juicio que iba a venir sobre todo el país, de lo que a Él mismo le esperaba, y del castigo de

Jerusalén. No podían ellos comprender por qué entonces quería Él volver a esa ciudad. Jesús les dijo que aún tenía muchas cosas que hacer y que terminaría su obra allí. La mujer sirofenisa de Ornitópolis mandó, por medio de los discípulos, plaquitas de oro sueltas y otras unidas como rosarios. Quiere ayudar a Mercuria a huir de Chipre en una de sus naves. A pedido de los levitas dirigióse Jesús a la ciudad de Misael. Está cercada de muros y torres y es antigua; viven algunos paganos en los muros. Isabel vivió algún tiempo allí con su padre, que era un levita; también Zacarías había estado aquí. Isabel nació en Esdredón, a dos horas, en una casa solitaria que tenían sus padres y que ella misma heredó. También ella fué llevada a los cinco años al templo. Cuando salió estuvo algún tiempo en Misael y más tarde fué con Zacarías a vivir en Judea. Jesús habló de Isabel y del Bautista, diciendo que era el Precursor del Mesías, tan claramente, que ellos podían entender que Jesús era ese Mesías. Jesús, acompañado de los levitas, fué por la ciudad a varias casas, donde sanó a niños enfermos y a varios hombres estropeados, los cuales extendían sus manos envueltas pidiendo ayuda. Visitó también a Simeón en Libnath y concluyó la festividad del Sábado en la sinagoga. Las mujeres estaban en la parte alta, no lejos del sitio de enseñanza. Habló de los sacrificios por el pecado, y luego de Sansón, dando explicaciones de sus hechos y de su persona como de un santo varón cuya vida era una profecía. No había perdido toda su fuerza: había conservado la fuerza de hacer penitencia y había derribado el templo de los paganos sobre sí mismo por orden de Dios. Judas, que hace negocios de buena gana, y Tomás, cuya familia tiene mucha madera en el puerto y es bien conocido allí, partieron con otros discípulos a Hephá para hacer los preparativos para la próxima llegada de los que venían de Chipre.

Jesús partió con varios discípulos, entre ellos Saturnino, a la ciudad levítica de Tenath, donde lo recibieron los jefes de la sinagoga. Los fariseos de aquí no eran enemigos declarados, pero sí suspicaces y espiaban sus palabras: lo he conocido por las señas y palabras que se decían unos a otros. Decíanse que Jesús debía ver a varios enfermos y si visitaría a uno de ellos, que había estado en Cafarnaúm, y se encontraba bastante mal. Pensaban que Jesús no lo haría porque aquel fariseo se había mostrado contrario: que quizás en castigo de su pecado había contraído una extraña enfermedad. Se agitaba siempre sin poder aquietarse e iba decayendo visiblemente. Se trataba de un

hombre de unos treinta a cuarenta años, con mujer e hijos. Jesús le preguntó si creía que Él podía ayudarle. El hombre estaba abatido y contestó avergonzado: "Sí, Señor, yo lo creo". Entonces le puso Jesús una mano sobre la cabeza, y la otra sobre el pecho, oró, le mandó levantarse y tomar alimento. El hombre se levantó sano, dando gracias entre lágrimas con su mujer y sus hijos. Jesús habló amigablemente con todos, sin recordar de ninguna manera el mal proceder del fariseo, en otro tiempo su enemigo. Cuando vieron los fariseos a su compañero sano en la sinagoga, perdieron el ánimo de hacer objeciones contra Jesús.

Jesús enseñó acerca del cumplimiento de los profetas, de Juan Bautista, Precursor del Mesías, y del Mesías mismo, tan claramente, que ellos podían pensar fácilmente que hablaba de Sí mismo. Dirigióse Jesús a un taller de carpintería de Tenath, donde había trabajado algún tiempo José, cuando huyó de la persecución de sus hermanos en la casa paterna de Belén. Era una serie de edificios donde trabajaban doce hombres, que vivían allí mismo, y que trabajaban y comerciaban la madera. El sitio que había ocupado José estaba habitado por otros del principal del taller: éstos no trabajaban ya, sino que hacían trabajar a otros más pobres y vendían luego las maderas trabajadas a las naves que las transportaban a otros países. Hacían trabajos finos: bastones, biombos y tabiques de maderas entrelazadas. Todavía se hablaba de que José, el padre del Profeta, había trabajado aquí, pero no sabían a punto fijo si era el mismo José de Nazaret u otro del mismo nombre. Yo pensé entonces entre mí: "¡Si esta gente ya no sabe bien estas cosas, qué maravilla que nosotros no sepamos ya casi nada de José!"

Jesús enseñó sobre el trabajo y la perversidad de la usura, y se dirigió hacia la poco agradable aldea de Sión, a dos horas al Oeste del Tabor. Tiene un antiguo castillo, una sinagoga a cierta altura; debajo, en un lugar insalubre, a orillas del Kisón, hay un resto de casas: sus habitantes dependen de los que viven arriba, los cuales los oprimen. Jesús enseñó en la sinagoga: dijo que los fariseos imponen graves cargas que ellos no llevan, y se refirió a la opresión del prójimo y a la codicia del dinero. Habló del Mesías, que aparece muy diferente del que ellos se habían imaginado en su fantasía. Había venido precisamente para consolar a la pobre gente de abajo oprimida por los de arriba. Entró en algunas casas donde había enfermos y sanó a los que estaban con reuma, gota y otras enfermedades. Los

fariseos arrinconaban a los enfermos abajo, en donde no había siquiera un poco de aire libre y sano. Jesús y sus discípulos regalaron a los pobres tejidos, mantas y telas.

Jesús se dirigió a Naím, como a hora y media de camino. Le salieron al encuentro, junto al pozo, algunos discípulos y el niño resucitado; había allí unos once discípulos, aunque ningún apóstol. Los discípulos de Jerusalén habían venido a Naím con algunas santas mujeres. Otros habían celebrado las fiestas de Pentecostés con María en Nazaret y habían regresado al encuentro de Jesús. Entró en el albergue que la viuda tenía preparado para Jesús y estuvo con ella. Las mujeres salieron con el velo y cayeron de rodillas ante Jesús.

Él las saludó y penetró en la sala. Además de la viuda Maroni, estaban allí Marta, Magdalena, Verónica, Juana Chusa y la Sufanitis. Las mujeres se sentaron en un ángulo de la sala sobre alfombras y almohadones, con las piernas cruzadas. No hablaron hasta que Jesús les dirigió la palabra. Contaron cosas de Jerusalén, de Herodes que lo buscaba, y Jesús cortó estas conversaciones levantando el dedo, dando a entender que no se preocuparan de estos cuidados temporales y no juzgasen a nadie. Jesús habló de su viaje a Chipre y de los que habían oído su palabra. Habló con bondad del gobernador romano de Salamina. Como pensaran las mujeres que sería mejor que ese buen hombre no quedara en Chipre, Jesús dijo que era necesario que permaneciera ahora allá para ayudar a otros, hasta que, cumplida su obra, fuera reemplazado por otro que también sería amigo de la comunidad cristiana de la isla. Magdalena y la Sufanitis ya no aparecen tan rozagantes como antes: están más delgadas, con el rostro caído y los ojos llenos de lágrimas. Marta, como siempre, llena de actividad y muy entendida en los quehaceres domésticos. Juana Chusa es una mujer alta, pálida, aunque fuerte, muy seria y activa. Serafia (Verónica) es decidida, valerosa y llena de ardimiento: me recuerda a Santa Catalina Mártir. Cuando están reunidas se ocupan en confeccionar ropa, telas, vestidos para los pobres, y en otros trabajos para la comunidad de Jesús. Juntan víveres, que distribuyen luego en diversos albergues, donde se hospedan los discípulos, que usan según sus necesidades y dan a los pobres y enfermos. También trabajan para algunas sinagogas desprovistas. Tienen sus criadas consigo que llevan y traen las cosas en sacos de cuero, o debajo de sus mantas. Estas criadas visten algo diferente de las dueñas. Cuando éstas llegan al albergue, vuelven

las criadas o esperan donde se les indica. La criada de Verónica hace tiempo que está con ella y la he visto aún después de la muerte de Jesús.

Cuando Jesús llegó el Sábado a la sinagoga no fué al sitio de enseñanza sino que se mantuvo con sus discípulos en el lugar que suelen ocupar los maestros viajeros. Los rabinos lo forzaron con ruegos, después de darle la bienvenida y de haber hecho la oración, a adelantarse donde estaban los rollos para leer y explicar. La lección trataba de IV Moisés, 8, 1-13 y de Zacarías, 2, 10-4-8, que habla de los levitas, de los murmuradores, de las codornices y del castigo de Mirjam. En el profeta Zacarías habló del Mesías y del llamamiento de los paganos. El comentario fué muy severo: dijo que los paganos serían llamados para ocupar el lugar de los endurecidos judíos. Del Mesías dijo que no lo reconocerían, que aparecía muy diferente de lo que se imaginaban ellos. Entre los fariseos había tres atrevidos que habían estado en la comisión de Cafarnaúm. Estaban muy irritados con motivo de haber curado en Tenath al fariseo enfermo y decían que lo había hecho para confundir a los fariseos de allí. Le decían también que no profanase aquí el Sábado, sanando a los enfermos, que estuviese quieto y retirado y no diese ocasión de tumulto y desorden en el pueblo. Jesús contestó que haría su oficio hasta cumplir su misión. No lo invitaron en Naím a ninguna comida. Estaban llenos de rencor contra Jesús porque veían que su bondad y amor atraía a los pobres, enfermos, sencillos y desamparados, a los cuales precisamente alejaban y despreciaban.

Reina en Naím tiempo agradable. Jesús hizo el camino del Sábado con sus discípulos y habló tiernamente de su próximo fin. Los exhortó a mantenerse fieles y constantes, pues se acercaban para Él tiempos de grandes tribulaciones y persecuciones. Les dijo que no se escandalizaran por eso, que Él no los abandonaría nunca, que ellos tampoco le abandonaran. Con todo, le tratarían tan mal que su misma fe estaría en peligro. Ellos se mostraron conmovidos y lloraban. Luego se dirigieron al jardín de la viuda Maroni, donde se juntaron también las santas mujeres. Jesús les habló de las reconciliaciones efectuadas en Mallep, Chipre, especialmente de aquella pareja que piensa venirse a vivir en Palestina. También habló de Mercuria, que vendrá con la Sirofenisa, la cual también se dispone a dejar a Ornitópolis, para venir primero a Gessur y luego más adentro. Vinieron ya bastantes de Chipre y otros desembarcarán en

Joppe. Cuando pasó Jesús con los discípulos desde el parque a la sinagoga, para terminar la festividad del Sábado, encontró en el camino a varios enfermos en sus camillas, que agitaban sus manos suplicantes, pidiéndole ayuda. Jesús los sanó. De este modo fué acercándose a la sinagoga, junto a la cual habían traído a otros enfermos. Entre ellos había uno todo hinchado por la enfermedad y otros a quienes el Señor había diferido la curación porque su fe era insuficiente o les convenía padecer algún tiempo para pedir más humildemente su curación. Llegaron en ese momento los fariseos, los cuales se irritaron sobremanera al ver que sanaba a estos enfermos, mientras ellos habían proclamado que Jesús no se atrevería a hacerlo y no lo permitirían. Promovieron un tumulto diciendo que profanaba el Sábado. Jesús continuó tranquilamente su obra. Eran siete fariseos. Jesús les contestó preguntando si en Sábado es lícito o no hacer el bien: si ellos mismos no hacían cosas necesarias, si no convenía acaso sanar a éstos para que ellos también celebren el Sábado. Preguntóles si en Sábado no se podía consolar a uno; si se podía retener un bien ajeno; si no se podía consolar o ayudar en Sábado a los pobres, enfermos, viudas y desamparados, oprimidos durante todos los días de la semana. Les echó en cara su hipocresía y la opresión que ejercían con los pobres. Dijo que, bajo pretexto del mantenimiento de la sinagoga, que por lo demás estaba bien provista, oprimían a los pobres y en esta sinagoga, que ellos mantenían, pretendían prohibirles recibir la gracia de Dios y no recobrar la salud en Sábado, mientras ellos comían y bebían de lo que habían exprimido de estos infelices. Con esto los obligó al silencio y se dirigió a la sinagoga, donde le presentaron los rollos de Escritura y le pidieron que enseñara, con la dañada intención de espiar sus palabras y tener de qué acusarlo ante el sanedrín. Cuando habló del Mesías, diciendo que muchos paganos entrarían en el reino de Dios, replicaron los fariseos con sorna si había ido a Chipre para traer a los paganos. Jesús habló de los diezmos, de imponer cargas que no quieren llevar los que las imponen y de la opresión de viudas y huérfanos. Desde Pentecostés hasta la fiesta de los Tabernáculos se solían pagar los diezmos al templo. En los lugares apartados estaban encargados los levitas de juntar los diezmos del pueblo. Se habían introducido graves desórdenes por cuanto los fariseos se encargaban de exigir estos diezmos al pueblo, que no llegaban al templo. Por eso Jesús los reprochó en público. Cuando abandonó la sinagoga se pusieron a hablar mal de Él.

Desde Naím se dirigió Jesús con sus discípulos a una altura del Kisón, hacia Rimmón, donde la escuela era atendida por levitas. Allí enseñó a los niños y niñas delante de la escuela, al aire libre, donde acudieron los que habían oído su predicación en Naím. Habló del cumplimiento de la ley, y de la proximidad de malos tiempos, dirigiéndose al pueblo en general. El lugar está compuesto de quinteros y fruteros que trabajan en Naím y viven aquí, o cultivan aquí sus campos y venden sus frutos en Naím.

De aquí se dirigió al Este del Tabor, acompañado un trecho por los levitas que estaban por la recolección de los diezmos, y llegó a un lugarejo llamado también Bet-lehem (Belén), al Este de Dabrath. Esta aldea se compone de pocas casas de labradores, a los cuales visitó Jesús consolando y sanando a sus enfermos. Luego anduvo cuatro horas, cruzó el valle, donde está el pozo de Cafarnaúm, y al anochecer llegó a Azanoth, donde entró en un albergue dispuesto por las santas mujeres. Allí le esperaban amigos de Cafarnaúm: Jairo, con su hija, el ciego curado en Cafarnaúm, una pariente de Enué, la sanada de flujo de sangre, y Lea, la mujer que exclamó: "Bienaventurado el seno que te llevó". Estas mujeres, cubiertas con velos, cayeron de rodillas, y Jesús las bendijo. Lloraban de alegría al volver a verlo. La hija de Jairo, resucitada, está sana, y muy cambiada en sus costumbres: es piadosa y humilde.

Jesús enseñó allí hasta muy entrada la noche. Al día siguiente fué a Damna, donde había un albergue para Él, fuera de la ciudad, que habían procurado unos parientes de José. Allí le esperaba Lázaro en compañía de dos discípulos de Jerusalén. Hacía ocho días que Lázaro estaba en esos lugares. Tenía aun entre manos la venta de las casas y campos de Magdalum, pues sólo se habían vendido el moblaje y los enseres de Magdalena. Jesús abrazó a Lázaro. Jesús hacía esto sólo con él y con algunos de los apóstoles y discípulos más ancianos: a los demás les daba la mano. Jesús trató con Lázaro sobre el alojamiento que convendría dar a la gente que vendría de Chipre. Oí que Santiago el Menor y Tadeo estaban en Gessur para recibir y acomodar a los siete filósofos convertidos. Con Lázaro se mostraba muy íntimo y paseó largo rato con él. Lázaro es un hombre de alta estatura, muy amable, aunque serio, callado y muy morigerado; en el trato con los demás sobresale por su modo noble y leal. Tiene cabellos negros y alguna semejanza con José, aunque los rasgos de sus facciones sean más marcadas y seve-

ras. José, en cambio, tenía cabellos blondos, y en sus facciones mucha dulzura y benevolencia hacia los demás.

Desde Damna se dirigió Jesús con Lázaro, los discípulos, el cuidador del albergue y su hijo al Este, al lugar donde vivía Zorobabel, el jefe de Cafarnaúm, que tenía allí campos, viñedos y jardines. Habló Jesús a los trabajadores del campo del Mesías y de la proximidad del reino; señaló las palabras de los profetas y su cumplimiento, exhortó a la penitencia y a recibir el bautismo, y dijo que el Mesías no aparecería como pensaban los judíos, y que por eso le reconocería sólo el pequeño número de los penitentes y de los humildes. Añadió que el Mesías se manifestaría no sólo por sus propias palabras, sino por otros, como antes por boca de muchos profetas. Le trajeron algunos endemoniados melancólicos, mudos y sordos, y a todos curaba poniéndoles los dedos con saliva bajo la lengua y mandando a Satanás que saliera de ellos. Algunos caían como en desmayo y luego volvían en sí, sanos y libres; a otros les sobrevenían convulsiones antes de curarse: todos alabaron a Dios y dieron gracias al Señor.

Después anduvo Jesús por lugares solitarios hacia la casa de su Madre, en el valle cerca de Cafarnaúm al Este, por un camino de tres cuartos de hora. Las santas mujeres habían ido por un camino recto, reuniéndose en casa de María Santísima. Ella no salió a su encuentro ni las santas mujeres. Jesús entró, ya limpio del polvo del camino, en una gran sala donde había cuartitos divididos. María dió su mano a Jesús, cubierta con el velo e inclinando la cabeza con humildad. Jesús la saludó amigablemente, aunque con seriedad, mientras las demás mujeres se mantenían en semicírculo a cierta distancia. Cuando Jesús estuvo solo con su Madre, vi que Él la reclinaba sobre su pecho consolándola afablemente, mientras le hablaba. María, por su parte, desde que Él comenzó su vida pública, lo trató como a un Santo y Profeta, o como una madre trataría con un hijo que fuera Obispo, Papa o Rey; pero de un modo noble, santo, al mismo tiempo sencillo y familiar. La Virgen no lo abrazaba ya, sino que dábale la mano cuando Jesús la ofrecía primero. Después he visto a Jesús y a María comiendo a solas, en una mesa pequeña y baja. Jesús estaba de un lado y María del otro. Había en la mesa miel, pescado, pan, tortas y dos pequeños vasos. Las otras mujeres estaban de a dos o de a tres, en mesas apartadas, mientras las demás se ocupaban en la comida de los discípulos y parientes. Jesús contó a María su

viaje a Chipre y las almas ganadas allá. María se alegraba en su interior, no preguntando mucho, y manifestaba su tierna preocupación por los peligros futuros. Jesús le contestó afablemente que cumpliría su misión hasta el tiempo de volver a su Padre celestial.

II

Llegada de los apóstoles y discípulos a Cafarnaúm

Poco después se reunieron en torno de Jesús unos treinta discípulos. Algunos habían venido de Judea con noticia de que llegaron naves con doscientos judíos de Chipre, que fueron recibidos por Barnabás, Mnason y sus hermanos. Para colocar a los demás estaba Juan aún en Hebrón en casa de los parientes de Zacarías. Los esenios se habían interesado también para albergarlos y mientras tanto los alojarían en grutas y cavernas. Para los que desembarcaron en la comarca norte de Ornitópolis, pensaban la Sirofenisa y Lázaro procurarles una residencia en Ramoth-Gilead. Los discípulos llegados a Cafarnaúm se albergaban, parte en la casa de Pedro, cerca de Cafarnaúm, parte en Betsaida y parte en la escuela de Cafarnaúm. De Gessur llegaron Santiago el Menor y Tadeo con tres de los filósofos paganos convertidos, jóvenes muy amables y delicados, que habían aceptado la circuncisión. También llegaron Andrés y Simón con discípulos: el encuentro de todos ellos fué muy conmovedor. Jesús presentó a los nuevos convertidos a su Madre. Esto solía hacerlo siempre. Era éste como un convenio secreto entre Jesús y María, de modo que María recibía a estos nuevos discípulos de su Hijo, en su corazón maternal y los encerraba en su oración, en su solicitud, dentro de su corazón, para ser para ellos Madre temporal y espiritual. Todo esto lo hacía llena de tierna solicitud y seria gravedad. Jesús, en estas ocasiones, procedía con cierta solemnidad. Había en esto una santidad y una intimidad de sentimientos que yo no sabría expresarlo. María era la vid, la espiga de su carne y de su sangre.

Los discípulos relataron cómo les había ido en los lugares donde habían misionado. En algunas partes les habían arrojado hasta piedras, pero ninguno fué tocado por ellas. De otra parte tuvieron que huir, pero nunca sufrieron daño. Encontraron también gente buena; habían sanado, enseñado y bautizado. Jesús les había dicho que no fueran por ahora más que a las ovejas descarriadas de la casa de Israel. Fueron, pues, buscando

a los judíos desparramados entre los paganos, sin mezclarse con los paganos ni tratado con ellos, a excepción de los criados de los judíos. En Gazora, al noreste de Jabesh-Gilead, Andrés y los discípulos que iban con él, rescataron con dinero a varios judíos esclavos, dando todo lo que tenían. Preguntaron a Jesús si habían obrado bien y Jesús les contestó que sí. No oyó a todos. A algunos que con viveza querían contarle sus hazañas, les cortaba la narración, diciendo: "Ya sé lo que os sucedió". A otros que contaban con sencillez, sin darse importancia, los oía por entero, y a otros, que callaban, los invitó a contar lo sucedido. Cuando los que no pudieron contar todo preguntaron por qué no los oía, díjoles Jesús que mirasen la diferencia de narrar de los unos y los otros. A veces mezclaba en la narración alguna parábola, como la de la cizaña sembrada entre el buen trigo, que crece con él hasta la cosecha, cuando se recoge lo bueno y la cizaña es quemada. Habló de varios que habían dejado de ser sus discípulos y les previno que desconfiasen siempre de sí mismos, pues sufrirían grandes pruebas muy pronto. Les contó la parábola del gran Rey que se ausenta para tomar posesión de un reino y deja a sus criados, dándoles a cada uno ciertos talentos, y que después vuelve a pedir cuenta. Esta parábola tenía relación con su ausencia en Chipre, y la cuenta que daban ahora los discípulos de su acción. Mientras hablaba, se dirigía ya a uno, ya a otro con la pregunta: "¿Por qué piensas esto?" o "No pienses en eso". A veces: "Esto, piénsalo en otra forma: es así"... De esta forma corregía los juicios extraviados de uno u otro. Los demás pensaban: "Esto es para Fulano; esto para Mengano".

El Sábado se dirigió Jesús a la sinagoga. Los fariseos ya habían ocupado el lugar de la enseñanza. Jesús, empero, fué directamente allá y aquéllos lo desocuparon en seguida. El sermón versó de los exploradores de Canaán, de la murmuración del pueblo y su castigo y de los exploradores de Jericó y de Rahab (II Moisés, 13-16; Josué, 2). Los fariseos estaban irritados por su libertad en las palabras y decíanse que lo dejarían hablar, que celebrarían consejo al fin o cuando terminase el Sábado y que entonces le harían callar. Jesús, que vió sus pensamientos, les dijo que eran espías y exploradores singulares, no para decir la verdad, sino para negarla y traicionarla. Habló severamente contra ellos y se refirió a la destrucción de Jerusalén y al juicio que vendría sobre el pueblo que no hiciese penitencia y rechazara al Mesías. Repitió la parábola del Rey

que envió a su Hijo entre los viñateros, que lo mataron. Los fariseos no fueron capaces de contradecirle. Las santas mujeres estaban en la sinagoga, donde tenían asientos. Por la tarde Jesús, acompañado de algunos discípulos, visitó unas veinte casas de enfermos, cuyos padres y parientes le habían rogado, y sanó a muchos niños de tres a ocho años. Debía haber una epidemia pues tenían todos la misma enfermedad: la garganta, la mejilla y las manos hinchadas y tenían el rostro amarillento. Parecían las consecuencias de la escarlatina. A unos les ponía las manos sobre la parte enferma, a otros los tocaba con los dedos mojados en saliva, a otros les soplabá en el rostro. Muchos se levantaban de inmediato; los bendecía y los entregaba a sus padres, con avisos y exhortaciones. En otros casos decía el remedio y lo que debían hacer con el enfermo. Esto convenía a los padres. En un lugar elevado de la plaza del mercado de Cafarnaúm, donde convergían cuatro caminos, entró Jesús en la casa de los padres de Ignacio, y los sanó. Ignacio es un amable niño de cuatro años. Los padres son de buena posición y tienen un negocio de utensilios de bronce y cobre. Veo muchos de estos objetos en los depósitos. La gente había pedido a Jesús fuese a sanar a los padres de Ignacio, en ocasión que Jesús entró en la casa de un negociante de alfombras enfermo. Este mercado está rodeado de pórticos donde los negociantes exponen sus mercancías. En el centro se ve un pozo y en los dos extremos hay dos grandes edificios. Los fariseos estaban excesivamente irritados por estas curaciones y tres de ellos fueron a la casa de Pedro, llena de enfermos, a los cuales sanó Jesús de sus dolencias. Se adelantaron a Jesús y comenzaron a protestar: que dejase de sanar y de promover desorden en día Sábado, y quisieron discutir. Jesús se apartó simplemente diciendo que nada tenía que hacer con ellos, cuya dolencia (moral) era insanable.

Por la tarde enseñó Jesús, a la conclusión del Sábado, en la sinagoga sobre la murmuración del pueblo, las noticias que trajeron los exploradores y la maldición del pueblo que pereció en el desierto y sólo sus hijos llegaron a la tierra prometida. Habló severamente de la maldición y bendición, de los falsos exploradores, de la proximidad del reino de Dios, de los que no querían entrar en él, del no reconocimiento del Mesías, y del juicio sobre el país y sobre Jerusalén. De pronto subieron dos fariseos al tablado y hablaron del pasaje de Moisés, en la lección de hoy, donde mandó apedrear por el pueblo al hombre que había juntado leña en día Sábado (IV Moisés, 15, 32-36). Referían esto por las curaciones de Jesús en Sábado. Jesús pre-

guntóles si los enfermos y los pobres eran leña destinada a quemarse. ¿No era más bien leña seca esa hipocresía y ese buscar de escandalizarse en la ayuda a los pobres y a los enfermos? El ver la pajilla en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio ¿no era peor que juntar leña? Eso de echar leña en el camino de la verdad, de cocer y hacer arder la envidia y malicia ¿no era peor que preparar la comida con esa leña? Si en el Sábado pedimos bienestar y salud, ¿no podemos ese día dárla si tenemos la posibilidad de hacerlo? Probó con la ley que ésta mandaba abstenerse de trabajos serviles, precisamente para poder emplear el tiempo en trabajos y obras espirituales. ¿Cómo podía estar prohibido poner a un enfermo en disposición de santificar el Sábado? De este modo los fué rebatiendo hasta que no tuvieron palabras que replicar. Algunos oyentes se mantuvieron callados, pensativos y conmovidos. Muchos volvían las cabezas entre sí y decían: “Sí, se ve; es el Mesías. Ningún hombre simple puede hablar así. Ningún profeta puede enseñar así” La mayor parte se guiñaban los ojos unos a otros, alegrándose de ver vencidos a los fariseos. Otros, obstinados, se endurecían más aún, como los fariseos.

III

Jesús con sus apóstoles en Betsaida, en Caná y en Gabara

Cuando estuvieron reunidos en Cafarnaúm unos cincuenta discípulos, Jesús los llevó consigo a las alturas, cerca de Betsaida, donde había hablado de comer su carne y beber su sangre; y enseñó sobre su misión, cómo debían hacerla y de los frutos que debían recoger de su trabajo. Estaban presentes a esta enseñanza las santas mujeres y Jesús repitió la parábola de los trabajadores de la viña. Consoló y animó a sus discípulos y los bendijo a todos con las manos extendidas sobre sus cabezas. He visto que luego se sintieron de nuevo llenos de fuerza y animación. Por la tarde llegaron Pedro, Santiago el Mayor y Mateo con otros antiguos discípulos del Bautista y saludaron a Jesús en casa de María Santísima. Pedro lloraba de contento al verse de nuevo con Jesús. En la comida narró Jesús de nuevo la parábola del pescador que pescó 570 peces y los puso en aguas mejores, cosa que había dicho ya en Misael y en Cafarnaúm, a las santas mujeres y a los discípulos. De este modo oigo repetir a veces las mismas parábolas con algunas variantes o diversas aplicaciones.

Al día siguiente dirigióse Jesús a las barcas: la grande de Pedro y la pequeña de Jesús fueron apartadas de la orilla, y atadas, dejóselas andar sin remar: Jesús quería entretenerse con ellos sin estorbos. El día era espléndido. Habían desplegado las velas, de modo que les servía de sombra contra el sol. Por la noche volvieron a la playa. Pedro era muy vivo en la narración, y habló con entusiasmo del gran bien que habían podido hacer. Jesús se volvió a él y le dijo que callase. Pedro, a quien Jesús amaba, calló, y reconoció con pesar que había faltado hablando con demasiado ardor. Judas tiene otro carácter: es callado, aunque lleno de vanagloria y deseo de honor, sin darlo a entender; se cuida mucho de dar motivo de ser reprendido delante de los demás. Se cuida más de no ser reprendido, que de pecar. Cuando considero la vida de Jesús y su trato con los apóstoles y discípulos, acude a mi mente esta persuasión: si Jesús viniera ahora entre los hombres, le iría peor de lo que le fué entonces entre los judíos. A pesar de todo, Jesús y los suyos podían ir libremente, enseñar y sanar. Fuera de los obstinados y ciegos fariseos, en general no encuentra mayores obstáculos en ir y venir, predicar, sanar, enseñar, reunir gente y llevarla de un lado a otro. Los mismos fariseos no saben tampoco por qué le son contrarios. Su situación es digna de compasión. Saben que es llegado el tiempo de la salud y de la promesa, y que las profecías se cumplen; ven en Jesús algo que les admira, que les es inexplicable; pero no acaban de rendirse a la evidencia. ¡Cuántas veces los veo sentados, leer los rollos, consultarse y discutir, sin acabar de comprender, porque esperan un Mesías diferente, un Mesías de su partido, de su clase e ideas! Muchos discípulos también piensan que Jesús debe tener un ejército secreto, un entendimiento con algún poderoso rey y que pronto recobrará el trono en Jerusalén, para ser el rey pacífico de un pueblo libertado del yugo extranjero. En esta forma, ellos tendrán buenos puestos y serán sabios y santos en ese reino. Jesús los dejó por algún tiempo con estas ideas. Otros, es verdad, tienen ideas más espirituales, pero no llegan a comprender la muerte en la cruz. Algunos lo siguen sólo por entusiasmo juvenil y amor a su Persona, sin mayores reflexiones.

Cuando los apóstoles estuvieron juntos, inclusive Tomás, Juan y Bartolomé, se dirigió Jesús con ellos a Caná, adonde habían partido ya los 70 discípulos y las santas mujeres. En medio de la ciudad de Caná había un sitio de enseñanza, desde donde Jesús habló de su misión y del cumplimiento de las pro-

mesas: dijo que no había venido para gozar de las comodidades de la vida y que es locura pedirle a Él otra cosa que no sea la voluntad de su Padre celestial. Expresó más claramente que nunca que aquí estaba, delante de ellos, Aquél a quien tanto se había esperado. Dijo que sería reconocido sólo por pocos y que, cumplida su misión, se volvería a su Padre. Añadió, severo y amenazante, que no se debía rechazar la salud y el tiempo de la gracia. Llamó la atención sobre el cumplimiento de las profecías. Esta predicación fué tan conmovedora y admirable que todos los oyentes de Caná decían: "Es más que un profeta. ¡Nunca habló así un profeta de Israel!"

En la casa del padre de la novia de Caná se hizo una comida y se benefició a los pobres con regalos y alimentos. Jesús y los apóstoles servían en las mesas de estos pobres. Al final contó la parábola de las Vírgenes prudentes y de las necias, la explicó, y declaró que había llegado el tiempo de este Esposo. Era una recordación de las bodas de Caná, y ahora, como entonces, estaban reunidos todos los apóstoles y discípulos. La casa de la fiesta estaba adornada con arcos de ramas y flores; se tomaba el vino de aquellas famosas hidrias; los niños tocaban y traían ramos y pirámides de flores y coronas.

Bartolomé, Natanael Chased y algunos discípulos habían compuesto versos y felicitaciones de ocasión, con sentido espiritual. Desde Caná dirigióse Jesús con los apóstoles y discípulos al sitio en la colina de Gabara. Caminaban despacio, conversando, y a veces rodeaban todos a Jesús, que se mostraba muy amable. A veces los llamaba: "Mis queridos hijitos". Pidióles que le contaran todas las cosas que les había pasado, cómo les había ido en su misión. Hablaron primero los apóstoles que antes habían contado algo, aunque no todo. Era conveniente que todos oyeran lo que todos habían hecho y cómo les había ido. Díjoles afablemente: "Queridos hijitos, ahora se muestra quién me ama, y en Mí, a mi Padre celestial: si por amor mío ha predicado y esparcido la palabra de la salud y sanado enfermos, no buscando su propia gloria, sino la gloria de Dios". Entonces contaba uno u otro de los apóstoles o de los discípulos que habían ido con Él. Esto sucedió sobre una colina que está como a dos horas del sitio y a dos horas de Caná. Esta colina ofrece un vasto panorama a la vista.

Pedro contó con calor, como siempre, cómo encontró a diversas clases de endemoniados, cómo los había tratado, y cómo, al nombre de Jesús, el espíritu maligno había tenido que salir de los cuerpos. Ya había olvidado, en su entusiasmo, el aviso

de Jesús en la barca. Se mostró aquí también ardoroso y entusiasmado. Dijo que en Gergesa había algunos endemoniados que nadie había podido librar, y nombró también a los dos discípulos de Gergesa que estuvieron posesos. Añadió que a él le obedecieron en seguida los demonios, que salieron de esos cuerpos. Jesús le indicó callar: miró a lo alto y todos callaron, admirados. Jesús dijo: "He visto a Satán caer del cielo como un rayo". En ese momento yo vi relampaguear en el aire un rayo de fuego negruzco. Jesús reprendió a Pedro su ardor y a los demás que hablaron con demasiada confianza en sí mismos. Les dijo que obrasen siempre en su Nombre y por Él, con toda humildad y fe, y que nunca pensasen que uno puede más que otro. Añadió: "Os he dado poder para andar entre escorpiones y serpientes, y todo el poder del enemigo no os podrá dañar. Pero no busquéis vuestra gloria en el hecho de que los demonios os obedezcan. Alegraos sólo de que vuestros nombres estén escritos en el cielo". Muchas cosas más dijo, muy amable siempre con las palabras: "Mis queridos hijitos". Luego oyó la relación de otros apóstoles y discípulos. Tomás y Natanael Chased recibieron una advertencia por cierta negligencia; pero Jesús la hizo con mucha afabilidad y amor.

Cuando Jesús llegó a la colina, se puso muy serio y gozoso y elevó las manos al cielo. He visto un resplandor que lo envolvió como nube luminosa. Estaba en éxtasis, y oró: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes de este mundo y las has revelado a los pequeños y humildes. ¡Sí, Padre, porque así fué tu voluntad! Todo poder me ha sido dado por mi Padre. Nadie sabe quién es el Hijo sino sólo el Padre, y nadie sabe quién es el Padre sino sólo el Hijo y aquél a quien el Hijo lo quisiera revelar". Luego dijo a los discípulos: "Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, pues os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y desearon oír lo que vosotros oís y no lo oyeron". Llegados al monte de Gabara enseñó sobre las cosas que había dicho antes: lo que debían saber en su misión, reforzándoles en aquéllas en que andaban flojeando y en que habían faltado. Les habló de las diversas clases de posesos y cómo debían proceder en cada caso para echar los demonios. Les habló también de lo que les sucedería a ellos y de su propia misión: cómo pronto habría de tener término, y que deseaba ahora dejarlos algún tiempo ir a sus casas a descansar, aunque siempre trataran de enseñar, obrar y propagar el reino de Dios.

Les agradeció su diligencia y obediencia, y volvió con ellos a Cafarnaúm, adonde llegaron al anochecer. En la montaña había muchos otros oyentes, además de los apóstoles.

Al Sábado siguiente enseñó Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm de Samuel, cuando dejó su oficio de juez. Habló seria y severamente; los fariseos creyéronse advertidos, aunque no pudieron encontrar nada reprehensible en su enseñanza. Habían espionado toda clase de menudencias en sus discípulos y ahora las echaban en cara a Jesús. Decían que sus discípulos no observaban ordenadamente el ayuno y que hasta en el Sábado habían recogido espigas y sacado frutas de los árboles de los caminos para comerlas; que eran poco limpios en sus vestidos y groseros; que habían entrado en la sinagoga no bien arreglados, y que algunas veces al comer no se habían lavado las manos. Jesús predicó severamente contra ellos, llamándolos raza de víboras, que imponían cargas pesadas de observancias sobre los demás y tomaban para sí sólo lo más fácil. Dijo que sólo les gustaba pasear en los sábados; oprimir a los pobres; presionar por los diezmos para retenerlos; que veían la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Añadió que Él enseñaría, curaría y andaría cumpliendo su misión hasta completar el tiempo. Mientras decía estas severas palabras, un hombre joven se levantó y clamó en alta voz, levantando las manos a lo alto y adelantándose de entre los fariseos: “¡En verdad Éste es el Hijo de Dios, el Santo de Israel! ¡Es mucho más que un Profeta!” Tejió un entusiasta himno en alabanzas de Jesús. Esto fué causa de que se originase un gran movimiento en la sinagoga. Dos ancianos fariseos lo tomaron al fin por los brazos y lo sacaron fuera, mientras él seguía cantando las alabanzas de Jesús. Jesús siguió hablando en la sinagoga y el hombre siguió clamando fuera del recinto, hasta liberarse de las manos de los fariseos. Cuando Jesús salió de la sinagoga, el hombre joven se echó a sus pies y pidió ser admitido como discípulo. Jesús le contestó que sí, siempre que tuviera ánimo de dejar padre y madre, dar lo suyo a los pobres, tomar su cruz y seguirlo a Él. Algunos discípulos lo tomaron entonces en su compañía y especialmente Mnason se hizo cargo de él.

Por la tarde cerró la festividad del Sábado en la sinagoga, adonde había llegado Jesús con los suyos aún antes de la hora, para que vieran y oyeran lo que decía a sus discípulos, ya que no había ninguna enseñanza secreta. Avisó a sus discípulos que se guardasen de los fariseos y falsos profetas; les recomendó la vigilancia, narrando una parábola de un siervo bueno y di-

ligente y de otro perezoso. Como preguntase Pedro si sus palabras se referían sólo a los discípulos o a todos los oyentes, Jesús dirigió su discurso de tal modo a Pedro como si él fuese el patrón de la casa, el capataz de los trabajadores; alabó la vigilancia de un buen patrón de casa y condenó la negligencia y el descuido de un dueño o administrador que no cumplía con su deber.

En esta forma habló hasta la hora en que llegaron los fariseos para concluir el Sábado. Como Jesús quisiera dejarles el lugar dijeron ellos, muy comedidos: "Rabi, te rogamos leas la lección", y le presentaron los rollos. Jesús enseñó admirablemente sobre la renuncia que hizo Samuel de su oficio. Habló de modo que sus palabras eran como palabras de Dios y de su Enviado; las explicó de manera que los fariseos pudieron entender que se aplicaba a Sí mismo las palabras de Samuel: "He llegado a envejecer" (I Reyes, 12, 2). Dijo: "Vosotros ya me tenéis por molesto y estáis cansados de Mí. Vosotros os renováis y Yo os soy siempre el mismo". También las preguntas de Samuel: "¿Os he causado este o aquel daño? ¿He quitado el buey o el asno a alguno? ¿He oprimido a alguno de vosotros?" las aplicaba como si Dios y su Enviado las preguntara ahora a ellos. Dijo además si acaso podían los fariseos hacer estas y parecidas preguntas al pueblo que le escuchaba.

El clamor del pueblo de Israel pidiendo rey, el ansia de ser gobernados como los pueblos paganos y el pedido de no ser regidos más por jueces, lo explicó Jesús al caso presente, en que los fariseos esperan y piden un Rey temporal que aparezca como Mesías libertador, con gloria y majestad exterior. que los introduzca en el reino de Dios, con todos sus pecados e iniquidades, y que en lugar de expiar con el sufrimiento, la penitencia, la satisfacción y el dolor los pecados de los hombres, piensan los fariseos que el Mesías cubra con el manto de un reinado temporal sus perversas obras y los premie todavía con una vida cómoda y alegre con todos sus pecados e iniquidades. Aquello de que Samuel, a pesar de todo, no dejó de rogar por ellos y de que aparecieron relámpagos y lluvia a su pedido, lo explicó Jesús diciendo que su Padre celestial los sigue beneficiando a pesar de que rechazan a su Enviado, el Mesías. Los relámpagos y la lluvia de entonces son los milagros que ahora acompañan a su Enviado en favor de los que se convierten y aceptan la salvación. Lo que se leía de que el rey y el pueblo encontrarían gracia delante de Dios si caminaban en la observancia de su culto, lo explicó diciendo que los justos encontra-

rán siempre el favor de Dios, pero que a los malos les espera un juicio severo, como lo dijo Samuel. Habló luego de David, ungido en lugar de Saúl, y del castigo de Saúl y los suyos, y de cómo ahora también se separan los buenos de los malos.

Los fariseos no se atrevieron a replicar para no verse avergonzados delante del pueblo, como otras veces, pero se reservaron para atacarlo en la comida, a la cual invitaron a Él y a sus discípulos. Ésta tuvo lugar en un paraje abierto, en casa del jefe de la sinagoga, donde se encontraron unos treinta fariseos. Antes de la comida uno trajo una gran fuente de agua delante de Jesús, preguntándole si quería lavarse, hablando de la antigua costumbre de los buenos israelitas. Jesús le dijo que conocía su intención e hipocresía, y que no quería el agua que le ofrecía. Comenzaron a discutir sobre la enseñanza de la sinagoga; pero fueron desenmascarados de tal manera que doce de ellos quedaron tan aterrados y confundidos que se alejaron, permaneciendo solamente los más obstinados de ellos. Así el número de enemigos quedó disminuído.

Vino uno de aquellos jóvenes de Nazaret que habían pedido varias veces, sin resultado, de ser admitidos como discípulos; y preguntó: "Señor, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?" Aquí viene todo lo que narra Lucas en el capítulo 10, versículos 25-37. Relató la parábola del Samaritano caritativo. Los fariseos comenzaron a cuestionar con Jesús de que no quisieran recibir como discípulo a ese joven letrado, porque, decían, ha estudiado y sabe algo y no se callará siempre como los otros discípulos. Culpaban de nuevo a sus discípulos de poco ordenados, poco limpios; de sacar los Sábados espigas y frutas de los árboles mientras andaban de camino; de que eran groseros y otras cosas semejantes. Culpaban especialmente a Pedro, diciendo que era enredador y pendenciero como su padre. Jesús defendió a sus discípulos, diciendo: "Conviene que estén contentos mientras el Esposo está con ellos". De allí se fué a la casa de Jairo y a las excavaciones cerca de la sinagoga, y luego salió al camino de Betsaida. Oró allí a solas en un lugar solitario hasta medianoche y luego entró en la casa de su Madre. Los fariseos habían pagado a algunos de la chusma para que arrojaran piedras tras los discípulos que salían de la ciudad. Dios los protegió y nadie sufrió nada. No sabían adonde se había retirado Jesús.

Los judíos venidos de Chipre vivieron primero en cuevas y grutas; pero poco a poco se fueron acomodando, y así nació una nueva población que llamaron Eleuterópolis: estaba al

Oeste de Hebrón, no lejos del pozo de Sansón. Los judíos quisieron varias veces destruir esta población, pero siempre resurgía y las cavernas y grutas sirvieron de refugio, ya que edificaron sobre ellas o junto a ellas mejores viviendas. En la primera persecución de estos cristianos de Chipre, en los tiempos que lapidaron a Esteban, fué destruída la población que se había formado entre Ophel y Betania, y murió la conversa Mercuria. De aquí se retiraron a las cercanías del Cenáculo y luego a la iglesia de Bethesda para ofrecer sus dones y sacrificios. Después de la devastación de Ophel se refugiaron en Eleuterópolis. Fué constituido Obispo de esta ciudad Barsabas José, hijo de María Cleofás con su segundo marido Sabas. Éste fué crucificado en un árbol del lugar.

IV

Jesús enseña sobre la Oración y las Bienaventuranzas

Al día siguiente salió Jesús de la casa de María muy temprano y tomó el camino hacia Betsaida y de allí, con los nuevos discípulos, hacia la colina desde donde había mandado a misionar a los apóstoles. El lugar está como a tres horas de Cafarnaúm. En el camino se encontró con Mnason, otros discípulos y el fariseo convertido de Tenath. Este fariseo se había sentido conmovido cuando la curación de su compañero enfermo y en el sermón del monte, junto a Gabara. Sobre esa colina se levanta ahora un sitio con techado para sombra. En la parte baja del monte hay un galpón largo donde han amontonado a diez enfermos, contraídos y maltrechos por los reumas, que eran alimentados por los pastores del lugar. Jesús los visitó, los exhortó y terminó dándoles la salud.

Sobre esta colina solitaria rogaron los apóstoles a Jesús les enseñara a orar. Él les enseñó el Padrenuestro, declarándoles cada petición y trayéndoles ejemplos que les había dado en otras ocasiones: de aquel que llega y pide de noche un pan y continúa golpeando a la puerta del amigo hasta que consigue; del niño que pide un huevo a su padre, que no le dará un escorpión; y otras cosas sobre la insistencia en la oración y la relación filial del hombre con su Padre celestial. Muchas veces Jesús les repetía cosas ya enseñadas, con mucha paciencia y trabajo, para que las entendieran bien y pudieran enseñarlas a los demás. Procedía como un paciente Maestro, explicaba, preguntaba, rectificaba y repetía lo que no habían entendido

bien. Al fin repitió toda la oración y se detuvo en el *Amén*, explicando, como en Chipre, que esta palabra es el resumen de toda la oración desde el principio hasta el final.

Entretanto habían llegado otras gentes y algunos fariseos de Betsaida-Julias, que oyeron parte de su enseñanza. Uno de ellos invitó a Jesús a una comida en Betsaida-Julias, y Cristo aceptó. Mientras se dirigía allá, pasando al Sur del puente sobre el Jordán hacia la otra Betsaida, se detuvo en el albergue donde querían saludarlo su Madre María, la viuda de Naím, Lea y otras mujeres. María, muy preocupada, estuvo a solas con Jesús, lloró y pidióle que no fuera a Jerusalén para la fiesta de la Dedicación del Templo por causa de las insidias de sus enemigos. Dijo esto con tanto amor y humilde resignación que yo vi bien claro que ya sabía que era necesario se cumpliera en Jesús lo que ella tanto temía. Jesús la arrimó a su pecho y la consoló con palabras llenas de amor y suavidad: díjole que debía cumplir la misión que le enviara su Padre, por la cual Ella fué Madre del Redentor. Exhortóla a que fuera siempre fuerte para fortificar a los débiles y darles ejemplo. Luego saludó a las demás mujeres y las bendijo; ellas partieron de vuelta a Cafarnaúm.

Jesús se dirigió con los suyos a Betsaida-Julias, donde fué recibido por los fariseos. Estaban allí algunos otros de Paneas, pues se hacía una recordación de un libro malo escrito por un perverso saduceo que ellos habían quemado. Aprovecharon la oportunidad para renovar sus acusaciones tantas veces rebatidas. Como Jesús se dispusiera a sentarse a la mesa, le tomó uno de ellos del brazo, y dijo que se extrañaba mucho que un hombre que enseñaba tan sabiamente, dejaba ahora de cumplir con las costumbres de los judíos y no se lavara antes de comer. Jesús repitió que los fariseos sólo purifican el exterior de las manos y de los vasos, y no les preocupa estar llenos de maldad por dentro. El fariseo preguntó cómo sabía Él el estado de su conciencia. Jesús le contestó: "El que ha hecho lo exterior, hizo también lo interior; y esto es lo que Dios ve". Los apóstoles se acercaron a Jesús, rogándole no se resistiera a los fariseos que acabarían por echarlos a ellos también. Jesús les reprochó su temor de perder la comida. Por la tarde enseñó Jesús en la sinagoga, pero no pudo sanar a ningún enfermo, pues los fariseos habían asustado a los que querían traerlos. Estos fariseos se creían importantes porque tenían una escuela superior.

De Betsaida-Julias dirigióse Jesús al Noreste, hacia el monte donde multiplicó los panes, que está a hora y media. Se reunie-

ron allí los apóstoles y discípulos y muchos venidos de Cafarnaúm, de Cesarea de Filipo y de otros lugares. Enseñó aquí sobre las ocho Bienaventuranzas. "Si os persiguen y odian por causa de mi nombre... ¡Ay! de los ricos y satisfechos de los bienes de esta tierra... ellos tienen ya su premio; que gocen pensando en el premio futuro"... Habló de la sal de la tierra, de la ciudad sobre la montaña, de la luz sobre el candelero, del cumplimiento de la ley, de las obras buenas hechas oculta-mente, de la oración interior, del ayuno con rostro alegre y cabeza ungida, no aparentando cara triste para que vean los otros el ayuno. Habló de juntar tesoros para el cielo; del despreocuparse de lo material; que nadie puede servir a dos dueños; de la puerta angosta, del camino ancho, del árbol malo y sus frutos, del hombre sabio que edifica sobre piedra y del necio que lo hace sobre arena. La predicación duró más de tres horas. Los oyentes bajaron una vez de la montaña para tomar alimento. Jesús continuó luego enseñando a los discípulos, repitiendo todo aquello que ya les habían enseñado cuando los mandó a misionar, y les recomendó tuviesen fe, confianza y perseverasen en este estado.

Al día siguiente los oyentes eran algunos millares y Jesús enseñó de nuevo sobre el monte. Había gente de las caravanas que pasaban, y enfermos y endemoniados. Los fariseos que subieron no se atrevieron a discutir, aunque Jesús los reprendió severamente en el curso de la predicación. Los milagros eran numerosos y temían al pueblo que estaba muy entusiasmado. La gente había llevado la comida y se sentaron. Allí había un ciego de Jericó que había sido también tullido: un discípulo había logrado sanarlo de los pies, pero no pudo darle la vista. Era un pariente de Manahem, el cual lo llevó ante Jesús para que le diera vista. Los nueve discípulos que Jesús había catequizado en estos últimos días con tanta paciencia, a fuerza de preguntas y repeticiones como a niños, los mandó ahora de dos en dos, diciendo: "Os mando como a corderos entre lobos". Uno de los sobrinos de José de Arimatea trajo la noticia desde Jerusalén de que Lázaro estaba enfermo.

Jesús retuvo a Pedro, Santiago, Juan, Mateo y a algunos discípulos, con los cuales se dirigió a la oficina de Mateo y de allí se embarcó para Dalmanutha. Después lo vi en la ciudad de Edrai, donde enseñó en día de Sábado; luego en la ciudad levita Bosra y en Robah. En Robah vivían fuera de la ciudad pagana sólo recabitas, que encontraron este lugar ocupado por los paganos cuando volvieron de la cautividad de Babilonia:

los habían desalojado en parte de la ciudad. Sienten gran aversión a los fariseos y saduceos y se apartan de ellos. Viven austeramente, se ocupan de ganadería, no toman vino sino los días de fiesta y observan la ley a la letra. Jesús les avisó de esto, diciéndoles que mirasen al espíritu de la letra. Se mostraron muy humildes y recibieron bien los avisos. Se bautizaron muchos, inclusive paganos. Jesús libró a varios endemoniados de los cuales había aquí un reclusorio lleno. Pedro, Santiago y Juan sanaban y enseñaban en diversos grupos. Jesús no encontró aquí contradictores y pudo trabajar todo el día, albergándose en una posada junto a la sinagoga.

Robah es una ciudad libre, pertenece al grupo de la Decápolis y se gobierna por sus propias autoridades. Anduvo Jesús unas cinco horas hacia el Sudoeste hasta un hermoso sitio de pastoreo que llaman "lugar de la paz de Jacob", por haber acampado allí cuando volvió de casa de Labán que lo perseguía. Aquí comienza la montaña de Galaad (I Moisés, 31, 25) y viven pastores descendientes de Eliezer, el pastor de Abrahán que había ido a buscar esposa para Isaac. Vivían también descendientes de aquéllos que Melquisedec había librado de la esclavitud de Semíramis, los cuales se mezclaron con los descendientes de Eliezer. Hay tres hermosos pozos en una amena colina, con habitaciones muy frescas y agradables. Desde cierta distancia parece una terraza en la montaña. Los ancianos y principales del lugar viven arriba, donde hay un sitio para enseñanza. En torno se ven potreros cerrados para camellos, asnos y ovejas. Cada clase de animal está separada y los pozos tienen abrevaderos. Los pastores viven en tiendas con fundamentos de ladrillos en las cercanías de los pozos. Hay extensas plantaciones de moreras. Me llamó la atención un largo camino bordeado de palos, donde crecen enredaderas cubriéndolo todo, que tienen por frutos calabazas como botellas. Este camino lleva a Selcha desde la colina y es como una galería verde. Habían celebrado en estos días la liberación de sus antepasados de la esclavitud de Semiramis por medio de Melquisedec. Van a la sinagoga de Selcha, donde son instruídos. Este lugar es respetado y lo miran como una fundación del patriarca Jacob. Los pastores son muy hospitalarios y suelen albergar a las caravanas de los árabes mediante una pequeña retribución.

Jesús llegó con tres apóstoles al mediodía junto a uno de los pozos, donde los pastores ancianos les lavaron los pies y les presentaron miel, pan y fruta. Sabían que debía venir y habían traído a muchos enfermos al galpón largo, junto a la

colina, donde Jesús los sanó. Vivían aquí cuatrocientos pastores, contando a sus mujeres e hijos. Las mujeres llevaban vestidos algo más cortos que en el resto del país. Jesús enseñó en la colina y estuvo muy afable y familiar con ellos. Les recordó la comitiva de los tres Reyes Magos que habían descansado aquí hacía treinta y dos años; la estrella de Jacob de la que había profetizado Balaam, y el Niño recién nacido que habían ido a ver aquellos sabios reyes. Habló también del Bautista, de su enseñanza y testimonio; y dijo que el prometido Mesías, el Consolador y Salvador estaba ahora en medio de ellos, y que ellos no lo reconocían. Les contó las parábolas del buen Pastor, de la siembra y la cosecha, pues ahora estaban en la cosecha de la fruta y del trigo. Habló de los pastores de Belén que fueron a ver al Niño antes que los reyes y de los ángeles que les anunció el Nacimiento. La gente se aficionó mucho al Señor. Muchos querían dejarlo todo para seguirlo y poder oír siempre su doctrina. Jesús les dijo que no salieran de aquí y siguiesen sus enseñanzas.

Como viniera gente de Selcha, que está como a una hora al Norte, y lo invitaran a ir, se dirigió allá con sus discípulos. Fué recibido con fiestas en la puerta de la ciudad por los maestros y alumnos. Enseñó en la sinagoga hablando de Juan y del testimonio que dió sobre el Mesías. Le hicieron bautizar a muchos, sanó a varios enfermos y bendijo a los niños. Desde Selcha fué andando durante hora y media por el camino llamado de David que corre a través de los valles, siempre al Oeste del Jordán: corre solitario entre montañas y de trecho en trecho hay lugares de pastoreo para los camellos, abrevaderos y anillos para sujetarlos. En este camino vió Abrahán cuando entró al país, un resplandor y tuvo una visión; y cuando David, por consejo de Jonatán, huyó a la región de Maspha (I Reyes, 22) se ocultó aquí con trescientos hombres, por lo cual lo llaman el "camino de David". David tuvo aquí una visión profética de la venida de los tres Reyes Magos, y oyó cantar, desde el cielo abierto, al Consolador de Israel. Malaquías, después de una batalla, se ocultó aquí, siguiendo un resplandor. Los tres Reyes Magos, dejando libres las riendas de sus camellos, salieron de la región de Selcha y tomaron este camino, cantando gozosos, hasta Korea, junto al Jordán, y atravesando el río por el desierto de Anathat llegaron a Jerusalén, donde entraron por la misma puerta que pasó María desde Belén cuando fué al templo para la Purificación y Presentación.

De este camino de David torció Jesús hacia la pequeña población de Thautia, donde entró en seguida en la sinagoga. La enseñanza versó sobre Balaam, la estrella de Jacob y lo que Miqueas dijo sobre Betlehem Efrata (IV Moisés, 22-2, 25-10; Miqueas, 5-7, 6-9). Después sanó a muchos enfermos en las casas y a otros que no habían logrado dar salud los discípulos que habían misionado por estos lugares. No había aquí ninguna institución que se ocupara de los enfermos y desamparados: los apóstoles habían ordenado algo y Jesús terminó de dar forma a esa obra. Los discípulos, mientras tanto, bautizaban a muchos convertidos por Jesús. La gente de aquí y sus rabinos eran piosos y tenían la costumbre de peregrinar a lo largo del camino de David, implorando la venida del Mesías con oraciones y ayunos, pensando que por allí vendría el Mesías. Mientras hablaba Jesús, ellos decían: "Él habla como si fuera realmente el Mesías; pero esto no parece posible". Luego pensaron: "El Mesías debe haber venido de modo invisible a Israel y Éste es el que lo anuncia". Jesús les dijo que quizás reconocerían al Mesías cuando fuera demasiado tarde. He visto que muchos de aquí vinieron a la cristiandad después y aún antes de la muerte de Jesús.

Desde Thautia anduvo Jesús cuatro horas al Este, hacia la derruida fortaleza de Datheman. Cerca está aquella montaña donde la hija de Jefe con sus doce compañeras se retiró a llorar su muerte próxima. En la montaña hubo profetas y solitarios como los esenios. Balaam permaneció aquí en soledad y meditación cuando fué llamado por el rey de los moabitas (IV Moisés, 22, 5). Balaam era de noble estirpe y muy principal familia. Desde la juventud tuvo el don profético y estaba en relación con estos pueblos que miraban a la estrella prometida, entre ellos los antepasados de los Reyes Magos. No era Balaam hechicero ni mal hombre. Servía con culto al verdadero Dios como lo hacían los más elegidos de estos pueblos antiguos; sólo que lo hacía de modo imperfecto, con mezcla de errores y supersticiones. Había estado antes en esta montaña en soledad y meditación, creo que en compañía de otros profetas o discípulos suyos. Después que regresó de la presencia del rey de los moabitas, Balaam quiso volver a su soledad de la montaña, pero ya no pudo, por disposición de Dios, subir más. Había caído en grave pecado por su perverso consejo al rey de Moab, perdiendo su gracia y sus dones sobrenaturales, y anduvo errando sin rumbo hasta que pereció miserablemente. La gente de esta comarca está convencida de la santidad de este "camino de Da-

vid". Decían a Jesús que no querían vivir del otro lado del Jordán, porque allá no se puede mencionar todo lo que se vió, se anunció y se cumplió en el "camino de David".

V

Jesús en Bethabara y Jericó. El publicano Zaqueo

Cuando Jesús se acercó al Jordán, ya se había reunido una gran muchedumbre. Todo el espacio estaba lleno: se habían acomodado bajo los árboles y en tiendas. Muchas madres venían con sus criaturas como en procesión: niños de todas edades, hasta los que eran llevados en brazos. Cuando llegaron por el ancho camino al encuentro de Jesús, quisieron los discípulos apartar a las madres con sus criaturas para que no dieran trabajo a Jesús que ya había bendecido a muchos de ellos. Jesús no quiso que los apartaran y entonces trataron de ponerlos en orden. En un lado de la calle se colocaron cinco largas filas de niños de diversas edades, separados: había más niñas que varoncitos. Las madres, con las criaturas en brazos, estaban detrás de la quinta hilera de niños. Del otro lado de la calle estaba el resto del pueblo, que a veces irrumpía rompiendo el orden. Se iban turnando los últimos con los primeros. Jesús pasó delante de la primera fila de niños, poniéndoles su mano sobre la cabeza y bendiciéndolos. A unos les ponía la mano sobre la cabeza, a otros sobre el pecho; a algunos los estrechó contra su pecho, a otros los proponía como modelo a los demás; y así enseñaba, amonestaba, bendecía, sanaba y consolaba a todos. Cuando llegó al final de la primera hilera, pasó al otro lado del pueblo, y allí consolaba, exhortaba, o proponía como modelos a algunos de los niños. Cuando terminó en ese lado volvió a la segunda hilera de niños, y luego a la del pueblo, y así prosiguió hasta llegar al término de la quinta fila, adonde estaban las madres con sus criaturas en brazos. Todos los niños que bendijo recibieron una gracia interna, y más tarde fueron cristianos. Había unos mil niños, pues se renovó la escena por varios días.

Jesús tuvo mucho que hacer. Estaba en tranquila seriedad, dulce, afable, con una indefinible tristeza. Enseñaba en las calles; a veces le tiraban de los vestidos para que entrara en algunas casas. Contó varias parábolas; enseñó a grandes y chicos, a sabios y a ignorantes. Decía a algunos que diesen a Dios, por gratitud, lo que Él les había dado, como lo hacía Él mismo. He

visto aquí a la Verónica, a Marta, a Magdalena y a María Salomé. Ésta vino con sus hijos Juan y Santiago el Mayor, y pidió a Jesús hiciera que sus dos hijos se sentaran a su lado cuando viniera su reino. Los fariseos de Jerusalén mandaron espías, de los cuales algunos se convirtieron y no volvieron; otros que volvieron a Jerusalén con malas ideas, en el camino se arrepintieron y más tarde se unieron a los cristianos. Cuando Jesús salía de Bethabara, fué rogado en el camino para ir a una casa donde habitaban diez leprosos. Los apóstoles se apartaron, temerosos, y aguardaron a Jesús reunidos bajo un árbol. Los leprosos estaban sentados en un rincón del edificio, llenos de llagas y podredumbre. Jesús entró, mandó algo, y tocando a uno de ellos, salió. Los leprosos fueron llevados uno después de otro a un estanque donde se lavaron; después estuvieron los diez en disposición de presentarse a los sacerdotes como sanos. Jesús entró en otro edificio donde había enfermos hombres y mujeres, separados. Había cierto orden para los enfermos y un sitio para cocinar y lavar. Tenía un patio con hierba verde. Jesús sanó a varios. Cuando iba de camino vi que uno de los diez leprosos curados le seguía haciendo acción de gracias y alabando a Jesús. Al darse vuelta Jesús para mirarlo, el hombre se echó al suelo sobre su rostro, y daba gracias. De paso Jesús bendecía a los niños que les traían las madres.

El camino que hacía Jesús con los suyos desde Bethabara los llevaba a Maqueronte y a la ciudad de Madián. Se volvieron más hacia el lado del Jordán, rodearon a Bethabara y, atravesando una región poco poblada, se encaminaron hacia Jericó. En este camino vinieron poco a poco a los discípulos que habían sido enviados a misionar y contaron a Jesús cómo les había ido. Les enseñó con parábolas: recuerdo sólo algo de lo que dijo en su alocución. Aquellos que se dicen puros, pero que comen y beben como les da la gana, parecen como si quisieran apagar un fuego arrimando más leña seca. Otra parábola se refería a la acción futura de los doce apóstoles. "Vosotros ahora me estáis aficionados porque tenéis abundante alimento (no entendieron que Jesús se refería a su doctrina y enseñanza). En la necesidad, empero, obraréis de otro modo. Aun aquellos que llevan como un manto el amor a mi Persona, dejarán caer ese manto para huir". Se refería a la actitud de Juan en el Huerto de los Olivos, que huyó dejando la manta en que se envolvía.

En una población junto al Jordán he visto a una mujer pidiendo la salud de una hija cubierta de llagas. Jesús le contestó que le enviaría a un discípulo, pero ella insistió en que

viniese el mismo Jesús. Jesús no lo hizo, pero como no estaba lejos de Él, la mujer volvió, pidió ayuda y dijo que se había desasido de todo, como Él se lo había mandado. Jesús la rechazó nuevamente diciendo que esa hija era fruto del pecado, y le nombró una falta, que parecía pequeña, a la cual estaba asida hacía años. Le dijo que no volviera hasta que no se arrepintiera de ese pecado. Entonces vi a esta mujer pasar por entre los apóstoles y discípulos e ir a Jericó. Cerca de Jericó llegaron cuatro fariseos hasta Jesús, enviados por los de Jerusalén, para decirle que no entrase en la ciudad, que Herodes lo buscaba para darle muerte. Ellos decían esto porque le temían, por los muchos prodigios que habían oído y sabido de otros. Jesús les contestó que dijeran a esa zorra: "Mirad, yo echo demonios hoy y mañana y sano enfermos, pero al tercer día completaré mi misión". Dos de estos fariseos entraron en sí mismos, se arrepintieron y se hicieron discípulos: los otros dos volvieron a Jerusalén, llenos de enojo. Vinieron también dos hermanos de Jericó que disputaban sobre una cuestión de herencia. Uno quería quedarse, el otro quería abandonar ese lugar: se entendieron para que Jesús decidiera su pleito. Jesús los rechazó de plano, diciendo que no había venido para eso. Como Juan y Pedro pensaran que se trataba de una obra buena, contestóles Jesús que no había venido a hacer repartos de bienes terrenos, y enseñó al pueblo que se había reunido. Los discípulos aún no lo habían entendido y esperaban siempre un reino temporal, porque no habían recibido las luces del Espíritu Santo. Como también aquí salieron muchas mujeres con sus criaturas, pidiendo bendición, los apóstoles, temerosos de las amenazas de los fariseos, quisieron apartarlas, para no alterar el orden. Jesús les mandó que los dejaran venir para bendecirlos, que necesitaban esta bendición para llegar un día a ser sus discípulos. Bendijo a muchas criaturas y a niños de diez a once años. A algunos no los bendijo ahora, y vinieron más tarde. Cerca de la ciudad donde había jardines, parques y casas, se encontró Jesús con los suyos en medio de una muchedumbre venida de todas las comarcas, que lo esperaban con muchos enfermos que tenían alojados en tiendas y chozas.

Un jefe de alcabaleros llamado Zaqueo, que tenía su oficina junto al camino, salió también para ver a Jesús. Como era pequeño de estatura subió a una higuera para verlo a su gusto. Jesús lo miró y le dijo: "Zaqueo, baja pronto, que hoy tengo que ir a tu casa". Zaqueo bajó en seguida, se sintió conmovido, se humilló y corrió a su casa a preparar lo necesario para re-

cibir a Jesús. Al decirle el Señor que deseaba ir a su casa, se refería a su corazón, donde entraba Jesús con su gracia; pues Jesús entró en Jericó, pero no en la casa de Zaqueo. De la ciudad no había salido la gente a recibir a Jesús, temerosa de las amenazas de los fariseos. Los que pedían ayuda eran sólo extranjeros y viajeros. Jesús sanó a un ciego y a un mudo; otros fueron rechazados. Bendijo a muchos niños, a pequeñas criaturas y dijo a sus apóstoles que las gentes deben acostumbrarse a llevar a los niños a Jesús desde temprana edad: que todos éstos que bendecía serían cristianos. Entre los rechazados había una mujer con flujo de sangre venida de lejos con el propósito de pedir salud. He oído que Jesús decía a sus discípulos: "El que no tiene deseo ardiente de conseguir algo, tampoco tiene constancia en pedir ni fe en lo que pide". Como llegase el Sábado entró con los suyos en la sinagoga y más tarde en el albergue. Jesús estaba con los apóstoles en el comedor, en lugar abierto, y los discípulos, bajo los pórticos. La comida consistió en pequeños panes, miel y frutas. Comieron de pie. Jesús enseñaba mientras paseaba entre ellos. Los apóstoles bebían de tres en tres. Jesús bebió solo. A este lugar llegó aquella mujer rechazada por dos veces, pidiendo por su hija; fué desoída nuevamente, pues quería estar bien con los fariseos y con Jesús: había ido a Jericó para preguntar a los fariseos qué pensaban de Jesús en Jerusalén.

También se presentó Zaqueo. Los nuevos discípulos murmuraban de que Jesús quería entrar en la casa de mala fama del publicano Zaqueo. Tanto más se sentían irritados porque algunos de ellos eran parientes de Zaqueo, y se avergonzaban de que fuese publicano y no se hubiese convertido aún. Zaqueo se adelantó a ellos, pero ninguno quiso anunciarlo a Jesús ni nadie le ofreció cosa alguna. Jesús lo vió, le hizo señas de que entrase y le ofreció comida y bebida. Cuando Jesús a la mañana siguiente volvió a la sinagoga, como dijera a los fariseos que deseaba explicar la lección del día, levantaron tumulto, pero nada pudieron contra Él. Habló severamente contra la avaricia del dinero y sanó en la sinagoga a un enfermo, a quien habían traído en camilla. Después del Sábado salió con sus apóstoles de la ciudad y se dirigió a la casa de Zaqueo; los apóstoles no estaban con Él. En el camino le salió nuevamente al encuentro la mujer que pedía la salud de su hija. Jesús puso su mano sobre ella para librarla, primero, de su enfermedad espiritual; luego la mandó a su casa, diciéndole que su hija estaba sana. Durante la comida, consistente en un cordero, miel y frutas,

Zaqueo escuchaba las palabras de Jesús con devoción. Jesús contó la parábola de una higuera que estaba en un viñedo, que hacía tres años que no daba fruto, y el viñatero pidió un año más de plazo. Habló como si los apóstoles fueran el viñedo, Jesús el dueño de la viña y Zaqueo la higuera. En efecto, algunos parientes habían dejado hacía tres años este oficio deshonroso; Zaqueo continuaba en él, y era por los discípulos despreciado. Ahora Jesús se compadecía de él, llamándolo y haciéndolo bajar de la higuera. Jesús habló también de los árboles frondosos que no dan fruto. Las hojas son las apariencias exteriores y salen sin dar frutos de bien. Los frutos son el interior, el obrar en la fe, con la consolación del fruto y la supervivencia del árbol en la semilla del fruto. Me parece que quiso decir a Zaqueo, al mandarle bajar del árbol, que se despojara del aparato exterior y de las hojas, como si ahora Zaqueo fuera la fruta madura que deja el árbol, que estuvo tres años infructuosos en la viña. Habló también de los guardianes fieles que, sin hacer ruido exterior, pueden oír fácilmente cuando el Señor golpea a la puerta.

Parece que Jesús, por ser la última vez que estará en Jericó, quisiera mostrar todo su amor. Manda a los apóstoles y discípulos de dos en dos a los suburbios y adonde no podrá Él mismo llegar. En Jericó entra de casa en casa, enseña en la sinagoga, en la calle y en todas partes, siempre con multitud de oyentes. Los pecadores y publicanos lo rodean, los enfermos son puestos en su camino para que los vea cómo levantan sus manos suplicantes y oiga sus clamores. Enseña y habla sin interrupción: está serio, pero obra con seguridad y afablemente. Los discípulos están llenos de miedo y de inquietud; Jesús, tranquilo, aunque expuesto a todos los peligros, pues se han reunido como cien fariseos de todas partes para insidiar y estorbar su apostolado. Mandan mensajes a Jerusalén, se reúnen y tratan cómo echarle mano. También los apóstoles están con miedo y les parece que Jesús obra demasiado audazmente contra el parecer de los fariseos. He visto cómo Jesús se encontraba a veces rodeado de muchos que buscaban cómo dañarle, mientras traían enfermos, y los apóstoles se mantenían a respetable distancia. La mujer rechazada con flujo de sangre y gota, se había hecho llevar adonde estaban las que hacían penitencia y en el momento oportuno se arrastró hasta tocar el ruedo del vestido de Jesús. El Señor la miró y la mujer quedó sana: se levantó al punto, dió gracias y volvió a la ciudad y a su casa. Jesús volvió a enseñar sobre la oración y la constancia en orar.

“No conviene cansarse de rogar y pedir”. Yo pensé entonces en la constancia de esta mujer y en el amor de esta buena gente, que la llevaba de un lugar a otro, y cómo preguntaba a los discípulos adónde iría Jesús, para hacerse llevar allá y tomar un puesto conveniente, tanto más que debido a su enfermedad impura no podía estar en cualquier parte, y así anduvo esperando de un día a otro durante ocho días seguidos.

Se bautizaron muchos por medio de Santiago y Bartolomé. En el centro de la ciudad hay una fuente rodeada de edificación, con escalones que van hasta abajo y cajones nadando que sirven de baños como en el estanque de Bethesda. Los bautizando llevan un manto blanco: dos discípulos ponen sus manos sobre los hombros, mientras otro apóstol los bautiza. Algunos enfermos sanaron mientras eran bautizados. Antes de partir Jesús de Jericó vinieron mensajeros de Betania con la noticia de que Lázaro estaba muy enfermo y que Marta y Magdalena ansiaban mucho la presencia de Jesús. Pero el Señor no se fué a Betania, sino a un pequeño lugar a una hora al Norte de Jericó, donde se había reunido mucha gente y enfermos. Dos ciegos con su guía estaban apostados a la vera del camino. Cuando Jesús se acercó comenzaron a clamar, levantando las manos, pidiendo ser curados. Los circunstantes querían obligarlos a callar. Mientras tanto clamaban: “¡Oh, Tú, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!” Jesús se volvió hacia ellos, los hizo traer a su presencia, y tocó sus ojos. De pronto vieron y le siguieron. A causa de estos dos ciegos curados se levantó un tumulto. Los fariseos comenzaron a examinarlos y llamaron a sus padres. Los discípulos deseaban que Jesús se decidiera a ir a Betania al lado de Lázaro, donde gozarían de más tranquilidad: aquí estaban llenos de sobresalto. Jesús sanó a otros muchos enfermos. No me es posible expresar cuán dulce, manso y paciente era Jesús aún en medio de estos tumultos, persecuciones, contradicciones, y con cuánta dulzura y dulce sonrisa contestaba a sus discípulos que querían dejar este lugar, apartarse de tantas insidias e irse a Betania.

Se dirigió a Samaría. A la noche, cerca de un lugarejo, estaban reclusos, a la vera del camino, diez leprosos. Al pasar Jesús salieron clamando por salud. Jesús se detuvo mientras los apóstoles seguían su camino. Los leprosos se apresuraron, según sus fuerzas, y se acercaron a Jesús y lo rodearon. Jesús tocó a cada uno de ellos y les mandó que se mostraran a los sacerdotes. Después siguió su viaje. Uno de los enfermos, un samaritano, caminaba más ligero. No sanaron de repente; se

sentían aún débiles, pero en el término de una hora estuvieron totalmente limpios. Después de esto vino un padre de familia, desde un pueblo de pastores, pidiendo a Jesús entrara en su casa pues acababa de morir una hijita suya. Se dirigía a esa casa cuando el leproso samaritano, al verse limpio, desanduvo su camino, alcanzó a Jesús y echándose a sus pies, le dió gracias por la salud recobrada. Jesús preguntó: “¿No fueron diez los sanados? ¿dónde están los nueve restantes? ¿No hay ninguno de ellos que dé gloria a Dios y agradezca, sino este extranjero? Levántate y vete a tu casa: tu fe te ha salvado”. He visto que este hombre pasó a ser uno de sus discípulos.

Con Jesús estaban ahora Pedro, Juan y Santiago. La niña, como de siete años, estaba muerta hacía cuatro días. Jesús le puso una mano sobre la cabeza y la otra sobre el pecho y oró con los ojos dirigidos a lo alto. De pronto la niña se levantó a la vida. Jesús les dijo a sus apóstoles que hicieran de la misma manera en su nombre. El padre tenía una fe viva en el poder de Jesús, y así esperó. La mujer ya antes quería que el marido hubiese buscado a Jesús, pero el hombre esperó confiado. No bien pudo éste desligarse de sus obligaciones entregó su negocio a otros, y habiendo muerto su mujer, se agregó a los discípulos de Jesús y fué uno de los principales. La hija fué muy piadosa.

Jesús continuó visitando las chozas de los pastores y sanó a muchos enfermos. Pasando de una choza a otra llegó a las cercanías de Hebrón. Lo he visto luego solo con Pedro en una choza de pastores, adonde llegó una pareja después del desposorio en la escuela del lugar. Delante iban niñas con coronas y vestidos, según la ocasión, tocando y cantando. Había en el cortejo un sacerdote de Jericó. Cuando entraron en la casa y vieron a Jesús, quedaron muy conmovidos. Jesús les dijo que siguiesen tranquilamente las costumbres de tales ocasiones para no llamar la atención. He visto que bebían en pequeños recipientes. La novia estaba con las mujeres y las niñas danzaban y tocaban en su presencia. Más tarde he visto a los esposos en otra pieza con Jesús, quien les cruzó las manos y los bendijo: luego les habló de la santidad e indisolubilidad del matrimonio. Después lo he visto con Pedro y el sacerdote en la mesa, mientras el novio cuidaba el orden. El sacerdote estuvo de mala gana porque dieron a Jesús el lugar de honor y al poco tiempo se retiró de la mesa. He visto más tarde que este sacerdote soliviantó a otros, que asaltaron en forma grosera al Señor, de tal modo, que en el calor de la discusión uno de ellos asió el manto del Señor, que siguió tranquilo y amable: como no pudieran

hacerle nada, se alejaron. Jesús quedó en esa casa con mucha familiaridad y amor. Los pastores ancianos eran de aquéllos que treinta años antes lo habían ido a adorar en la gruta, cuando era Niño. Comenzaron a contar estas cosas con mucha devoción y a honrar a Jesús. Los pastores más jóvenes contaban también lo que habían oído a sus padres. Trajeron enfermos de mucha edad que no podían andar y niños enfermos, a los cuales sanó. Les dijo a los novios que después de su muerte fueran con sus apóstoles y siguieran su doctrina, cuando hubiesen sido bautizados e instruídos convenientemente. Nunca he visto a Jesús tan contento y familiar como con estos sencillos pastores. He visto que todos aquéllos que lo honraron y que lo visitaron cuando Él era niño, recibieron la gracia de la salvación. Después siguió Jesús más al Sur, hacia Jutta, por la montaña. La gente de la casa de las bodas lo acompañó un trecho.

Ahora veo que hay seis apóstoles con Jesús, entre ellos Andrés. En el camino sanó a muchos niños enfermos: estaban hinchados y no podían andar. Los comarcanos son sencillos y buenos en general. Al pasar por una pequeña población entró en la sinagoga para enseñar. Los sacerdotes quisieron oponerse y llamaron a otros; pero tuvieron que ceder, y el pueblo lo escuchó de muy buena gana. Los apóstoles querían persuadir a Jesús que se retirase a Nazaret, su ciudad, ya que siempre hablaba de su próximo fin. Jesús no quiso defraudar la buena voluntad de esta gente: no fué a Nazaret, sino que siguió enseñando. Dijo: "Ninguno puede servir a dos dueños". Añadió que había venido para traer la espada; esto es, el cortar y apartarse de todo lo malo y viciado, como lo explicó luego a sus discípulos.

VI

La resurrección de Lázaro

Estando Jesús en una población de Samaría adonde había acudido la Virgen María con María Cleofás para celebrar el Sábado, recibieron la noticia de la muerte de Lázaro. Las hermanas de Lázaro dejaron a Betania, después de la muerte de éste, y se trasladaron a una posesión en Ginea para encontrarse con Jesús y con María Santísima. Mientras tanto en Betania se procedió con el cadáver de Lázaro según la costumbre judía: fué embalsamado y colocado en un sarcófago hecho con madera y mimbre entretejido. En torno de Jesús estaban todos los apóstoles. Recorrieron varias poblaciones de la comarca de Gi-

nea, donde Jesús enseñó en la sinagoga en el Sábado y después se dirigió a la posesión de Lázaro adonde ya le había precedido la Virgen María. Aquí fué donde le salió al encuentro Magdalena, anunciándole la muerte de su hermano Lázaro. Jesús le contestó que el momento aún no había llegado y que convenía que hubiese muerto. Dijo a ambas hermanas que dejaran todas las cosas pertenecientes a Lázaro donde estaban y que Él iría a Betania. Las santas mujeres fueron a Betania y Jesús volvió a Ginea, y todavía se hospedó en otro albergue a una hora de Betania. Aquí llegó de nuevo un mensajero de Marta y Magdalena, rogándole que fuese a Betania; pero Jesús demoróse aún. Reprochó también a los apóstoles sus quejas de que tardase tanto en ir a consolar a las hermanas de Lázaro. Se produjo de este modo una situación extraña: ellos no comprendían por qué tardaba tanto, y Jesús no podía decir o no convenía decir lo que pensaba hacer. Jesús trataba de corregir sus modos humanos de obrar y pensar y, sin declararles lo que pensaba hacer con Lázaro, inspirarles confianza y seguridad en su Persona. Enseñó, hablando de los viñadores; y como oyese la madre de Juan y Santiago que siempre hablaba de su próximo fin, se acercó a Jesús y le pidió otra vez en favor de sus dos hijos un buen puesto en el reino que iba a fundar. Jesús la despidió con seriedad.

Después prosiguió, enseñando, por diversas localidades, en dirección a Betania. La posesión de Lázaro estaba parte dentro de las ruinosas murallas de la población y parte fuera de ellas, el jardín y algunos patios. Lázaro había muerto hacía ocho días. Por cuatro días lo habían dejado sin enterrar, pensando que Jesús vendría para resucitarlo. Las hermanas habían ido a Ginea, pero como Él no quisiese todavía ir a Betania, se volvieron y lo hicieron enterrar. En este momento se encontraban los amigos, hombres y mujeres de Jerusalén, en la casa para llorar con las hermanas al difunto Lázaro. Me parecía ser ya de tarde cuando María de Zebedeo entró y avisó a Marta, que estaba entre las mujeres, que Jesús venía. Marta fué con ella al jardín donde estaba Magdalena sola, bajo un ramaje, y le dijo que Jesús se acercaba. Quería dejar ir primero a Magdalena, por amor a ella, al encuentro de Jesús. Pero no he visto que se haya acercado a Jesús. Cuando Él se encontraba rodeado de los apóstoles y discípulos no solía admitir fácilmente que se acercaran las mujeres. Como ya oscurecía, volvió María a entrar en la casa, tomó el sitio de Marta y ésta fué al encuentro de Jesús, que estaba en el jardín, bajo una enramada, rodeado de los

discípulos y mucha gente. Marta habló con Jesús y volvió adonde estaba Magdalena, que salió y fué al encuentro de Jesús, y echándose a sus pies, le dijo: "Si hubieras estado aquí, él no hubiera muerto". Los presentes lloraban. Jesús también se entristeció y lloró y habló largamente de la muerte. Algunos de los oyentes bajo la enramada, cuyo número aumentaba por momentos, hablaban entre sí, preguntándose por qué habría permitido que muriese Lázaro.

Me pareció que era de mañana muy temprano cuando Jesús fué con sus apóstoles al sepulcro. María Santísima, Marta, Magdalena y otras mujeres, en número total de siete, estaban presentes y muchas otras personas. Se suscitó casi un tumulto, pues crecía el número de personas por momentos: me recordó la confusión de los curiosos el día de la crucifixión. Caminaron por un sendero bordeado por un seto de plantas, atravesaron una puerta y anduvieron como un cuarto de hora hasta llegar al cementerio de Betania que estaba circundado de una muralla. De la puerta del cementerio partía un sendero a derecha e izquierda de una colinita, en el medio cortada y abovedada, donde a los lados se encontraban las sepulturas cercadas por una reja. Desde este espacio abovedado se veía el verdor de los árboles de afuera. De trecho en trecho había en el techo claraboyas que proyectaban luz en el interior del corredor. La sepultura de Lázaro era la primera a la derecha y había escalones para bajar hasta ella. La sepultura era rectangular, de casi un metro de profundidad, cubierta con una piedra. Dentro de la cavidad se veía el cajón, hecho de mimbres entretejidos, muy liviano y en torno había espacio para andar. Jesús se adelantó con algunos apóstoles hasta el sarcófago, mientras las santas mujeres permanecieron en la puerta. Los demás se agolpaban en forma desordenada, curiosos por ver lo que iba a suceder. Jesús mandó a los apóstoles levantar la piedra del sepulcro, la cual apoyaron contra la pared; asimismo levantaron otra puerta de madera liviana. En ese momento habló Marta diciendo que hacía cuatro días que estaba en el sepulcro y que ya hedía el cadáver. Los apóstoles alzaron también la tapa liviana del sarcófago y se vió el cadáver envuelto como acostumbraban los judíos. Jesús levantó los ojos al cielo, oró en voz alta y clamó con voz fuerte: "¡Lázaro, sal afuera!" Al instante el cadáver se movió y se sentó en su cajón. La muchedumbre se agolpó de tal manera para ver, que Jesús tuvo que mandar la hiciesen salir fuera del recinto. Los apóstoles que estaban en torno del cadáver resucitado le quitaron el lienzo

del rostro, que aparecía como de uno que recién despierta; le desataron manos y pies de las envolturas; entregaron esas cosas a las mujeres de afuera, y recibieron un manto para envolver a Lázaro. Lázaro subió las gradas de su sepultura y salió de la hoya caminando como una sombra. Le pusieron el manto encima. Caminaba como un borracho, delante de Jesús, hacia afuera, donde las mujeres y sus hermanas retrocedieron como ante la vista de un fantasma, y se echaron al suelo sobre sus rostros sin atreverse a abrazarlo. Jesús, que salió detrás de él, lo tomó amigablemente de ambas manos. Después se dirigieron hacia la casa de Lázaro. La muchedumbre era grande; pero como estaban llenos de temor, abrieron paso a Jesús y a Lázaro, siguiéndolos detrás, llenos de admiración. Lázaro caminaba aún como rasando la tierra, con todas las señales de un cadáver ambulante. Jesús iba al lado de él; los demás los rodeaban y seguían detrás llorando, o en profundo silencio, llenos de expectación. Pasaron el portón, recorrieron el sendero bordeado, llegaron a la enramada y Jesús entró en la casa con Lázaro y los suyos. La muchedumbre, desde afuera, comenzó a agitarse en comentarios y en desordenadas conversaciones. Ya adentro, Lázaro se echó al suelo, como suelen echarse los que profesan en una orden. Cuando Jesús terminó de hablar, fueron a las piezas de Lázaro, que estaban como a cien pasos de aquí. Jesús, los apóstoles y Lázaro permanecieron en el comedor. Los apóstoles se pusieron en círculo, en torno de Jesús y de Lázaro, que se echó de rodillas. Jesús le puso su mano derecha sobre la cabeza y sopló sobre él siete veces con un aliento luminoso. Vi cómo salía de Lázaro un vapor oscuro, y he visto al demonio, como una forma alada y negra, salir fuera del círculo, rabioso y derrotado. Después consagró Jesús a Lázaro a su servicio, lo libertó de todas las ataduras y aficiones a las cosas de este mundo y con el pecado, y lo fortaleció con dones espirituales. Habló largamente con él, diciéndole que lo resucitó para que se consagrara a su servicio y que padecería gran persecución de parte de los judíos. Lázaro estaba aún con sus telas del sepulcro y con el manto. Ahora se fué a su pieza para dejar esas envolturas y vestirse como antes. Entonces lo abrazaron sus hermanas y sus amigos, pues hasta ese momento tenía un aspecto cadavérico que asustaba.

He visto que su alma, al separarse del cuerpo, fué a un lugar silencioso, de luz y de penumbra, donde no había penas, y que allí contaba a los justos José, Joaquín, Ana, Zacarías, Juan y otros lo que estaba pasando con el Redentor y en qué

punto se encontraba de su misión. Cuando Jesús sopló siete veces sobre Lázaro, éste recibió los siete dones del Espíritu Santo y se sintió libre de las ataduras de la tierra. Recibió estos dones antes que los mismos apóstoles, pues con la muerte había conocido grandes misterios, y visto las cosas del otro mundo; había muerto realmente y era como si hubiese nacido a nueva vida: podía, pues, recibir estos dones. Lázaro encierra una gran significación y un profundo misterio.

Se preparó una gran comida y todos se sentaron a la mesa. Trajeron varias clases de alimentos; había pequeños vasos sobre la mesa. Un hombre cuidaba el orden. Las mujeres vinieron después de la comida y se colocaron detrás para oír la enseñanza de Jesús. Afuera había un rumor ensordecedor: habían venido muchísimos de Jerusalén, hasta soldados para custodiar la casa. Jesús envió a los apóstoles a echar a la gente y a los guardias. Jesús habló largo tiempo, hasta que encendieron las lámparas. Dijo a los apóstoles que mañana irá a Jerusalén con sólo dos de ellos. Como le presentaran el peligro a que se exponía, Jesús contestó que no pensaba mostrarse en público y que no advertirían su presencia.

Luego, arrimados a las paredes, descansaron. Antes de aclarar, Jesús tomó a Juan y a Mateo, que se arreglaron algo diferente de lo acostumbrado, y salieron para Jerusalén. Rodearon la ciudad y llegaron por caminos extraviados a la casa donde más tarde se celebró la Cena pascual. Permanecieron allí todo el día y la noche siguiente en soledad y silencio. Jesús enseñó y fortaleció a algunos amigos que tenía en Jerusalén. Vi en la casa a María Marcos y a la Verónica y a unos doce hombres. Nicodemo, el dueño de la casa, que la presta gustoso para los amigos de Jesús, no estaba allí. Había ido a Betania para saludar a Lázaro.

He visto también una gran reunión de fariseos y grandes sacerdotes, por causa de Jesús y del caso de Lázaro, y oí entre otras cosas que temían que Jesús se pusiese a resucitar a otros muertos y se produjera un gran desorden. En Betania, en efecto, se produjo un gran tumulto. Si hubiese estado allá Jesús quizás lo hubieran apedreado. Lázaro y los amigos de Jesús de Betania tuvieron que ocultarse y los apóstoles huyeron en diversas direcciones. Más tarde se aquietaron, pensando que Lázaro, al fin, no tenía la culpa de haber vuelto a la vida. Jesús permaneció toda la noche en la casa del monte Sión. Antes de amanecer salió de Jerusalén y anduvo por la orilla del Jordán, no por el camino de Bethabara, sino en dirección Noreste. Al

mediodía había pasado el Jordán. Por la tarde fueron llegando los apóstoles de Betania. Pasaron la noche al amparo de un extenso árbol.

A la mañana siguiente entraron en una pequeña población. A la vera del camino Jesús vió a un ciego al cual conducían dos niños que no eran ni parientes del ciego. Éste era un pastor de la comarca de Jericó; había oído a los apóstoles que venía Jesús, y así comenzó a suplicar por ayuda. Jesús puso su mano sobre la cabeza del ciego y se abrieron sus ojos. El ciego arrojó sus harapos y con el vestido interior siguió a Jesús hasta el poblado, donde Jesús enseñó y habló de su seguimiento: que uno debe, como este ciego, dejar sus harapos, costumbres malas y seguirlo viendo. Aquí le dieron al ciego un manto para cubrirse mejor. Quería quedar con Jesús y seguirle, pero le dijeron que debía primero mostrar cómo se portaría. Jesús enseñó hasta la tarde. Estaban ahora con Él unos ocho apóstoles. Como se acercara a una población, tuvo hambre. Me reí de esta hambre de Jesús, que era hambre de almas. Le acompañaban desde la última población y no estaba todo en orden en algunas personas. El camino pasaba junto a una higuera sin fruto. Jesús acercóse al árbol y lo maldijo: el árbol se secó de inmediato, sus hojas se pusieron amarillas y el árbol se contrajo sobre sí mismo. Después, en la escuela del lugar, Jesús habló de la higuera que no da frutos. Había algunos escribas, doctores y fariseos de malas intenciones, quienes le dijeron que se volviera por donde había venido. Aquí corre un arroyo que tiene un puente en el lugar llamado Betharán. La escuela está sobre una altura. Pasaron la noche en un albergue.

VII

Jesús se dirige al país de los Reyes Magos

Jesús y sus acompañantes se dirigieron al día siguiente al Noreste, a la región de Gad. Le oí decir que se apartaría de ellos por algún tiempo, dónde pensaba ir, y dónde debían enseñar y dónde no, y les indicó el lugar donde volverían a reunirse. Jesús va a iniciar un viaje admirable. El Sábado lo pasará en la Gran Corozáin, luego irá a Betsaida y de allí partirá hacia el Sur, por la región de Maqueronte, en Madián. Llegará hasta el lugar donde Agar abandonó a su hijo Ismael y donde Jacob levantó la piedra recordatoria. Irá por la región Este del Mar Muerto y llegará adonde Melquisedec hizo el sa-

crificio en presencia de Abrahán. Allá existe todavía una capilla, donde a veces dicen la Misa. La veo hecha de piedra bruta, toda cubierta de verdor y de musgo. Jesús piensa ir también a Egipto, a Heliópolis, donde vivió cuando niño. Hay allí algunas buenas personas que jugaron con Él, y que nunca lo olvidaron. Siempre preguntan adónde habrá ido ese Niño, pues no podrían saber que es el mismo que los visitará. Volverá a atravesar el valle de Josafat, irá adonde Juan lo bautizó y donde fué tentado en el desierto. Dijo que su ausencia durará como tres meses. Lo volverán a encontrar junto al pozo de Jacob, en Sichar, aunque lo podrán ver antes, porque vendrá atravesando la Judea. Los instruyó en un sermón largo y les dió muchas instrucciones de cómo debían portarse en la misión durante su ausencia. Recuerdo aquellas palabras: que sacudieran el polvo de sus sandalias donde no los recibieran. Mateo volvió por algún tiempo a su casa. Está casado y su mujer es muy buena y piadosa. Desde su llamamiento al apostolado viven voluntariamente en continencia. Enseñará en su casa y pasará algún tiempo en retiro.

En la Gran Corozáin enseñó Jesús el Sábado en la sinagoga. Pedro, Andrés y Felipe estaban con Él. Al mediodía se le acercó un hombre que lo esperaba: era de Cafarnaúm. Rogó al Señor que fuera con él a sanar a su hijo. Jesús le dijo que se volviera tranquilo, que su hijo estaba sano. Se habían reunido allí bastantes enfermos de la ciudad y de afuera: a unos los sanó de repente; a otros les dijo lo que debían hacer, y luego sanaron. A la conclusión del Sábado, se despidió de la gente y se dirigió con algunos apóstoles hacia donde el Jordán se echa en el lago, para pasar al otro lado. Había un paso más arriba, algo lejos; aquí se cruzaba el río en una especie de balsa remada con palos, que tenía en medio un resalto donde se colocaban los bultos para preservarlos del agua. El Jordán no es aquí muy hondo y me pareció ver algunas isletas en él. Después vi a Jesús y a los tres apóstoles caminando al claror de la luna. Delante de Betsaida hay un galpón, como suelen encontrarse en Palestina, en las afueras de las ciudades, donde los viajeros se detienen antes de entrar en la ciudad para arreglar sus vestidos, lavarse los pies y descansar. Se encuentran generalmente en estas casas cuidadores que lavan los pies a los viajeros. Esto hicieron con Jesús y sus apóstoles. Fueron a casa de Andrés, que está casado, donde comieron miel, panecillos y uvas. La casa está a un lado de la ciudad; tiene un patio delante y está rodeada de un muro. Con Jesús llegaron Pedro y Felipe; ya Andrés los había pre-

cedido. En la mesa había doce personas y al final de la comida se acercaron seis mujeres para oír a Jesús.

Cuando al día siguiente dejó la ciudad se entretuvo en una casa de implementos de pesca, donde se habían reunido muchos hombres para escucharlo. Después se dirigió al Norte, costeando el Jordán, hasta el puente que lo atraviesa y anduvo por la Galilea del Este, en el país de Basán. He visto que algunos discípulos esperaban a Jesús al otro lado del Jordán, donde había mucha arena y piedrecitas blanquizas. Le esperaban en una techumbre abierta por los lados. Había entre estos discípulos tres jovencitos muy esbeltos que habían llevado. He visto que cosechaban unas bayas verdes, grandes como higos, y pequeñas manzanas amarillas, que encontraban en los árboles, que ellos arrancaban con unos palos provistos de ganchos. El camino por donde llegó Jesús con los tres apóstoles me pareció poco frecuentado, pues había mucha hierba alta y serpenteaba entre árboles frutales de los cuales los apóstoles arrancaban frutas que guardaban en sus sacos: Jesús no tomó de esos frutos. Habían caminado toda la noche, siempre ascendiendo.

Los discípulos, que lo esperaban, le salieron al encuentro, y lo rodearon, saludándole, sin darle la mano. Delante de la techumbre había un tirante bastante largo y ancho y en torno de él, como si fuera una mesa, se colocaron Jesús y sus acompañantes. Cada uno puso una porción de las frutas y bayas que habían recogido. Llevaban bebida que tomaron en vasos pequeños. A cierta distancia se veía una montaña y una ciudad. Creo que era en el país de los amoritas. Desde aquí torcía el camino hacia abajo. Los vi andando todo el día y llegar por la tarde a un villorrio de casas desparramadas, donde había un albergue y mucha gente se agolpó en torno de ellos curiosamente. No sabían casi nada de Jesús, pero eran buenos y sencillos. Relató la parábola del buen pastor. De aquí se dirigieron a otro albergue donde comieron y pasaron la noche.

El Señor les dijo que pensaba seguir solo, con los tres jóvenes, por el país de Caldea, al país de Ur, donde nació Abrahán; y después, a través de Arabia, a Egipto. Mandó a sus discípulos que fueran por los pueblos cercanos enseñando, que Él haría lo mismo en los países que visitaría. Les recordó el punto donde volverían a verlo después de tres meses. Entre los discípulos he visto a Simeón, Cleofás y Saturnino. Con el nuevo día Jesús se despidió de los apóstoles y discípulos, dándole la mano a cada uno. Estaban muy tristes porque no quisiera llevar más que a esos tres jóvenes, que serían de dieciséis a dieciocho años,

y muy distintos de los judíos, esbeltos y resueltos, de largos vestidos. Son como niños en compañía de Jesús y le sirven amablemente. No bien llegan a alguna fuente o pozo se apresuran a lavarle los pies. Durante el camino van de un lado a otro, traen frutas, bayas, flores y cuanto encuentran. Jesús les enseña amablemente y les declara en parábolas todo lo que ha sucedido hasta ahora. Los padres de estos jóvenes pertenecieron al séquito del rey mago Mensor. Habían venido con los Reyes Magos a Palestina y se quedaron entre los pastores después que los Reyes huyeron de Belén. Vivieron allí, casándose con hijas de los pastores y tenían su pastoreo entre Samaría y Jericó. El más joven se llama Eremenzear, y más tarde Hermas. Era el niño a quien sanó Jesús, a ruego de su madre, después del diálogo con la Samaritana, junto al pozo de Jacob, en Sichar. El mediano se llama Sela o Silas; y el mayor Eliud, y en el bautismo se llamó Siricius. Les dicen los discípulos discretos y más tarde se juntaron con Tomás, Juan y Pablo. Eremenzear escribió la relación de este viaje.

Jesús llevaba una túnica oscura, que caía en amplios pliegues; por encima un vestido largo y blanco, de anchas mangas y faja ancha que sujetaba el vestido; tenía un paño blanco con que se cubría la cabeza de noche para dormir. Jesús era más alto que los apóstoles. Dondequiera que estuviese, caminando o parado, se destacaba, con su frente amplia y serena, entre los demás. Caminaba derecho, no era ni delgado ni grueso, sino proporcionado, noble, esbelto, con la flexibilidad del hombre sano, de hombros anchos y pecho robusto. Sus músculos eran desarrollados, como los del hombre hecho a la fatiga y al andar, aunque sin las señales ni las rudezas que deja el trabajo.

El camino que tomó Jesús con los tres jóvenes, después que se despidió de los apóstoles, descendía hacia Oriente, a una región arenosa, bordeada de árboles, cedros y palmeras. Al frente se levantaban las montañas de Galaad. Quería estar para el Sábado en la última ciudad de esa dirección: Kedar. Durante el camino comieron frutas y bayas. Los jóvenes traían una bolsa con panecillos y vasitos con bebidas y llevaban bastones de viaje. Alguna vez Jesús llevaba bastón, mas luego lo dejaba. Por calzado sólo llevaba sandalias. A la noche entraron en una vivienda, donde había gente sencilla, pero grosera. Jesús no se dió a conocer en ninguna parte, aunque enseñaba con parábolas diversas, especialmente la del buen pastor. La gente preguntaba sobre Jesús de Nazaret, pero Jesús no les decía que era Él. Preguntaba sobre sus trabajos y sus negocios. Ellos lo tenían

por un pastor viajero que buscaba lugares de pastoreo, como sucedía frecuentemente entre los pastores de Palestina. No lo he visto sanar ni hacer milagros aquí. Por la mañana anduvo hasta quedar a pocas millas de Kedar, que se halla en una altura, mientras la montaña está detrás. Desde aquí, la patria de Abrahán, está, creo, más lejos, al Noreste, y la patria de los Reyes Magos, hacia el Oriente, pero más al Sur.

Parte de los discípulos había vuelto a sus casas, y parte se había repartido, enseñando y misionando. Zaqueo de Jericó, que había estado también con los discípulos, volvió a su casa, dejó su oficina y su negocio, vendió todo, lo repartió a los pobres y se retiró a una pequeña aldea, donde vivió en continencia con su mujer.

Nueve semanas había fijado Jesús a sus discípulos hasta su próxima reunión en Sichar. El tumulto en Jerusalén, por causa de la resurrección de Lázaro, fué muy grande. Jesús se ausentó precisamente para ser olvidado, mientras la noticia y las averiguaciones en torno de la verdad del hecho ayudaban a la conversión de muchos judíos. Cuando Jesús volvió de su viaje, estaba demacrado. Nada hay escrito de este viaje de Jesús, porque ningún apóstol estuvo con Él, y algunos ni sabrían a punto fijo adónde se dirigió en su ausencia. Yo vi estos lugares por primera vez entonces. Jesús iba caminando con sus tres acompañantes, siempre hacia el Sudeste, aunque haciendo algunos rodeos. Pasaron la noche en una choza de pastores aislada. La gente es buena, sin malicia ni malas intenciones: miran y tratan a Jesús con admiración y lo quieren mucho. Él les cuenta varias parábolas de las que contó en Palestina y le escuchan con mucha atención y gusto. No lo he visto hacer curaciones ni tampoco bendecir. Cuando le preguntan sobre Jesús de Nazaret, hablaba de los que le siguen y entrelazaba esto con parábolas y comparaciones. Lo tienen, en general, por un pastor que busca ovejas o praderas para apacentarlas.

VIII

Jesús en Kedar

Antes del Sábado llegó Jesús con sus tres jóvenes a Kedar. No anduvieron por el camino real, sino por caminos vecinales. Era ya demasiado tarde para entrar en la ciudad: pernoctaron afuera, en un gran galpón, donde otros caminantes encontraron también refugio. Había ciertas comodidades para pasar la noche

y el edificio estaba rodeado de un patio cerrado. El cuidador abrió la puerta del recinto y se retiró a la ciudad. Cuando volvió a la mañana siguiente, recibió de los viajeros una modesta paga. Los caminantes se dispersaron y el cuidador tomó a Jesús y a sus compañeros y los llevó a su casa. La ciudad está en una ladera del monte, se extiende a uno y a otro lado del río: consta de una parte vieja y otra nueva, divididas por el río, que viene del Oriente y corre hacia Palestina. La orilla es barrancosa y sobre el río hay dos arcos amurallados. De este lado presenta un aspecto pobre: está habitado por judíos pastores que se ocupan además de varios trabajos. Del otro lado la ciudad parece mejor y está habitada por paganos. Estos hombres ya no visten del todo a la usanza de la Palestina. Hay una sinagoga y una fuente cercada de verdor y de arena. Es este el mejor lugar de la población. Jesús con sus tres jóvenes y el cuidador se dirigieron a la sinagoga y celebraron el Sábado en intimidad. Al final de la oración preguntó Jesús si podía contar algo y como manifestaran mucha alegría y deseo de oírle, contó la parábola del Hijo pródigo. Le escucharon con mucha atención y admiración, ignorando Quién era el que les estaba hablando. Se llamaba a Sí mismo el buen Pastor que busca a sus ovejas perdidas para llevarlas a buenos pastos. Lo tenían por un Profeta y lo llevaban a sus casas, donde Él enseñaba. Al día siguiente enseñó junto a la fuente, mientras hombres y mujeres estaban sentados a sus pies, escuchando. Él recibía a los niños y los estrechaba a su pecho. Les contó cómo Zaqueo había subido al árbol para verlo mejor, cómo luego dejó todo para seguirlo, y habló de aquéllos dos que fueron a rezar y el uno decía: "Bien, que yo no soy como el publicano"; y el otro, golpeándose el pecho: "Señor, ten piedad de mí, que soy un pobre pecador". La gente quería mucho al Señor y no tenía recelo en su compañía.

Le pidieron se quedase hasta otro Sábado y enseñase en la escuela. Como le preguntaran por Jesús de Nazaret, contó algunas cosas de Él y de su doctrina. Después salió con sus acompañantes, caminando hacia el Sur, por una hermosa comarca de palmas y praderas llamada Edón; visitó una casa donde el padre y la madre estaban enfermos, con varios niños que iban y venían. Eran gente buena. Preguntáronle por Jesús de Nazaret, del cual habían oído decir tantas cosas. Jesús habló de Él: que le perseguirían, que volvería al reino de su Padre y que haría partícipe de su reino a todos aquéllos que le siguen. Esto lo expuso con la parábola de un rey con su hijo. En ese

momento vi un cuadro de sus padecimientos, de su Ascensión al cielo, a su trono, y de su reinado sobre el mundo, al lado del Padre, rodeado de ángeles y de aquéllos que le habían seguido. Oí la relación de su reino, mientras narraba la parábola, el cual les quedaba impreso en el corazón como recuerdo de su presencia. Como les preguntara si creían eso, tal cual les contaba, y si querían seguir a ese buen Rey, y ellos respondieran que sí, les prometió que Dios los premiaría, les daría la salud y lo acompañarían a Él hasta Edón. En efecto, sanaron de repente, con maravilla de todos, y lo acompañaron hasta Edón. Este hombre se llamaba Benjamín y descendía en línea directa de Ruth. Creo que Tito era un hijo o pariente de estos dos curados allí. Tenía entonces 14 ó 6 años, había estado en Kedar y en otros lugares de esta comarca, donde enseñó Jesús, para oír su predicación y oír a otros contar las cosas de Jesús. Marcos, cuya ciudad natal estaba más cerca de la Palestina, y Silas, eran también conocidos de esta familia.

Jesús anduvo, con un bastón retorcido de pastor en su diestra, por unos campos amenos, llenos de palmeras, camino de Edón. Se celebraba allí un casamiento. La casa era una sala grande, que tenía cocina y lugares para dormir de tres en tres, separados por un tabique. Los hombres y las mujeres, la novia y el novio, adornados con coronas, se hallaban en una gran sala donde ardía una lámpara en pleno día. Niños y niñas tocaban con flautitas y otros instrumentos, y cantaban. Estas piadosas personas esperaban a Jesús, a quien tenían por un gran Profeta. Habían oído hablar de sus parábolas y de su doctrina en Kedar, y lo habían invitado a su fiesta. Lo recibieron contentos, llenos de reverencia, y les lavaron los pies a Él y a sus compañeros, secándolos con sus vestidos. Tomaron su bastón, lo colocaron en un rincón y prepararon una mesa con pescados, panecillos, un panal de miel y bayas coloradas. Pusieron pequeños recipientes, vasos y unas escudillas de barro pulido, de las cuales sacaban algo que echaban en los vasos para beber. Se acomodaron a la mesa sobre sillones con apoyos. A Jesús le dieron el sitio de honor entre el novio y la novia; las mujeres estaban en el extremo de la mesa. Jesús bendijo la comida y la bebida, y habló de Aquél que en las bodas de Caná convirtió el agua en vino. Como en ese momento llegasen los dos esposos curados antes, se llenaron todos de admiración al verlos sanos. Narraron lo que el Forastero les había dicho del Rey y del reino, y cómo creyendo ellos al Profeta, les había prometido hacerlos partícipes de ese reino de igual modo que se sanarían de su

enfermedad. Jesús repitió la parábola y les dijo que ahora había como una muralla entre ellos y ese reino; pero que la muralla se caería en cuanto ellos vencieran sus propias pasiones. Así pasó casi toda la noche y a la mañana se retiraron a descansar. Jesús pernoctó detrás del comedor con sus tres compañeros. Antes de tomar su descanso el Señor se apartó de ellos y oró a su Padre, arrodillado, con las manos en alto. Vi como rayos luminosos salir de su boca y una forma brillante acercarse a Él. Esto lo vi muchas veces, aún de día, cuando se retiraba a orar. Yo lo he aprendido desde niña de Él: como veía que Él se apartaba para orar, yo hacía lo mismo. A la Virgen Santísima, hasta la Encarnación, la veía rezar de pie con las manos sobre el pecho y los ojos bajos. Después la he visto orar de rodillas, casi siempre, con la mirada en lo alto y las manos levantadas.

Al día siguiente, por causa de la muchedumbre, Jesús enseñó al aire libre, y dijo poco a poco muchas cosas sobre el matrimonio que la gente había olvidado o ignoraba. Así, por ejemplo, dos parientes próximos, que querían casarse, preguntaron a Jesús, el cual les mostró con la ley de Moisés que eso estaba prohibido, y prometieron no hacerlo. Le dijeron que en un lugar cercano un hombre iba a casarse con la sexta hermana de la primera mujer difunta. Jesús contestó que iría a aquel lugar. Para el Sábado volvió a Kedar y enseñó todo el día en la escuela. Contestó a un sinnúmero de preguntas, que las gentes sencillas le hacían sobre la ley, especialmente en asuntos de casamientos. Reconcilió a algunas familias desunidas.

IX

Jesús va a Sichar-Kedar y enseña sobre el misterio del Matrimonio

Desde Kedar, dirigióse Jesús con mucho acompañamiento hacia el Norte, donde el país se volvía más llano. Los vi llegar a un lugar de pastoreo donde había galpones abiertos, largas hileras de árboles entrelazados y chozas de paja y ramas. Bajo esas techumbres comían higos, uva y dátiles y se reunían cuando en la noche calurosa lucían las estrellas en el cielo y brillaban claras las gotas del rocío. Mientras los acompañantes se desparramaron a sus respectivas viviendas, Jesús, con sus tres jóvenes, caminaba, enseñando. A la tarde del siguiente día llegó a la pequeña ciudad de Sichar-Kedar, en la falda de un monte.

Vinieron algunos a su encuentro y lo llevaron a la casa de fiestas, que me recordaba la de Caná de Galilea, donde se había reunido bastante gente. Unos recién casados habían perdido a sus padres, muertos casi de repente, y estaban sirviendo a los que habían acompañado al entierro. Delante de la casa había un patio cercado con rejas, con fuentes y columnas cubiertas de enredaderas. Los adornos eran muy hermosos. Les lavaron los pies y les ofrecieron un refrigerio. Después pasaron a otra sala donde habían preparado una comida. Jesús quiso servir: daba el pan, las frutas y la miel, sacaba las bebidas de los grandes recipientes. Éstas eran de tres colores: una algo verdosa, otra amarilla y otra blanca. Entretanto enseñaba. Sichar-Kedar es el lugar donde le dijeron que vivían muchos en condiciones matrimoniales prohibidas. De los recién casados no estaba más que el marido, llamado Eliud. Había ido al casamiento de Edón y al volver encontró muertos a sus dos suegros: habían fallecido de pesar, repentinamente, al saber que su hija, la mujer de Eliud, era adúltera. El mismo Eliud no tenía conocimiento de esto ni de la causa de la muerte de sus suegros. Después de la comida, Jesús se hizo llevar a la casa de Eliud: los tres jóvenes no estaban con Él. Allí habló a solas con la mujer, que estaba en gran aflicción y confesó, echándose de rodillas a sus pies, sus pecados. Jesús la dejó y fué a la pieza de Eliud. He visto que Jesús le decía palabras serias y tiernas y cuando lo dejó, vi a Jesús orando y luego retirarse a descansar.

A la mañana siguiente Eliud entró muy temprano adonde estaba Jesús, aún apoyado sobre su brazo, descansando. Traía una palangana con agua y una rama verde. Jesús se enderezó y Eliud le lavó los pies, secándolos con su ropa. Luego Jesús le pidió que lo llevase a su pieza, que Él quería lavarle los pies. El hombre no quería consentirlo; pero Jesús le dijo que si no lo permitía, abandonaría en seguida su casa. Dijo que eso así debía ser; que si quería seguirlo a Él, debía permitirlo. Entonces el hombre llevó a Jesús a su pieza y trajo agua en la palangana. Jesús lo tomó de las manos, le miró con amor al rostro, habló de lavarle los pies, y al fin le dijo que su mujer había sido adúltera, pero que estaba arrepentida y que él debía perdonarla. Entonces el hombre se echó al suelo sobre su rostro y se revolcó con muestras de gran dolor. Jesús se apartó un poco de él y oró. Después que hubo pasado el primer dolor al hombre, Jesús lo levantó, lo consoló y le lavó los pies. El hombre se tranquilizó, y Jesús le dijo que llamase a su mujer. Esta se presentó cubierta con el velo. Jesús tomó su mano, la puso en

la de Eliud, lo bendijo, lo consoló y levantó el velo a la mujer. Salieron de allí y Jesús mandó traer a los hijos, a los cuales bendijo, llevándolos a sus padres. Estos esposos se mantuvieron fieles y ambos prometieron continencia.

En este día Jesús fué a muchos hogares para sacar de sus errores a numerosas personas. Lo he visto ir de casa en casa, hablarles y ganarles el corazón. Hay en este lugar largas hileras de cajones para abejas. La falda forma como una terraza, donde se apoyan muchos cajones de abejas adornados arriba con botones. Los cajones se pueden abrir por delante. Todo el recinto está cercado con una enramada de juncos. Entre una hilera y otra de cajones de abejas hay un espacio con plantas y flores y escalones para subir a las diversas hileras.

Como la gente le preguntara a Jesús de dónde venía y quién era, Él contestaba en parábolas, que escuchaban con sencillez. Bajo la glorieta donde se hizo la comida, dió un sermón contando la parábola del Hijo de un gran Rey que había venido a pagar todas las deudas de sus súbditos. Ellos tomaban estas comparaciones tal como sonaban y manifestaban gran admiración por ese Hijo. Trató de aquel deudor a quien su señor perdonó una gran deuda y que él, a su vez, no quiso perdonar la pequeña cantidad que le debía otro compañero. Dijo Jesús que su Padre le había dado un viñedo; que Él debía cuidarlo, podarlo y buscar trabajadores para la viña; que para eso había venido Él. De esta viña debían echarse muchos peones perezosos, sobrantes, inútiles, como se cortan y podan las viñas. Explicó lo que significa podar la viña; habló de las hojas, ramas inútiles y de las pocas uvas que representan lo mucho falso y malo que hay en el hombre por el pecado; cómo esto debe ser mortificado y cortado para que lleve frutos de buenas obras. Así llegó al asunto del matrimonio y a la moralidad del mismo. Al hablar de la viña les recomendó que plantasen viñedos. Como le dijeran que no era región apta, les contestó que plantaran donde estaban las abejas, que era tierra buena; luego contó una parábola sobre las abejas. La gente pensó. "Si Él quiere, estamos dispuestos a ir a trabajar en su viña". Jesús les dijo que se ausentaba, que iba a pagar las deudas de los viñateros y que debía dejar fermentar el vino para hacer un vino de vida y para que pudieran los demás aprender a cultivar viñedos. Al oír que se alejaba se pusieron tristes, rogándole se quedase con ellos. Jesús les dijo que si creían en Él les mandaría a uno que los introduciría en la viña de la que les había hablado.

He visto después que el apóstol Tadeo vino a evangelizarlos y a hacerlos cristianos y que en la persecución contra los cristianos emigraron de este lugar. Jesús no hizo aquí ninguna profecía sobre Jerusalén, ni sobre el templo, ni obró milagros. Las gentes eran llanas, sin malicia, aunque un tanto inciviles en sus costumbres. Arregló varias desavenencias entre casados separados y a aquél que estaba por casarse con la sexta hermana de su primera esposa, le mandó que no lo hiciera. Habló otra vez del matrimonio con la comparación de la viña y del podar y cultivar, llamándome la atención lo que dijo: que donde hay desunión entre los casados y no hay buenos frutos, la culpa está principalmente de parte de la mujer. Ella debe tener paciencia, sufrir, cuidar los frutos, arreglar y educar; con su solicitud y trabajo espiritual, quitar lo malo y aumentar lo bueno. Todo lo que ella hace redundará en bien o en daño del fruto. En el matrimonio no se debe hablar de placer ni de satisfacciones, sino de penitencia, de mortificación, de constante lucha contra las pasiones por medio del vencimiento y la oración. Este vencimiento de las pasiones propias trae bendición y provecho a los mismos hijos. Todo esto lo enseñó el Señor con sencillas palabras y profunda significación. Habló mucho sobre esto y yo estaba tan conmovida que pensaba entre mí: “¿Por qué no se escribirá todo esto? ¿Por qué no está aquí algún apóstol que escriba esta enseñanza para que llegue así a todos los hombres?” Yo estaba como formando parte de los oyentes, e iba y venía de un lugar a otro con Jesús. Mientras yo estaba preocupada con estas ideas, se volvió Jesús a mí, y oí estas o semejantes palabras: “Yo doy fuerza al amor y cultivo la viña donde pueda dar fruto. Si todo esto se escribiera, se perdería como tantas otras cosas que se escriben, o se entendería mal, o se negaría o perseguiría lo escrito. Esto y muchas otras cosas que no se escribieron darán fruto como si estuviese escrito. No es la ley escrita lo que más debe seguirse. En la Fe, en la Esperanza y en la Caridad está todo encerrado y escrito”.

Lo que Jesús enseñó, tomando ocasión de la viña y de la naturaleza, fué admirablemente hermoso y persuasivo. Estos hombres sencillos preguntaban sobre las cosas que no entendían, y Jesús se las declaraba, de tal modo que les quedaban profundamente impresas en la mente. Un mediodía hubo un casamiento de gente pobre con la presencia de Jesús. Los dos eran sencillos y buenos, y Jesús estuvo muy afable con ellos. Se hizo la procesión a la sinagoga con niños de seis años, adornados según la costumbre, que tocaban flautas y cantaban.

Niñas pequeñas echaban flores al paso y jóvenes tocaban arpas, triángulos y otros instrumentos raros. El novio vestía casi como un sacerdote. Los padrinos pusieron sus manos sobre los hombros de los novios. El casamiento lo hizo un sacerdote judío, al aire libre, junto a la sinagoga. Cuando aparecieron las estrellas, fueron a la sinagoga para celebrar el Sábado y ayunaron hasta la tarde del día siguiente, en que celebraron las bodas solemnes en el salón de fiestas. Jesús narró entre otras la parábola del Hijo pródigo y la de las numerosas moradas del reino de su Padre. Como el novio no tenía casa propia iría a vivir en la casa de los padres de la novia. Jesús le dijo que mientras no tuviera lugar en la casa de su Padre, viviera bajo tienda en el viñado que quería edificar en la colina de las abejas.

Enseñó de nuevo muchas cosas sobre el matrimonio. Si los esposos vivían en orden y moralidad, reconociendo su estado como de penitencia, sus hijos recibirían parte de estos frutos y edificarían sus futuras moradas en el reino de su padre. Se comparó al Novio de una esposa dentro de la cual (la Iglesia) serían dados a luz innumerables hijos renacidos a la fe. También habló de las bodas de Caná y de Aquél al cual Él conocía, que había cambiado el agua en vino, que en Judea es tan perseguido y a quien al fin habrían de dar muerte. Todo esto lo escuchaban con sencillez y las parábolas las tomaban como cosas que le habían acontecido a Él. Parece que el novio era un maestro, pues Jesús le mostró cómo debía enseñar: no como los fariseos, que imponen cargas y leyes, que ellos mismos no observan, sino con su propio ejemplo.

Habló también de Ismael, pues Kedar y estos lugares están habitados por los descendientes de Ismael, y la gente se tiene por inferior a los judíos de Palestina: la mayoría son pastores. Cuando hablan de los judíos los tienen por el pueblo elegido. Viven todavía en medio de sus costumbres primitivas, con gran sencillez. Un jefe tiene una casa grande con vallado; a su alrededor están los campos, los animales y las casas de los pastores menores, que son como sus trabajadores. Al pozo van sólo los hombres de ese jefe y los vecinos que se llevan bien. Hay muchos jefes en esta comarca que, por lo demás, no es tan grande. Animada por las palabras de Jesús, la gente fué al lugar de las abejas, levantó una casita para los nuevos casados y plantó un viñado. Cada amigo hizo una especie de tabique que fué unido con pieles y cerrado y el todo embetunado con una sustancia pegajosa. Cuando tenían hecho un trozo lo llevaban al lugar; cada uno trabajó en la obra según sus habilidades, y se

repartieron la provisión de lo más necesario. Jesús los guió en la obra, y ellos se admiraban de que entendiera también de estos trabajos.

Con ocasión del casamiento enseñó que los ancianos y los pobres deben ocupar los mejores sitios. Fué hasta el lugar de las abejas y señaló el mejor lugar para las viñas. Detrás y en las faldas debían plantar vides. Como llegase la fiesta del Novilunio fueron con Jesús a la sala de fiestas. Jesús sabía que algunos habían dicho entre sí: “Éste no tiene casa y quizás quedará vivir allí con los recién casados”. Por eso Jesús repitió que Él no se quedaría: que Él no tenía casa aquí, que su reino estaba por venir, que tenía que plantar la viña de su Padre y regarla con su sangre sobre el monte Calvario. Agregó que esto no podían entenderlo por ahora: que lo entenderían cuando hubiese regado con su sangre aquel lugar. Les dijo que volvería, que sus mensajeros vendrían para llamarlos y que ellos al fin abandonarían estos lugares. Les dijo que cuando Él viniera por tercera vez, llevaría al reino de su Padre a todos los que hubiesen cultivado bien el viñedo. Agregó que la estadía de ellos no sería larga aquí; por eso bastaba una tienda liviana que pudiera ser transportada. Habló mucho del amor de unos a otros y que echaran el ancla de la unión entre ellos para que la tormenta que iba a venir no los dispersara uno a uno. Habló en parábolas de la vida, como quería enseñar a esa pareja a plantar un viñedo y que luego se iría para plantar el viñedo de su Padre celestial. Todo esto lo decía tan sencilla y profundamente, que ellos creían, en su simplicidad, que hablaba de una viña verdadera. Les enseñó a reconocer en la naturaleza y en la vida una ley secreta y santa, que ahora estaba deformada y profanada por efectos del pecado. La enseñanza duró hasta muy entrada la noche. Cuando Jesús quiso alejarse, lo detenían, lo abrazaban y le rogaban les aclarase más las cosas que les había dicho. Él les dijo que hicieran las cosas como Él se las había dicho; que les mandaría a uno que les explicaría claramente todo lo que ahora no entendían. Hubo una modesta comida y todos bebieron del mismo vaso.

El joven recién casado se llama Salatiel y la mujer suena como Brainchen o Feinchen. Fueron bautizados por el apóstol Tadeo con la mayor parte de los habitantes. También el Evangelista Marcos estuvo en estas comarcas. A los 35 años de la muerte de Jesús, salió Salatiel con su mujer y tres hijos, ya crecidos, y se trasladó a Efeso. Lo he visto en Efeso con aquel Demetrio que promovió una persecución contra Pablo, que luego

se convirtió y le contó a Salatiel muchas cosas de Pablo y de su conversión. Pablo ya no estaba entonces en Efeso. Salatiel, con sus tres hijos y Demetrio navegaron en pos de Pablo. La mujer de Salatiel permaneció en Efeso en una casa donde se reunieron otros muchos y vivieron allí. La mayoría de los judíos salieron de Efeso: Salatiel con sus tres hijos, Demetrio, otro de nombre Gayo y Silas estaban en aquel barco donde Pablo naufragó cerca de Malta y bajaron con él a la isla. Desde su cárcel, en Roma, Pablo señaló el apostolado a esos tres hijos de Salatiel.

Cuando Jesús se dirigió con los hombres al lugar de las abejas para indicarles dónde debían plantar las vides, ya estaba señalado el espacio para la casa y un parral dispuesto. Como le dijeran que las uvas que crecían aquí eran amargas, explicó Jesús que eran de mala clase, de mala simiente, que crecían silvestres y no habían sido podadas: tenían sólo la apariencia de uvas y de vino, y no su dulzura y su bondad. Las que ahora quería plantar serían dulces. Con esto volvió a hablar del matrimonio, que sólo con el vencimiento de las pasiones podía dar fruto bueno. De las varias vides que habían traído, eligió cinco, las plantó e indicó cómo debían atarlas en cruz al parral. De este modo, todo lo que decía acerca del modo de obtener buen fruto de las vides, lo refería a la manera de portarse de los casados para obtener frutos buenos de su unión. Como después repitió varias enseñanzas en la sinagoga les habló de la continencia que debían observar después de la concepción y señaló la perversión de los hombres que olvidan y no practican cosas que hasta los elefantes practican. En esta región, existen estos animales. Les dijo que dentro de poco los iba a dejar: que le convenía ir a plantar su viña en el Calvario para regarla con su propia sangre; pero que les enviaría a uno que les aclararía todas estas cosas y los llevaría a la viña de su Padre celestial. Como hablase siempre del reino de su Padre y de sus moradas, preguntaron, con sencillez, por qué no había traído nada de casa de su Padre y andaba pobremente vestido. Contestó que ese reino está reservado para aquéllos que lo siguen a Él y los que quieren poseerlo deben merecerlo. Dijo que era un Forastero que buscaba obreros para su viña; que la casa de los recién casados la había hecho tan provisoria y frágil porque no debían los que le siguen aficionarse a la tierra. ¿Por qué habrían de fabricar una casa estable para un cuerpo de por sí tan frágil? Debe conservarse el cuerpo limpio de pecados, santo como un templo, no mancharlo ni profanarlo, ni satisfacer al cuerpo con daño del alma. Luego habló del reino de su Padre, del Mesías,

de las señales para reconocerle: cómo ese Mesías debía nacer de padres nobles, aunque sencillos y que, conforme a los tiempos, el Mesías ya debía estar en el mundo. Les recomendó que se mantuvieran firmes en creer en Él y en su doctrina. Habló también del amor fraterno y del buen ejemplo, y dijo a Salatiel que dejase su casa abierta y que confiase en lo que Él le decía: viviendo piadosamente Dios guardaría su casa y nadie le quitaría nada de lo suyo. Salatiel recibió para su casa mucho más de lo que necesitaba. Jesús enseñó que no debían tener ambición y que debían favorecer por amor de Dios a sus semejantes, Jesús había ganado la confianza de todas estas gentes; de este modo les fué enseñando, con parábolas y comparaciones, de la continencia, de la moralidad y de las buenas costumbres, hablándoles de la siembra y de la cosecha.

Fué a ver a dos que estaban por casarse, teniendo parentesco prohibido. Les dijo que su casamiento, motivado más por interés que por amor, no era permitido. Se asustaron mucho al oír esto, porque aún no habían hablado de sus intenciones con nadie: prometieron desistir de su casamiento. Aquí también se renovó la escena del lavarse los pies uno a otro y la mujer quiso secar los pies de Jesús con su velo o parte de su vestido. Ambos reconocieron en Jesús algo más que un profeta, lo siguieron y se convirtieron. Luego fué a otra casa donde se preparaba otro casamiento prohibido: es decir, la madrastra quería casarse con el hijastro, y éste nada sabía. Jesús le dijo a este joven que saliese de la casa y fuese a vivir con Salatiel, haciéndose allí su casita. El joven obedeció al punto. Jesús le lavó los pies. Esta mujer, a la cual Jesús reprendió, se irritó mucho, no quiso reconocer su pecado ni hacer penitencia, y se perdió. Las gentes de aquí debían haber tenido bastante relación con el Tabernáculo de la Alianza, pues preguntaron al Señor dónde había ido a parar el Arca de la Alianza y qué había dentro de ella. Les contestó que de ella habían recibido ahora los hombres tanto, que pasó todo a ellos. Precisamente el hecho de que ya no había Arca de la Alianza era una señal más de que el Mesías había venido. Muchos habitantes de aquí creen que el Mesías había nacido, pero que fué muerto cuando la matanza de los Inocentes.

X**Resurrección de un pecador**

A una hora al Este estaba la casa de un jefe de pastores, que había muerto de repente no lejos de su casa. La mujer y los hijos estaban en la mayor aflicción. La familia envió mensajeros a Jesús y a la gente del lugar invitándolos al entierro. Jesús fué allá con sus tres jóvenes, con Salatiel y su mujer y otras personas más, unas treinta. El cadáver estaba pronto para ser llevado, puesto bajo un emparrado de plantas delante de la casa. Este hombre había muerto en castigo de sus pecados: oprimía a los trabajadores, y como algunos de éstos se fueron del lugar, se apropió de sus objetos. Precisamente ahora acababa de apoderarse del campo de un colono, y le sobrevino el castigo. Delante del cadáver habló Jesús diciendo que ahora nada le aprovecha su cuerpo, su casa que debió pagar, sus campos. Dijo que había amontonado deudas pesadas sobre su alma, por causa de su cuerpo, deudas que ahora ya no podía satisfacer. La mujer del hombre estaba sumamente triste y decía: "El Rey de los Judíos de Nazaret podría resucitar a los muertos... ¡Si Él estuviera aquí!" Jesús dijo: "Sí, el Rey de los Judíos lo puede hacer; pero se lo persigue porque lo hizo y lo quieren matar a Él, que da la vida... y no lo quieren reconocer como el Mesías". Dijeron todos: "Si Él estuviera entre nosotros, lo reconoceríamos por Mesías". Jesús quiso ponerlos a prueba. Les habló de la fe: si ellos creían en ese Rey de los Judíos, Él podría ayudarlos. Luego separó a la familia del difunto, a Salatiel y a su mujer, y a los demás los mandó que volviesen a sus casas. Habló con la mujer, la hija y el hijo del difunto. La mujer dijo, antes que Jesús alejase a los demás: "Señor, Tú hablas como si fueses ese Rey de los Judíos". Jesús le indicó que callara. Cuando se hubieron alejado los demás, dijo a los presentes que si escucharan sus enseñanzas, creyeran en Él y le siguieran, callando lo que iba a suceder, el muerto volvería a la vida, pues su alma aún no ha sido juzgada y está en el campo donde murió y se apropió de lo ajeno. Ellos prometieron de corazón obediencia a sus enseñanzas y callar el hecho, y Jesús se encaminó al campo donde había muerto el hombre.

Yo he visto el estado del alma del difunto. La vi sobre el lugar de su muerte, en un círculo, en una esfera donde se le mostraban cuadros de todos sus pecados, y todas las conse-

cuencias que de esos pecados se derivan; y esto consumía y devoraba de pena a esa alma. He visto también todos los castigos que debía sufrir por sus pecados, y recibió en ese estado una vista de los dolores de Jesús satisfactorios de las culpas cometidas. Mientras esa alma estaba así desgarrada por el dolor y pronta para entrar en el castigo, Jesús oró y llamó a esa alma, con el nombre Nazar, que así se llamaba el hombre, para que volviera a entrar en su cuerpo. Dijo a los presentes: "En cuanto lleguemos encontraremos a Nazar sentado y con vida". Yo vi las palabras de Jesús y a esa alma volar al cuerpo, estrecharse la esfera y entrar en su boca; vi al hombre levantarse al punto y sentarse en su cajón.

Yo veo siempre al alma humana como posando sobre el corazón, de donde parten infinidad de hilos o líneas a la cabeza. Cuando Jesús volvió con sus acompañantes a la casa, encontraron a Nazar, envuelto en las telas de la sepultura, con las manos atadas, sentado en su cajón. Su mujer le desató las manos, y él se levantó del cajón, se echó a los pies de Jesús y quería abrazar sus rodillas. Jesús se apartó, le mandó que fuese a lavarse, a purificarse y a mantenerse oculto en la casa, hasta que Él se alejase, y a no hablar de su resurrección. La mujer lo llevó a un lugar oculto de la casa donde se lavó y se vistió. Jesús con Salatiel y los tres jóvenes tomaron algún alimento, y permanecieron en la casa. El sarcófago fué guardado en el sótano. Jesús enseñó allí hasta entrada la noche. Al día siguiente Jesús lavó los pies a Nazar y lo amonestó a cuidar más de su alma que de su cuerpo y a reparar todas las injusticias. Hizo traer a sus hijos, les habló de la bondad de Dios, que su padre había experimentado, los exhortó al temor de Dios, los bendijo y los llevó ante sus padres. También a la mujer la llevó ante el marido y le dijo que lo tuviera como un hombre nacido de nuevo y que viviesen más austera y honestamente. Habló muchas cosas sobre el matrimonio con las comparaciones de la viña y de los sembrados. Se volvió a Salatiel y le dijo: "Tú te has movido por la belleza exterior de tu mujer. Piensa cuán bella y preciosa es un alma, por la cual Dios mandó del cielo a su Hijo, para que con los dolores y muerte de su cuerpo se salvaran las almas. Quien cuida su cuerpo, descuida su alma. La belleza despierta la pasión y la pasión echa a perder el alma. La incontinencia es como una planta parásita y trepadora, que ahoga el trigo y es vicio". Así les habló del trigo y de la vid, y que debían arrancar especialmente dos clases de plantas parásitas del trigo y de la vid. Por último les avisó que el Sábado estaría

en Kedar, donde enseñaría en la escuela, donde podrían oír cómo hacerse partícipes de su reino y cómo seguirle a Él. Como le preguntaran por qué quería ir adonde estaban los paganos, que adoran a las estrellas, contestó que tenía allí amigos que siguiendo una estrella fueron a saludarlo cuando Él nació. A éstos quería Él visitarlos e invitarlos a entrar en la viña y en el reino de su Padre y prepararles el camino para ese reino.

En Kedar se había reunido una gran muchedumbre en torno a Jesús. Entonces sanó también públicamente a muchos enfermos. Algunas veces, pasando al lado de los enfermos, les decía sólo: “¡Levántate y sígueme!” Y ellos se levantaban sanos. La admiración y la alegría de todo el país se hizo tan extraordinaria, que si Jesús no se retiraba se hubiese producido un levantamiento general en su favor. Salatiel fué con su mujer a Kedar, donde Jesús les habló de nuevo sobre su estado, diciéndoles cómo debían conducirse en todos los casos para llegar a ser una vid noble que diera tales frutos que pudiesen sus hijos ser un día discípulos de los apóstoles y de los mártires. Les recomendó la pureza de costumbres, la oración, la mortificación y la absoluta continencia después de la concepción. Les habló de la recíproca confianza y de la obediencia de la mujer: que el hombre no calle cuando ella pregunte; que el hombre honre y cuide a su mujer como a un ser más débil delicado; que el hombre no desconfíe por ver que ella habla con alguno, ni ella tenga celos por ver que el hombre trata con otra mujer; que ambos traten de no ser ocasión de escándalo; que no admitan entre ellos a una tercera persona en sus tratos sino que deben hablarse directamente. Dijo a la mujer que fuera una piadosa Abigail. Les señaló una región buena para sembrar trigo. Les mandó hacer un cerco en torno del viñedo, entendiendo la observancia de sus avisos.

Antes de abandonar a Kedar habló largamente en la sinagoga, declarando en general varias enseñanzas que había dado en particular. Habló de la caída del primer hombre, en modo sencillo, claro y con imágenes, de la progresiva corrupción de los hombres; de la misericordia de Dios, que eligió al pueblo hebreo, y de todo lo hecho hasta la Virgen Santísima, del misterio de la Encarnación y de la renovación de lo caído en el Hijo de la Virgen hasta sacar al hombre de la muerte a la vida eterna. Se llamó a Sí mismo “el grano de trigo que debe ser enterrado para resucitar”. Ellos no entendieron esto. Les dijo que procurasen seguirlo no sólo en este corto camino, sino hasta el último juicio. Les habló de la resurrección de los muertos y

del Juicio final: que vigilasen. Refirióse al siervo inútil: el juicio viene como el ladrón, por la noche; en cada momento puede venir la muerte. Ellos, los ismaelitas, son los siervos; sean fieles; Melquisedec fué su figura: su sacrificio fué de pan y vino; en Él será su carne y su sangre. Al fin les dijo que Él era el Salvador. Muchos, entonces, se volvieron algo esquivos y retraídos; otros, al contrario, más consolados y animosos. Les recomendó el amor mutuo, la compasión y la participación en el dolor y en la alegría común, como miembros de un mismo cuerpo. En esta enseñanza estaban presentes algunos paganos de la otra parte de la ciudad, que escucharon desde cierta distancia. Habían sido hasta entonces muy contrarios a los judíos: ahora se acercaron a ellos y les preguntaban muchas cosas de Jesús, de sus enseñanzas y de sus milagros.

XI

Jesús llega a la primera ciudad de los Magos

Cuando Jesús abandonó con sus tres jóvenes a Kedar, le acompañaron un trecho el jefe de la sinagoga Nazor, descendiente de Tobías, Salatiel, el joven Tito y Eliud. Pasaron el río a través de la ciudad pagana, donde se celebraba una fiesta de ídolos y se ofrecía sacrificios. El camino llevaba hacia el Oriente, luego al Sur, entre dos barrancos, a veces entre paganos, a veces entre campos judíos: había una arena amarilla y piedrecitas blancas. Cuando llegaron a un lugar verde, donde había una tienda grande y otras más pequeñas, entre palmeras, se despidió Jesús de sus acompañantes, los bendijo y siguió hasta las tiendas de los magos o astrólogos. El día iba cayendo cuando llegó Jesús junto a un hermoso pozo en una pequeña hondura, rodeado de un vallado, donde había un instrumento para sacar agua. Tomó agua y se sentó junto a la fuente: los jóvenes le lavaron los pies y Jesús a ellos. Era una escena conmovedora. En esta pradera había palmeras, prados y grupos de tiendas desparramadas. Se veía sobresalir de la comarca una torre, alta, como una pirámide, más o menos como una iglesia. De vez en cuando salía alguno a mirar con recelo a Jesús y a sus acompañantes, pero nadie se acercó. No lejos del pozo se levantaba la tienda mayor que tenía varios pisos en forma de torres pintiagudas y se componía de tiendas unidas y cubiertas con cueros, artísticamente arregladas. Salieron de la tienda principal cinco hombres con ramas al encuentro de Jesús. Cada uno

tenía una rama con una fruta diferente: uno tenía hojas amarillas y frutos, otro bayas coloradas, otro una palma, otro una vid con hojas y el quinto traía uvas. Vestían túnicas hasta las rodillas y arriba otro vestido de lana de fina trama. Eran de rostro blanco, barba corta y negra y cabellera larga y rizada. Sobre la cabeza llevaban una especie de mitra. Vinieron contentos al encuentro de Jesús, lo saludaron y lo invitaron a entrar en la tienda, mientras le ofrendaban las ramas que traían. A Jesús le dieron la rama de la vid y el que los guiaba tenía otra en su mano. En la tienda se acomodaron sobre grandes almohadones que tenían delante adornos de borlas. Les ofrecieron frutas. Jesús habló poco. Luego los llevaron a otra tienda, donde había cierto número de divisiones con poltronas para descansar. En el centro estaba instalado el comedor. En el medio de la sala se levantaba una columna que sostenía el edificio, artísticamente adornado de hojas, frutas, vides y, entre ellas, cabezas tan expresivas que parecían naturales. Pusieron delante del Señor una mesita baja, extendieron una alfombra con figuras de hombres en diversas actitudes y pusieron encima recipientes y comestibles.

Las paredes interiores estaban cubiertas de colgaduras y telas. Cuando estuvieron acomodados Jesús y sus tres jóvenes, les ofrecieron unas tortas, que en el medio estaban más prensadas, frutas y miel. Ellos se sentaron con las piernas cruzadas en torno de sus mesitas sobre las cuales había fuentes. Servían a sus huéspedes turnándose. Delante de la tienda, afuera, estaban los criados que preparaban y ordenaban los alimentos que llevaban adentro. Los he visto ir a una cocina y traer unas aves que estaban asándose sobre asadores. Esta cocina era una especie de hogar, y se veía salir el humo por la parte superior. Las aves las traían arregladas artísticamente: se veían como cubiertas con plumas cual si fuesen vivas. Después de la comida los acompañaron a los dormitorios, y como vieran que Jesús lavaba los pies a los jóvenes que le habían lavado a Él, se quedaron mirando llenos de extrañeza. Jesús les habló sobre estas muestras de afecto de unos a otros y dijeron que querían hacerlo también ellos en adelante.

Después vi que los cinco hombres fueron a un templo en forma de pirámide de base cuadrada: no era de piedra, sino de materia liviana, madera y cuero, y por fuera tenía escalones para subir a la cúspide. Los hombres vestían mantos más largos detrás que delante, con cintas que colgaban por detrás desde los hombros. El templo estaba edificado en una hendidura, al-

rededor de la cual había gradas y asientos. El recinto estaba circundado por un vallado, de tanto en tanto cortado para el acceso y todo cubierto de plantas verdes. He visto sentadas como a cien personas en torno de la pirámide: las mujeres detrás de los hombres, más atrás aún las doncellas y por último los niños. En los diversos pisos de la pirámide había globos que se iluminaban imitando astros y estrellas. No pude ver cómo hicieron eso. Estaban las luces en el orden como suelen verse las constelaciones. En el interior del templo había muchas personas, y en el medio una columna muy alta de la cual salían maderas sosteniendo diversas luces que iluminaban los globos, que por el exterior brillaban como estrellas. En el interior había una luz agradable como la de la luna y toda la techumbre se veía llena de estrellas, la luna, y encima de todo la figura del sol. Todo estaba artísticamente combinado y daba la impresión de estar mirando el cielo en una noche estrellada. También vi en torno de la columna tres ídolos: uno como un hombre con cabeza de pájaro con un pico grande y retorcido, donde le metían toda clase de comestibles y aves, cosas que caían afuera por la parte baja. El otro ídolo tenía cabeza como de buey, y estaba sentado como un hombre contrahecho. Sobre sus brazos ponían aves, como se ponen a las criaturas. Tenía agujeros en el cuerpo, de donde salía fuego: delante de él había una mesa donde sacrificaban aves, las cortaban y las ponían en el ídolo para quemarlas. El humo entraba por un caño que iba bajo tierra y salía del templo. No se veían llamas, pero sí a los repugnantes ídolos colorearse por el fuego interior entre la media luz del templo. Comenzaron un canto muy armonioso: a veces una sola voz, luego todo el coro. La tonada era triste con arranques briosos a intervalos. Cuando salieron la luna y las estrellas, alzaron la voz con fuerza. Creo que la reunión se prolongó hasta la salida del sol.

Jesús, a la mañana siguiente, antes de proseguir su camino, les dió algunas enseñanzas. A las preguntas que le hacían de dónde era y adónde iba, habló del reino de su Padre y que salía a buscar a sus amigos que le habían ido a saludar en su nacimiento en Belén. Les dijo que después pensaba ir a Egipto para ver a los amigos de su niñez y llamarlos al reino de su Padre, y finalmente se volvería a su Padre, de donde había venido. Les reprochó su culto idolátrico, con el cual se daban tanto trabajo y sacrificaban tantos animales. Les dijo que debían adorar a Dios Padre, que ha hecho todas las cosas; que los sacrificios de las aves no debían dárselos a esos ídolos, que son

obras de sus manos, sino a los pobres que hubiera entre ellos. Las viviendas de las mujeres estaban separadas de los hombres, pero he visto que cada uno tenía varias mujeres. Éstas tenían vestidos largos, con adornos en las orejas y una especie de mitra sobre la cabeza. Jesús alabó la separación de las mujeres: que era bueno que estuvieran detrás de los hombres en las reuniones, pero les reprochó enérgicamente su poligamia. Les dijo que debían tener una sola mujer, y no como esclava, sino sólo sujeta y obediente. Todo lo decía con tanta gracia y bondad que le rogaron se quedase con ellos. Querían traer, le dijeron, a un anciano sacerdote muy sabio, pero Jesús no lo consintió. Después trajeron unos escritos antiguos, que estuvieron leyendo. No eran rollos, sino materia gruesa como corteza de árbol: las letras y signos estaban grabados adentro. Me parecieron que eran de cuero bastante grueso. Insistieron en que Jesús se quedase y les enseñase. Les dijo que le siguieran cuando Él hubiese vuelto a su Padre, y que les mandaría a alguno que los instruyera. Al dejarlos, tomó un estilete y grabó en una piedra del piso cinco nombres de su genealogía. Me parecieron como cuatro o cinco caracteres retorcidos, entre los cuales reconocí sólo una letra o signo parecida a una M. Estos signos estaban grabados profundamente. La gente leyó y conoció estos caracteres en seguida, porque le tributaron grandes muestras de reverencia y más tarde he visto que sacaron del piso de la tienda esa piedra y les sirvió de altar. Yo veo esa misma piedra ahora, metida en la pared, en un rincón de la Iglesia de San Pedro, en Roma. ¡A esta piedra no la podrán sacar de ese lugar los enemigos de la Iglesia!

No permitió Jesús que lo acompañasen, y con sus tres jóvenes fué caminando en dirección al Sur, pasando entre las tiendas dispersas, por delante del templo piramidal. Jesús comentaba con los jóvenes cómo le habían tratado bien estos paganos a los cuales no había hecho beneficios y cómo en cambio le perseguían los judíos a quienes había colmado de beneficios y milagros. Anduvo durante todo el día con mucha prisa. Me parece que tiene que andar varios días para hacer las cincuenta millas hasta el país de los Reyes Magos.

XII

La esfera maravillosa

Poco antes de comenzar el Sábado vi a Jesús en las cercanías de unas tiendas de pastores; y hallando un pozo se sentó junto a él con sus acompañantes y allí se lavaron los pies unos a otros. Luego celebró el Sábado, aunque estaba en el extranjero, en contradicción de lo que le acusaban los fariseos, de que profanaba el Sábado. Pasó la noche al aire libre, con sus tres discípulos, junto al pozo. No había viviendas estables ni se veían mujeres entre los pastores: sólo tenían aquí unos refugios nocturnos en las praderas. A la mañana siguiente se agruparon en torno de Jesús para escucharle. Él les preguntó si no habían oído decir que 33 años atrás unos hombres habían sido guiados por una estrella para saludar al recién nacido Rey de los Judíos. Contestaron: "Sí, sí". Jesús les dijo que Él era ese Rey de los Judíos, que ahora iba a visitar a los mismos que habían ido a visitarlo a Él. Mostraban estos pastores una alegría infantil y mucho amor. Le prepararon un lugar para descansar bajo las ramas de unas palmeras. Me admiró la ligereza con que cortaban ramas y plantas con sus cuchillos de piedra afilada o de hueso; en un momento prepararon un cómodo asiento. Jesús, sentado en medio de ellos, les enseñó en hermosas parábolas; y estos cuarenta hombres le escuchaban con sencillez de niños y rezaron después con Jesús. Por la tarde levantaron una tienda y la juntaron con otra, haciendo de este modo una sola más grande, donde prepararon una comida que consistió en frutas, una especie de sopa o jugo y leche de camello. Como Jesús bendijera los alimentos, preguntaron por qué lo hacía, y como entendieron el fin quisieron que bendijese los demás alimentos que tenían de reserva. Jesús los complació. Como le trajeran cosas blandas que no durarían, Jesús les dijo que trajeran frutas y otros alimentos que podían conservarse bendecidos. He visto que esas especies de bolas blancas que habían traído para comer, eran de arroz. Les dijo Jesús que a estos alimentos que ahora bendecía les mezclasen siempre otros nuevos antes que se acabasen los bendecidos; les aseguró que no perdían la bendición y que nunca se les echarían a perder esos alimentos. Me fué dicho que los Reyes ya saben por un aviso recibido en sueños que Jesús está en camino hacia sus tierras.

Hoy vi de nuevo al Señor sentado bajo las palmeras, rodeado de los pastores. Les enseñó de la creación del mundo, de

la culpa del hombre, de la promesa de la Redención. Les preguntó si ellos no tenían acaso en sus tradiciones algunas promesas. Sabían algo de Abrahán y de David, pero muy mezclado con fábulas. Se portaban con la sencillez de los niños en la escuela: si alguno sabía algo de lo que Jesús preguntaba, lo decía con ingenuidad. Como Jesús vió esta su sencillez infantil, hizo allí una maravilla. En el momento que explicaba y le escuchaban con tanta atención, extendió Jesús su mano derecha hacia un rayo del sol, y vi en su mano una pequeña esfera luminosa, que después, agrandada, colgaba de su mano derecha. Todo lo que Jesús explicaba se podía ver en esa esfera luminosa. Allí veían todo lo que Jesús les iba explicando. Yo, en cambio, vi a la Santísima Trinidad en esa esfera luminosa. Como yo viera al Hijo en la esfera, no lo veía más allí sentado, sino a un ángel que se movía en torno de la esfera. Una vez vi que Jesús tomó la esfera en su mano, otra me pareció que su misma mano era la esfera luminosa, donde se veían sucederse innumerables cuadros y figuras. Oí también algo sobre números, creó que 360 ó 365, como días del año y se veían figuras de lo mismo en la esfera luminosa.

Jesús les enseñó después una oración breve, que me recordó al Padrenuestro, y les señaló tres intenciones con las que convenía que orasen: una acción de gracias por la Creación, la segunda por la Redención, y la tercera, creo, recordando el Juicio final. En esa esfera luminosa he visto desenvolverse todos los cuadros de la creación, de la caída del hombre, y luego de la Redención con los medios para participar de esa redención y salvación. En los cuadros de la creación se veía cómo todas las cosas creadas venían de la Santísima Trinidad por medio de rayos luminosos. Otros cuadros se desarrollaron arrancados de ese centro. Jesús les hizo entender, por haberse formado y salido de su mano la esfera luminosa, que toda la creación salió del poder de Dios. El colgar la esfera como de un hilo de su mano explicó el peligro de esa creación separada de Dios por el pecado, y el tenerla por último en su mano era para dar una idea de su poder en el Juicio final. Habló de los años y días conforme a lo que veían en esos cuadros de la creación y del trabajo, descanso y culto a Dios.

Cuando Jesús terminó su explicación, se desvaneció la esfera luminosa sin saberse cómo se había formado. Las gentes quedaron tan admiradas y llenas de confusión por su propia miseria que, juntamente con los tres jóvenes, se echaron al suelo con el rostro pegado a la tierra, llorando en actitud de

adoración. También Jesús se mostró afligido y se postró como los otros sobre su rostro. Después de algún tiempo los jóvenes se alzaron y Jesús y los demás se levantaron. Como preguntaran a Jesús por qué estaba tan triste, contestó que Él estaba triste con los que están tristes. Pidió luego una flor de jacinto, que aquí crecen casi silvestres, aunque más gruesas y más hermosas que las nuestras, y preguntó si no conocían las propiedades de esa flor. Dijo que cuando el cielo se nubla, se contrae, se aflige y palidecen sus colores, como si se hubiese extendido una nube sobre su sol: añadió otras maravillas y rarezas de esa flor y su significado. Oí también un nombre extraño y maravilloso de esa flor, y entendí que hablaba del jacinto.

Jesús les preguntó qué culto religioso tenían, aunque bien lo sabía Él. Pero era como un buen maestro que pregunta como se pregunta a los niños en la escuela. Le trajeron todos sus ídolos: animales que habían imitado en la forma, ovejas, camellos, asnos. Eran de metal, pero estaban recubiertos de las pieles correspondientes. Causaba risa el ver que habían formado todos esos ídolos de forma femenina, con grandes bolsas en lugar de senos. Llenaban estas bolsas de leche y en sus fiestas tomaban de allí, comían, danzaban y brincaban delante de sus animales. Separaban con tiempo el mejor animal de la majada, lo cuidaban y lo tenían como sagrado; luego hacían el ídolo tomando como modelo el animal elegido, y de su leche echaban en los senos. Cuando celebraban su culto traían sus ídolos bajo una hermosa tienda y se reunían como en una feria. Hombres, mujeres y niños, todos estaban allí: se comía, se bebía, se cantaba, se danzaba y adoraban a esos ídolos en forma de animales. No celebraban el Sábado sino el siguiente día. Esto lo supe en esta forma: mientras ellos ingenuamente le contaban a Jesús sus fiestas y le mostraban sus ídolos, tuve una visión del modo que hacían sus cultos. Jesús les hizo ver qué abominable idea tenían del culto verdadero: luego les dijo que el cordero sin mancha era Él mismo, del cual debían esperar únicamente el conseguirlo todo, la salud del alma y el sustento del cuerpo. Les mandó, por fin, que quitaran esos ídolos de en medio de ellos: a los animales vivos los pusiesen entre los otros de la majada, y a los ídolos, si había algo de valor en ellos, los rompiesen y distribuyesen lo que valía entre los pobres. Les mandó hiciesen altares y ofreciesen incienso al único Dios del cielo y le diesen gracias de los beneficios recibidos. Añadió que pidiesen en sus oraciones la salvación y redención y se tuviesen mucha compasión y amor entre ellos y con los pobres, de los

cuales había algunos en el desierto que nada poseían, a veces ni una tienda. Cuando sacrificasen animales, lo que no podían comer, lo ofreciesen en sacrificio, quemándolo, y una parte del pan, luego que hubiesen dado a los pobres; y que las cenizas de esos sacrificios, añadió, las echasen sobre un terreno estéril que les mostró, para que se volviera fructífero con la bendición que les daba. Todas estas instrucciones se las dió diciéndoles las razones. Luego habló de nuevo de aquellos Reyes que le habían ido a visitar. Ellos dijeron que sabían que hacía 33 años habían pasado por allí, para buscar al Salvador y habían creído que traerían felicidad y suerte: añadieron que los Reyes habían vuelto a sus tierras, que habían variado su culto, pero después no supieron más nada de ellos.

Jesús dirigióse con estos pastores por sus tiendas y sus rebaños; les enseñó muchas cosas y les indicó cómo aprovechar diversas hierbas. Les prometió que les mandaría a alguno que les enseñaría todo lo necesario: que Él había venido para salvar a todos y a cada uno de los que deseaban recibirle, y no sólo a los judíos como ellos creían en su humildad. Estos hombres sabían pocas cosas de Abrahán. Los tres jóvenes, compañeros de viaje de Jesús, estaban muy admirados desde el milagro de la esfera luminosa. En cuanto a sus relaciones con Jesús eran muy diferentes de las de los apóstoles. Éstos eran callados, humildes, no hablaban ni preguntaban, como solían hacer los apóstoles; servían a Jesús con infantil sencillez, mientras los apóstoles se disponían para cumplir un cargo y un apostolado.

XIII

En la comarca de los Reyes Magos

Cuando Jesús salió para dirigirse al país de los Reyes Magos, le acompañaron unos doce hombres que al parecer iban a ofrecer un don o a cumplir con un tributo: llevaban canastos con aves. El viaje se hizo por lugares solitarios: en todo el camino no encontraron vivienda, a pesar de estar transitado. A lo largo había árboles que daban unas frutas como higos: también encontraban otras bayas en el trayecto. A cada trozo de camino como de un día, hallaban un pozo cubierto rodeado de árboles, cuyas ramas estaban atadas por arriba formando sombra sobre el pozo mismo. Los viajeros encontraban sitios para descanso, comodidad para hacer fuego y techumbre para pasar la noche. Allí también se lavaban los pies. De los otros

viajeros no quería admitir este servicio. Los jóvenes se hicieron muy familiares en su sencillez infantil con Jesús; pero a veces, recordando las maravillas y milagros que habían presenciado, se sentían temerosos, confundidos y se miraban unos a otros, llenos de temor reverencial. He visto varias veces que Jesús desaparecía de sus miradas, pero ordinariamente les hablaba e instruía de todas las cosas que se ofrecían ante su vista. Caminaban una parte de la noche. Los jóvenes hacían fuego frotando unos leños contra otro; llevaban una linterna en un palo que proyectaba una luz rojiza hasta cierta distancia. No sé en qué consistía esta lámpara. He visto que pasaban a veces durante la noche algunos animales salvajes corriendo. El camino subía a veces a grandes alturas progresivamente. En un campo encontraron hileras de nogales y mucha gente que recogía las nueces en sacos, pero parecía sólo el resto de lo que había quedado de la cosecha.

Otras veces había árboles sin hojas, todavía con frutos: melocotones en las alturas, matas delgadas plantadas en hileras y árboles como nuestros laureles. A veces descansaban sobre enebros de tronco tan grueso como el brazo de un hombre robusto: arriba se presentaban tupidos y debajo con las ramas recortadas, tomando un aspecto agradable. La mayor parte del viaje fué por desiertos arenosos; otros lugares, de piedrecitas blancas, piedrecitas pulidas como huevos; otros extensos lugares de piedras negruzcas, que parecían cacharros quebrados, porque aparecían como vaciados. Algunos eran tan hondos que las gentes del lugar los usaba como fuentes, recipientes y marmitas. En la última montaña había sólo piedras grises; al otro lado un tupido vallado de plantas y un arroyo agradable bañaba una tierra cultivada. En la orilla había una balsa de troncos y mimbres entretejidos: con ella lo atravesaron. Caminaban entre chozas de troncos y mimbres, cubiertos de musgo y de ramas. Estas chozas tenían techos puntiagudos y lugares de descanso en el medio. La gente aquí vestía mejor y llevaba unos ponchos a semejanza de mantos largos. A alguna distancia veía yo tiendas más sólidas y mejores, con base de piedras y varios pisos con escalones por fuera para subir.

Al llegar a las primeras chozas Jesús se sentó junto a un pozo y los jóvenes le lavaron los pies. Luego lo llevaron a una tienda destinada a los forasteros. Las gentes se muestran buenas. Los hombres que habían acompañado a Jesús se volvieron a sus lugares llevando alimentos. Esta comarca es muy extensa. Se ven muchas chozas en los campos, praderas, jardines. Las

grandes edificaciones no se divisan por estar bastante lejos aún: se las veía desde la montaña al bajar la cuesta. La comarca es muy fértil y agradable. En la montaña se ven muchos balsameos, cuyo licor recogen en las marmitas que encuentran en abundancia entre las piedras ahuecadas. Veo hermosos campos de trigo, de tallo grueso, viñedos, rosas y otras flores grandes como la cabeza de un niño. Serpentean arroyos claros que a veces están cubiertos de plantas cuyas puntas se unen por arriba. Recogen las flores de estas plantas y setos y pescan las que caen en las aguas del arroyo. Tienden especies de redes en algunos lugares de los arroyos, donde se detienen las flores caídas.

Las gentes traen y muestran a Jesús todas las clases de frutas que cultivan. Cuando Jesús habló a esta gente de aquellos hombres que habían seguido una estrella, ellos contaron que a la vuelta de Palestina fijaron su residencia común en el lugar donde habían visto por primera vez la estrella: edificaron una pirámide donde oraban y en derredor una ciudad de tiendas para vivir juntos, pues antes habían vivido separados. Tenían la seguridad de que el Mesías los visitaría un día; y si Él los dejaba, ellos querían seguirle. Mensor, el más anciano, vivía aún con buena salud. Teokeno, el segundo en edad, vive, pero ya no puede caminar por la debilidad. Saír, el tercero, había muerto hacía unos años y su cuerpo descansaba sin corrupción en una de las pirámides sepulcrales. En cada aniversario de su muerte la gente va a su sepulcro y lo recuerdan con solemnidad. Conservan entre ellos el fuego. Preguntaron a Jesús sobre algunas personas del séquito de los Reyes que se quedaron en Palestina y enviaron un mensajero al rey Mensor con la noticia de que les parecía había llegado un enviado de aquel Rey de los Judíos que ellos habían visitado hacía años.

Como comenzaba el Sábado pidió Jesús una tienda para Sí y sus acompañantes. Como no usaban aquí las lámparas de acuerdo con el rito judaico, se prepararon una y festejaron el Sábado.

XIV

Jesús se dirige al palacio del rey Mensor

Cuando el Rey recibió el aviso de la llegada del Enviado, hizo grandes preparativos para recibirlo. Ataban las copas de los árboles formando arcos de triunfo, que adornaban con telas,

colgaduras, hojas y frutas. Fueron enviados siete hombres vestidos con solemnidad, con mantos largos que se arrastraban, con adornos de oro y con turbantes adornados de plumas variopintas: éstos debían ir a la tienda donde estaba Jesús e invitarlo a pasar al palacio de Mensor.

Jesús les habló, mostrándose contento de encontrar entre los paganos gentes de buen corazón. La comarca donde viven los Reyes, mejor que una ciudad, es un parque hermoso con varias edificaciones grandes y agradables. La casa principal es parecida a un castillo. Tiene bases de piedra y sobre ellas se levantan varios pisos. La parte baja se compone de bases de paredes no cerradas y en la parte alta están las habitaciones. Alrededor del palacio hay balcones cubiertos. Se ven varios de estos castillos unidos entre sí por sendas y caminos: están adornados con piedras de diferentes colores, con los cuales forman estrellas, flores y dibujos diversos. Las sendas van por entre jardines y prados de hierba verde, con manchones de flores y hermosos árboles de hojas finas: parecen mirtos, laureles y arbustos aromáticos. En medio de uno de estos parques se ve una fuente de agua que salta con fuerza arrojando sus gotas a distancia. Hay asientos en torno y detrás está el templo con pórticos y columnas. De un lado está abierto y del otro tiene puertas que llevan a las sepulturas, entre ellas a la del rey Saír. El templo forma una pirámide de base cuadrada, pero no tan chato como el que había visto ya en este viaje. Corren escaleras alrededor de la pirámide hasta la parte superior, que es transparente. Veo una tienda donde reciben instrucción los niños que ocupan un lado de la casa: las niñas están separadas. Las viviendas de las mujeres están fuera de este conjunto de casas. No es posible decir con qué delicado arte está todo ordenado aquí. Todo es limpio, sencillo, liviano, de gusto infantil. Por todas partes hay hermosos jardines y asientos para descansar. He visto una casa donde se podía contemplar toda clase de pájaros raros que revoloteaban dentro. Más lejos, tiendas y talleres donde viven trabajadores de varios oficios y obreros del metal. Vi extensas praderas con cantidad de camellos, asnos grandes, ovejas de lana fina y vacas algo diferentes de las nuestras: tenían las cabezas más pequeñas y los cuernos más gruesos. No hay montañas altas, sino colinas. En éstas he visto que por arriba barrenaban el interior en busca de oro y otros metales. Si en la punta del barreno aparecían señales de oro o de otro metal precioso, entonces se abrían paso por los lados de la colina hasta llegar a la mina. El oro lo fundían allí mismo,

en las cercanías de la colina. No quemaban leña, sino unos trozos oscuros o más claros que sacaban excavando la tierra.

Mensor, aunque creyó que sólo venía un enviado de Jesús, puso en movimiento a toda la ciudad para recibirlo solemnemente como si fuera el Rey de los Judíos mismo. Tomó consejo con los otros jefes y sacerdotes para preparar el recibimiento. Se repartieron mejores vestidos, se distribuyeron regalos, los caminos fueron arreglados y adornados. Todo era seriedad, regocijo y expectación. Mensor venía al encuentro de Jesús montado en un camello ricamente enjaezado, que llevaba recipientes como cajones a ambos lados, con un séquito de veinte hombres de los más nobles del país, algunos de los cuales le habían acompañado en el viaje a Palestina hacía 33 años. Jesús iba con sus tres jóvenes y los siete mensajeros enviados antes. La comitiva de Mensor cantó una melodía triste, aunque solemne, como la que habían cantado la noche que salieron para Belén. Mensor, el más anciano de los tres reyes, de un color algo moreno, llevaba una mitra con turbante blanco y un manto blanco y largo con adornos de oro. Como signo de honor precedía a la comitiva una especie de bandera o trofeo que flotaba al aire sujeta a un asta larga terminada en punta. El sendero atravesaba la pradera en cuyo centro sobresalía un musgo blanco como hongos. Al llegar a la fuente, rodeada de plantas cortadas con arte formando un pabellón, Mensor bajó de su camello para esperar a Jesús que se acercaba. Uno de los siete mensajeros se desprendió de la compañía de Jesús y anunció a Mensor su proximidad. Entonces sacaron de los cofres, que tenían a los lados del camello, vestiduras muy ricas, con adornos de oro, vasos de oro, vasijas llenas de frutas y colocaron todos estos regalos sobre una alfombra extendida junto a la fuente.

El anciano Mensor, sostenido por sus familiares, se adelantó humildemente hacia Jesús teniendo en su mano derecha una vara larga, adornada de oro, que terminaba arriba como un cetro. Al ver a Jesús recibió, como en Belén, una sobrenatural iluminación que le hizo caer el primero de rodillas, en Belén como aquí, mientras le entregaba su bastón de mando. Jesús se apresuró a levantarlo del suelo. Luego se hizo traer los regalos y se los ofreció al Señor, el cual los entregó a los discípulos, que los volvieron a poner sobre el camello. Jesús tomó los vestidos, pero no se vistió con ellos. Mensor le regaló también el camello, pero Jesús se lo agradeció sin aceptarlo. Se pusieron bajo el dosel de plantas, junto a la fuente, donde Mensor le ofreció una bebida refrigerante echando en el agua fresca al-

gunas gotas de esencia de bálsamo que llevaban en frascos. Le ofreció, sobre pequeños platillos, varias clases de frutas. Con mucha humildad y alegría infantil preguntó a Jesús sobre el Rey de los Judíos, pues seguía creyendo que era sólo un enviado de ese Rey, aunque sentía un interior movimiento que no sabía explicarse. Los demás hablaron con los jóvenes y lloraban de alegría al saber que Eremenzear era un hijo de aquéllos que habían acompañado a los Reyes y se habían quedado en la Palestina. Estos reyes eran descendientes de Abrahán por su mujer Ketura. Mensor deseaba que Jesús se sentase sobre su cameño para ir al palacio, pero Jesús quiso marchar delante del cortejo. Después de una hora llegaron junto a las blancas colgaduras que circundaban la casa de Mensor.

Bajo el arco de triunfo levantado se adelantó al encuentro de Jesús un cortejo de doncellas muy ataviadas, con canastillos llenos de flores que echaban en el camino por donde debía pasar Jesús. Iban por una senda sombreada por árboles, las puntas de los cuales, inclinadas y atadas, formaban una tupida avenida. Las doncellas llevaban bajo sus mantos túnicas blancas, sandalias en los pies con la punta levantada, en la cabeza cintas blancas, y en el cuello, brazos y pecho adornos de flores y plumas variopintas. No llevaban velo, pero vestían muy modestamente. Al término de la avenida había un puente cubierto sobre el río que bañaba el parque. Delante del puente fué recibido bajo un arco de honor por cinco sacerdotes de largas vestiduras, manípulos que tocaban el suelo, y coronas con puntas y una especie de escudito cordiforme sobre la frente, de la cual salía una punta. Dos de ellos traían un bracerito de oro con brasas, donde ponían incienso. Al llegar junto a Jesús recogieron sus mantos largos que hasta entonces los sostenían los criados y acompañaron al Señor, que marchaba sereno en medio de ellos, como el Domingo de Ramos. A través del jardín, bien dividido en parques, con flores y plantas y regado con arroyuelos por todas partes, se llegaba a otro puente cubierto. Las plantas estaban cortadas en forma tal que parecían animales y hasta figuras de hombres. Estos parques estaban rodeados por árboles altos y adentro contenían arbustos, flores, bancos y sitios de recreo. Después del segundo puente se llegaba al centro del parque, donde había una fuente con techumbre de pieles sostenida por columnas y en frente de esta islita, rodeada de arroyuelos, estaba la gran tienda del rey. Cuando Jesús pasó el segundo puente, fué recibido por niños que tocaban flautas y tamboriles, los cuales tenían sus habitaciones en largas tien-

das a derecha e izquierda del puente. Estos jóvenes eran como guardias de honor: se turnaban en la vigilancia; llevaban espadines, gorras de plumas y colgaduras a los lados entre las cuales distinguí la forma de una media luna.

Delante de la isleta se detuvo el cortejo. El rey bajó del camello y llevó a Jesús y a sus discípulos a la fuente, que tenía muchos caños de metal brillante en diversas direcciones. Cuando se abrían estos caños salía el agua con fuerza a gran distancia regando los prados. En torno de esa fuente había asientos. Los jóvenes lavaron los pies a Jesús y Jesús a ellos. Había un pasadizo cubierto que llevaba a la tienda real de Mensor y de Teoceno. De un lado estaba el templo, que era una pirámide rectangular, algo más bajo que la tienda real. En el templo estaban las tumbas de los reyes difuntos, y en torno corrían escaleras descubiertas que llevaban hasta la cúspide transparente. Entre el templo y la fuente de la isleta estaba el fuego sagrado que conservaban en una excavación cubierta con una semiesfera terminada en una figura con una banderilla en la mano. Este fuego lo mantenían siempre encendido: se veían las llamas, que no salían fuera del borde. Los sacerdotes lo mantenían echando, creo, carbones que extraían de la tierra.

El palacio de los Reyes tenía varios pisos. La parte inferior, que contenía árboles, jardines y paseos, servía de recreo a Teoceno, que ya no podía andar. Había escaleras cubiertas que iban a los diversos pisos. Las ventanas estaban sin orden simétrico. Adornaban el techo banderitas, estrellas y lunas. Después de un descanso junto a la fuente llevaron a Jesús al palacio, a una sala espaciosa, de forma octogonal, con una columna de sostén en medio. En derredor de esta columna había placas redondas, unas sobre otras, para depositar sobre ellas diversos objetos. Las paredes estaban cubiertas de tapices con figuras de flores y de niños con copas en las manos. El piso estaba cubierto de alfombras. El Señor se hizo conducir adonde estaba Teoceno, que vivía en la parte inferior. Descansaba sobre almohadones, y luego tomó parte en la comida donde se veían fuentes y recipientes muy hermosos. Los alimentos los traían ordenados en forma artística. Los vasos eran de oro. Entre las frutas, había una gruesa y amarilla coronada de hojitas. Los panales eran grandes.

Jesús comió sólo pan y algunas frutas y bebió en un vaso que no se había usado nunca. Lo veo ahora comer en medio de gente pagana, cosa que no solía hacer. Después lo vi enseñando todo el día: sólo de tanto en tanto tomaba algún alimento. En-

señó durante la comida y al fin dijo que no era el Enviado del Rey, sino el Mesías mismo. Todos se echaron al suelo, llenos de reverencia, llorando de emoción. Mensor, especialmente, no sabía contener sus lágrimas de alegría y de admiración al ver que el Mesías se había dignado venir hasta ellos. Jesús declaró que había venido tanto para los judíos como para los paganos: para todos aquéllos que quisieran creer en Él. Pensaban que era el tiempo de dejar su país y seguirle a la Judea. Jesús les dijo que su reino no era temporal; que ellos se escandalizarían al saber cómo lo tratarían, y que los judíos lo matarían en Palestina. Ellos no podían comprenderlo y le preguntaron cómo era que había tantas gentes malas a las cuales les va bien, y tantos buenos que tienen mucho que sufrir. Les contestó que los que tienen su contento aquí tendrán que rendir estrecha cuenta y que esta vida no era para gozar, sino de expiación.

Los Reyes sabían de Abrahán y de David; y como Jesús hablase de su genealogía, trajeron escritos antiguos para examinar si no tenían ellos también parte en esa genealogía. Estos escritos eran como pizarras que se desenrollaban en zigzag, unas después de otras, como un álbum de paisajes. Parecían ingenuos como niños y querían hacer todo lo que Jesús decía. Sabían que a Abrahán se le había ordenado la circuncisión y preguntaban si también ellos debían someterse a ella. Jesús les contestó que ya no era necesario, puesto que ya ellos habían cortado sus pasiones malas y que siguiesen haciéndolo. Conocían el sacrificio de Melquisedec de pan y vino. Dijeron que ellos tenían un sacrificio de pan y de una bebida verdosa, sobre los cuales decían unas palabras, como: "Quien me come y es bueno, tenga toda felicidad". Jesús les dijo que el sacrificio de Melquisedec era un símbolo de otro sacrificio santo y que Él era ese Sacrificio. Añadió que ellos tenían apenas algunas formas de la verdad y aún éstas mezcladas con las mentiras del reino de las tinieblas.

La noche anterior a la llegada de Jesús y las siguientes se iluminaban todos los caminos que llevaban al palacio real y hasta muy lejos. Encima de palos largos había esferas luminosas y transparentes, y sobre cada una de éstas había una estrella luminosa.

XV

Jesús en el templo de los Reyes Magos

Cuando Jesús visitó por primera vez el templo de los Reyes Magos, era de día. Vinieron a buscarlo solemnemente los sacerdotes. Traían una especie de mitra; de un hombro colgábanles escudos de plata y del brazo derecho largos manípulos. El camino estaba cubierto de tapices. Jesús iba descalzo. En los alrededores del templo habíanse apostado algunas mujeres deseosas de ver a Jesús: llevaban una especie de sombrilla para defenderse contra los rayos del sol. Cuando Jesús pasó, se levantaron y se inclinaron hasta el suelo. En medio del templo había una columna de donde partían cuatro cabos a los ángulos de la sala, y en el centro colgaba una gran rueda con estrellas y esferas que iluminaban las fiestas cuando celebraban sus cultos. Mostraron a Jesús un pesebre de nacimiento que habían hecho al volver de Belén y según lo habían visto en visión en la estrella. Toda la escena estaba circundada de estrellas de oro. El Niño, también de oro, estaba en un pesebre, como el de Belén, sobre una tela colorada: tenía las manos cruzadas sobre el pecho y estaba fajado desde el pecho hasta los pies. Veíase también la paja del pesebre. Detrás de la cabeza del Niño habían puesto una corona blanca. No se veían en el templo otras figuras. De las paredes colgaba una especie de pizarra que contenía su escritura sagrada. Más que letras parecían figuras. Entre la columna y el pesebre había un pequeño altar con aberturas a los lados. Usaban como agua bendita para rociar en torno del altar. Tenían una rama sagrada con la cual hacían varias ceremonias, unos panes redondos pequeños, un cáliz y carne de sacrificio sobre un plato. Cuando mostraron todas estas cosas a Jesús, Él les enseñó y corrigió lo errado y falso.

Condujeron a Jesús a las criptas del difunto rey Saír y de su familia, en pórticos cerrados alrededor de la pirámide, como excavados en las paredes. Las momias yacían con largos vestidos blancos: hermosos tapices colgaban sobre sus sepulcros. He visto sus rostros semicubiertos y sus manos blancas como la nieve. No sé si eran los huesos o los músculos resecos; sólo pude ver profundos surcos entre los dedos. En estas criptas se podía permanecer con agrado: había asientos al lado de cada uno. Los sacerdotes trajeron fuego y quemaron incienso y aromas. Lloraron como niños, especialmente el anciano rey Men-sor. Jesús se acercó al cadáver y habló de la muerte. Teoceno

había contado a Jesús que veían con frecuencia a una paloma posarse sobre la rama que, según su costumbre, ponen a la entrada de cada tumba; y preguntaba qué significado podría tener eso. Jesús preguntó cuáles eran las creencias de Saír. Teoceno dijo: "Señor, sus creencias eran como las mías. Desde que hemos adorado al Rey de los Judíos, siempre y en todas las cosas, hasta su muerte, en lo que hacía y decía, pedía que no se hiciera en él sino lo que fuera voluntad del Rey de los Judíos". Jesús declaró que la paloma sobre la rama significaba que Saír había sido bautizado con el bautismo del deseo. Jesús dibujó sobre una tabla al Cordero que está con una banderita sobre los hombros, que suele dibujarse en la portada del libro de los siete sellos, y les dijo que hicieran una imagen como esa y la pusieran sobre la columna frente al pesebre.

Desde que habían vuelto de Belén, los Reyes festejaban durante tres días, cada año, el aniversario de aquel día en que, quince años antes del nacimiento de Cristo, habían visto por primera vez la estrella con la figura de la Virgen, que tenía en una mano el cetro y en la otra la balanza con trigo y uvas. Los tres días los dedicaban a Jesús, a María y a José, a quien honraban de un modo especial porque los había recibido con tanta amabilidad. El tiempo de esta fiesta había llegado de nuevo; pero por humildad no se atrevían ahora a celebrar esos cultos y pedían a Jesús quisiera emplear esos días en enseñarles. Jesús les dijo que celebrasen las fiestas para no dar que hablar a la gente, ya acostumbrada. He visto en esta ocasión tres figuras de animales en torno del templo: un dragón de boca grande; un perro de cabeza grande; y un pájaro de patas largas con cuello como cigüeña y pico algo encorvado. No parece que tuvieran como dioses a estos animales, sino como representación de ciertas virtudes y enseñanzas. El dragón representa la mala naturaleza que hay que mortificar; el perro, con relación a una constelación, significa la fidelidad, la gratitud y la vigilancia, y el pájaro, el amor a los padres. Les daban otras significaciones que ahora no puedo reproducir: sé, con seguridad, que no había en su culto idolatría ni abominación, sino mucha sabiduría, humildad y admiración de las maravillas de Dios. Estos animales no eran de oro, sino oscuros, como hechos de la escoria al fundir el oro en el crisol. Debajo de la figura del dragón leí cinco letras: A.A.S.C.C. ó A.S.C.A.S. Al perro lo llamaban Sur. No recuerdo ya el nombre del pájaro.

Los cuatro sacerdotes enseñaban en cuatro distintos lugares alrededor del templo: a los hombres, a las mujeres, a los jó-

venes y a las doncellas. He visto que abrían las fauces del dragón y decían: "Si él estuviera vivo, tan feo y espantoso, y nos quisiera tragar ¿quién nos podría salvar, sino el Dios Omnipotente?" A Dios lo llamaban con una palabra que no puedo recordar. Bajaban la rueda, la ponían sobre una mesa y uno de ellos la hacía girar. Las esferas de oro eran huecas y producían un sonido al girar. Cantaban, mientras tanto, al poder de Dios, preguntándose qué sucedería si Dios no guiase en su camino a las estrellas. Después ofrecían incienso al Niño que tenían en el pesebre, imitando al de Belén. Jesús les mandó que en adelante apartasen a esos animales y enseñasen la bondad de Dios, el amor al prójimo y la Redención. Les enseñó que reconociesen a Dios y lo alabasen en sus criaturas, le diesen gracias y lo adorasen a Él solo.

La tarde del primero de los tres días festivos comenzaba para Jesús el Sábado: por eso se apartó con sus tres acompañantes en una sala del palacio para celebrarlo. Se revistieron de vestiduras blancas, fajas con letras y una especie de estola cruzada sobre el pecho. Sobre una mesa cubierta de colorado y blanco pusieron un candelero con siete velas. Durante la oración Jesús estaba en medio de dos jóvenes, y el tercero detrás. No estuvo presente ningún pagano en esta fiesta. Durante todo el Sábado estuvieron los paganos en torno de su templo. Hombres, mujeres, doncellas y jóvenes tenían sus asientos en diversos grados. Terminado el Sábado, Jesús volvió con ellos y entonces vi una notable maravilla.

La figura del dragón estaba en medio de los asientos de las mujeres, que vestían, según su condición social, de diversas formas. Las pobres tenían, bajo sus largos mantos, vestidos sencillos y cortos. Las ricas vestían como una que ahora se adelantaba ante la imagen del dragón: era una mujer noble, de unos treinta años. Bajo el largo manto, que dejaba a un lado al sentarse, llevaba un rico vestido con adornos y cadenas, y en las orejas, varias alhajas que colgaban hasta el pecho. Antes que el sacerdote empezara su lección acercóse esta mujer, como lo hacían otras, ante el dragón, se echó y besó el suelo, con devota ansiedad. Entonces Jesús se adelantó y le preguntó por qué hacía eso. Ella dijo que todas las mañanas era despertada por el dragón, que se levantaba al punto, iba adonde estaba el dragón y lo adoraba. Jesús le preguntó: "¿Por qué te postras ante Satanás? Tu creencia es obra de Satanás. Es verdad que eres despertada; pero no lo serás ya por Satanás, sino por tu santo ángel. ¡Mira ahora a quién adoras!". De pronto apareció

delante de ella y de todos los presentes un abominable espectro rojo, con cara de zorro. La mujer se espantó a esta vista y Jesús le dijo: "Éste es el que te despertaba. Pero cada persona tiene también su ángel bueno que lo guarda. Delante de él debes inclinarte y seguir sus avisos". En ese momento todos pudieron ver a un hermoso ángel junto a esa mujer, la cual, al verlo, se echó, llena de admiración, con el rostro en el suelo. Mientras Satanás permanecía junto a ella, el ángel estaba detrás; cuando Satanás desapareció, el ángel bueno se puso al lado de la mujer. Ésta, muy conmovida, volvió a ocupar su sitio. Se llamaba Cuppes, y más tarde, bautizada por el apóstol Tomás, se llamó Serena. Fué martirizada durante las persecuciones y venerada como santa.

Delante del pájaro el Señor enseñó a las doncellas y a los jóvenes la justa medida en el amor al hombre y a los animales. Había algunos que exageraban el amor a sus padres, hasta casi la adoración, y otros que estimaban más a sus animales que a sus semejantes. El último día de la fiesta quiso Jesús enseñar en el templo a todos: a los sacerdotes, a los reyes y al pueblo. Para que el enfermo Teoceno pudiera participar, dirigióse Jesús con Mensor adonde yacía el rey, y le mandó levantarse y seguirle. Diciéndole esto, lo tomó de la mano, lo levantó y Teoceno, lleno de fe, se incorporó de su lecho y comenzó a caminar. Jesús lo acompañó al templo y después pudo caminar sin impedimento alguno. Jesús mandó abrir las puertas del templo, para que todos lo vieran y pudieran oírle.

Enseñó a todos; después, separadamente, a los hombres, a las mujeres, a los jóvenes, a las doncellas y a los niños. Dijo muchas de las parábolas que ya había contado en la Judea. Permitía que le preguntasen: antes bien, les había pedido que lo hicieran. A veces nombraba a alguno y le mandaba decir en voz alta la duda que tenía, manifestando así que conocía los pensamientos de cada uno. Algunos preguntaron por qué Él no resucitaba a algún muerto y sanaba a los enfermos, ya que el Rey de los Judíos lo había hecho en la Palestina. Les contestó que no hacía esto entre los infieles; pero que les mandaría a uno que haría esos prodigios y les daría el bautismo para purificarlos de sus pecados. Añadió que creyeran en sus palabras.

Delante de los sacerdotes y de los reyes dijo que su doctrina contenía alguna apariencia de verdad; que lo demás era mentira y engaño; que el diablo trata de presentar formas vacías como si estuvieran llenas de verdad. Que recordaran que

no bien se aleja el Ángel custodio de un hombre, ocupa su puesto Satanás, gastando el culto bueno y poniendo de lo suyo. Les dijo que habían venerado en parte lo que habían visto en Belén, pero que desde la vuelta ya habían mezclado lo falso. Les mandó que los animales los sacaran de allí, los fundieran y les indicó a quienes debían repartir el valor de lo fundido. Todo su culto y su saber no era nada: que debían, sin figuras, enseñar el amor, la misericordia y la gratitud al Padre celestial, que misericordiosamente los había llamado a la Verdad. Les repitió que les mandaría a uno que les enseñaría mejor todo lo que debían hacer, y que entretanto quitaran también la rueda con lo demás. Esta rueda era grande, como la de un enorme carro, con siete llantas, en las cuales estaban las esferas, unas más altas que otras, para ser iluminadas. El punto medio era una esfera mayor que representaba la tierra, y alrededor había doce estrellas y doce figuras diferentes artísticamente colocadas. Vi, por ejemplo, la imagen de una Virgen con ojos brillantes y con diamantes en la boca y sobre la frente. Vi otra figura de animal con algo brillante en la boca. No pude ver más distintamente porque la rueda giraba de continuo. Algunas de las figuras quedaban a veces veladas, mientras brillaban otras. Jesús les quiso dejar pan y vino bendecido por Él. Los sacerdotes prepararon panecillos blancos, como tortas, y trajeron una jarra de vino. Jesús les dijo cómo debían conservar estas cosas y la forma del recipiente. Tenía la forma de un almirez con asas y cubierta, y en el interior dos compartimentos: en la parte superior pusieron los panes y en la inferior, con su puerta, el vino. El recipiente brillaba en el exterior como mercurio y el interior era amarillo. Jesús puso los panes y el vino sobre el altar, oró y los bendijo. Los dos reyes y los sacerdotes estaban de rodillas, a los lados de Jesús, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Jesús oró sobre ellos, les puso sus manos sobre los hombros y les enseñó cómo debían renovar el pan, y les dijo las palabras con que debían bendecirlo, al mismo tiempo que partió el pan en forma de cruz. Ese pan y ese vino debía ser para ellos como un recuerdo de lo que sería luego la santa Eucaristía. Los reyes conocían el sacrificio de Melquisedec y habían preguntado mucho sobre ello a Jesús. Mientras Él bendecía el pan les habló de sus padecimientos y de su última Cena. Les dijo que usaran del pan y vino bendecidos al ocurrir el primer aniversario de su viaje a Belén, y luego lo hicieran tres veces al año, o cada tres meses: esto no puedo ahora recordarlo bien.

Unos días después enseñó de nuevo en el templo. Salía y entraba y hacía entrar un grupo después de otro. Hizo venir a las mujeres y a los niños; a las madres les enseñó cómo debían enseñar a rezar. Es la primera vez que veo aquí a todos los niños reunidos: éstos llevaban un vestido muy corto, y las niñas tenían unos mantitos encima. Vi también a los niños de la mujer convertida; su esposo era un hombre de gran estatura, que servía al rey Mensor: tenían diez hijos. Jesús bendijo a éstos y a otros niños poniéndoles las manos sobre el hombro, mientras a los niños judíos las ponía sobre la cabeza. Habló de su misión y de su próximo fin: que era un secreto para los judíos que Él se encontrase ahora aquí, entre ellos, en lugar de estar en la Judea. Dijo que se hizo acompañar de estos jovencitos, que no se escandalizaban de su proceder: los judíos le habrían dado muerte ya, si no se hubiese ocultado de ellos. Añadió que había venido hasta aquí, porque sabía que lo deseaban, habían creído en Él, esperado en Él y le habían amado. Les dijo que debían dar gracias a Dios porque no había querido dejarlos en su culto idolátrico: que debían ser fieles creyentes y observar sus mandamientos. Me parece que les anunció también el tiempo de su vuelta al Padre y cuándo vendría un enviado suyo para ayudarles. Dijo que pensaba ir antes a Egipto, donde había estado con su Madre, porque allá había algunos buenos que le habían conocido desde niño. Dijo que su viaje a Egipto lo haría de incógnito, porque allá había judíos que podían apresarle, pero que su tiempo aún no había llegado. Ellos no podían entender esto, respecto de la naturaleza humana: cómo era posible que fuera perseguido, maltratado y muerto, siendo Dios. Lloraban como niños de pura compasión. Les explicó también que era verdadero Hombre, y que su Padre celestial le había enviado a la tierra para juntar a los dispersos: que como Hombre podía padecer y ser muerto por los hombres, cumplida ya su misión; y porque era verdadero Hombre, era posible que ellos le viesan, conversasen y estuviesen con Él familiarmente. Los exhortó nuevamente a dejar toda idolatría, a amarse unos a otros; y como hablase de su futura Pasión, refirióse a la verdadera compasión: que dejaran de ocuparse tanto de los animales que enfermaban y diesen su compasión y su amor al hombre, compuesto de alma y cuerpo; y que, si no había entre ellos necesitados, socorriesen a los que vivían lejos de allí, y orasen unos por otros. Les dijo que lo que hacían con los necesitados, Él lo tenía como hecho a Sí mismo. Añadió, por otra parte, que no maltratasen tampoco a los animales. Dijo

esto porque tenían tiendas llenas de animales enfermos, algunos en camillas, a los cuales cuidaban. Había, sobre todo, perros: de éstos he visto muchas clases, algunos de grandes cabezas.

XVI

Llegada de un jefe extranjero

Jesús ya había enseñado bastante, cuando llegó una caravana de camellos, que acampó a cierta distancia. Desmontó el anciano jefe y se acercó acompañado de un criado a quien mucho apreciaba. Ninguno se preocupó de ellos hasta que concluyó la enseñanza de Jesús. Éste y sus jóvenes discípulos se retiraron a la tienda para tomar algún alimento. Entonces el rey Mensor recibió al extranjero y le señaló una tienda. El jefe encaminóse con su siervo adonde estaban los sacerdotes y les expresó sus dudas, pareciéndole imposible que Jesús fuera el prometido Rey de los Judíos, porque los judíos, dijo, tenían un Arca, donde estaba su Dios, y que nadie se atrevía a acercarse a ella ni tocarla. Al ver ahora cómo Jesús trataba tan familiarmente con ellos, le parecía imposible que pudiera ser un Dios. El siervo también dijo algo desfavorable de María, su Madre. Esto no lo decían por malos, sino por ignorancia y porque lo habían oído a otros. Este reyezuelo había visto también la estrella, pero no había querido seguirla. Habló luego con encomio de sus dioses, que le eran favorables, y le habían ayudado en todas las cosas hasta el presente. Habló de una guerra que había tenido, donde sus dioses le ayudaron y que su siervo fiel le había traído una noticia. Este rey era de rostro más blanco que Mensor, y sus vestidos y turbante algo diferentes. Tenía mucha estima de sus llamados dioses y llevaba uno consigo, con muchos agujeros en el cuerpo, donde ponía las ofrendas.

En la caravana había varias mujeres y entre todos eran unas treinta personas. Por lo demás era un hombre sencillo y tenía veneración por su siervo, a quien honraba como a un profeta. Lo había hecho venir hasta aquí, para que él le presentase al mayor de los dioses (pensando en Jesús), pero al llegar y ver que Jesús andaba en medio de las gentes, no le pareció que fuera un Dios. Lo que oyó decir a Jesús sobre la compasión le gustó mucho, porque él era compasivo y consideraba un crimen olvidar a los hombres para atender a los animales. Se le preparó una comida en la cual no estuvo Jesús: no he visto que Jesús hablase con él. Su nombre suena como Acicus. Su

criado era observador de los astros. Vestía como un profeta, ropa larga y banda con muchos nudos, turbante del cual colgaban bandas blancas y usaba larga barba blanca. Desean permanecer algún tiempo en esta comarca. Las mujeres y el resto de la comitiva estaban acampados bastante lejos. Venían de una distancia de varios días de camino. No vi que Jesús les hablase; pero le oí decir que serían iluminados y alababa la compasión del rey con sus semejantes necesitados. Oí los nombres de Ormusd y Zoroast.

El marido de Cuppes era hijo del hermano de Mensor y cuando joven había estado en Belén con los Reyes Magos. Él y Cuppes eran de color amarillo oscuro y descendían de Job. Jesús enseñó todavía por la noche en el templo y en los alrededores. Todo estaba iluminado en el templo, donde estaban reunidos los habitantes del lugar de toda edad y condición. A la primera palabra de Jesús habían retirado los ídolos del templo. He visto arriba, en la techumbre del templo, un cielo estrellado, y entre las estrellas, jardines pequeños, árboles, arroyuelos, espejándose entre luces y reflejos ordenados con mucho arte. Era una representación muy hermosa y no pude tener idea clara del modo que lo habían hecho.

XVII

Jesús deja la ciudad de los Magos. Azarías de Atom

Al clarear la aurora, cuando aún ardían las lámparas, Jesús dejó la ciudad de los Magos. Le habían preparado un acompañamiento solemne como a la venida. Jesús no quiso, empero, que lo hicieran, ni recibió tampoco el camello que le daban para continuar su viaje. Los jóvenes discípulos sólo llevaron algunos panes y cierta cantidad de bálsamo para mezclar con agua. El anciano Mensor rogó mucho a Jesús para que se quedase con ellos. Tomó la corona que traía y con ella puso a los pies de Jesús todo lo que tenía. Sus tesoros estaban debajo, en un sótano cerrado con rejas de hierro: eran barras, placas y montones de granos de oro. Mensor lloraba como un niño. Las lágrimas corrían como perlas por sus mejillas. Job, de quien descendía Mensor, era de una tez amarillo-oscuro, un amarillo brillante, no tan oscuro como veo en las gentes del Ganges. Con el rey, todos los habitantes lloraban en la despedida de Jesús. Éste tomó por el lado del templo, llegando así a la espléndida casa de Cuppes, la cual le salió al encuentro con sus

hijos. Jesús acercó a las criaturas y habló con la madre, que se echó a sus pies. Mensor, los sacerdotes y muchos otros, le acompañaban, estando siempre dos a los lados de Jesús, que llevaba un bastón de viaje igual que sus tres discípulos.

Cuando Mensor y los sacerdotes volvieron, ya había oscurecido y se encendían las lámparas. Todo el pueblo estaba en el templo o alrededor, rezando, unos de rodillas, otros con el rostro pegado a la tierra. Mensor declaró que todo el que no estaba dispuesto a vivir según las enseñanzas de Jesús y no creyera su doctrina, abandonara el país que él gobernaba. Había algunas tribus de color más oscuro que las gentes de Mensor. Esta ciudad de tiendas y su templo, con la sepultura de sus reyes, era como el centro del reino de estas tribus dedicadas al culto y estudio de los astros. En los alrededores, a varias horas de camino, vivían otras tribus y poblaciones. Jesús tomó un camino hacia el Sur. Su primer parada, para pasar la noche, a once horas de la capital de Mensor, fué un lugar de pastores que obedecían a Mensor. Pernoctó con sus discípulos en una tienda redonda con varias divisiones. A la mañana abandonó el lugar antes que despertaran sus moradores. Vi que llegó a un río y que se dirigió al Norte donde era posible vadearlo. A la tarde llegó a una choza redonda, de barro y paja, donde había un pozo cercado de plantas. Se lavaron los pies y pernoctaron en una choza terminada en punta, con un cerco, y otro más lejos de tejidos, hecho contra las fieras del desierto. La región era bastante fértil.

He visto hermosas praderas con avenidas de árboles de sombra y bajo los árboles las chozas de techo puntiagudo. Eran gentes bronceadas por el sol, aunque no tan apuestas como las de Mensor. Sus vestidos eran semejantes a los primeros que encontró Jesús antes de entrar a la comarca de los Magos. Las mujeres tenían calzones amplios y mantas. Parece que se ocupaban en tejer o hilar, porque había telas extendidas de un árbol a otro y muchas trabajaban. Los árboles estaban recortados con arte y en las ramas más bajas había asientos para descansar. En las primeras horas de la mañana, cuando aún lucían las estrellas en el cielo, vinieron algunos a la choza, y al ver a Jesús y a sus discípulos, se echaron sobre sus rostros en tierra, llenos de reverencia. Habían recibido, de un mensajero enviado por Mensor, la noticia de la llegada de Jesús y no sospechaban que ya estuviese entre ellos.

Jesús se levantó, se ciñó su amplia túnica, y se puso el manto que en los viajes solía llevar como un bulto enrollado.

Se lavaron los pies, y rezaron. Jesús salió afuera, y al ver que estaban todavía echados en el suelo, les dijo que no debían temer su presencia. Luego se encaminó con ellos hacia el edificio que parecía un templo: un edificio redondo, bastante amplio, con una terraza donde se podía caminar. Esta azotea tenía parapetos con tubos que miraban hacia el cielo. Delante del templo había un pozo cerrado y un depósito de fuego que consideraban sagrado. Estaba bastante elevado del suelo, de modo que se podía ver a través por debajo de ese brasero. Alrededor del templo había asientos para el pueblo, con divisiones. Los sacerdotes llevaban vestiduras largas y blancas, con cintas de colores para cerrar las túnicas y una faja ancha con adornos de piedras brillantes y letras. Desde los hombros caían cueros con escuditos y emblemas. Cuando Jesús se acercó, llamó a un sacerdote que miraba en la terraza hacia los astros. El jefe de los pastores era hijo de un hermano del rey Mensor. Vino desde el templo al encuentro de Jesús y le dió el ramo de la paz, que Jesús entregó a Eremenzear, éste a Silas y Silas a Eliud. Eremenzear lo recibió de nuevo y lo llevó al templo, adonde se dirigió Jesús con los demás. Aquí había un altar redondo y pequeño; sobre él, un cáliz sin pie y dentro un jugo amarillento, donde Eremenzear metió el ramo de la paz. El ramo estaba seco, con hojas a ambos lados; pero parecía artificial y me parece que Jesús mandó que brotase y se volviese verde. Las figuras del templo estaban ocultas por un velo, un género muy liviano. Alrededor del templo se preparó un sitio para que Jesús enseñase. También aquí hacía preguntas como un maestro a sus alumnos. Las mujeres oían desde cierta distancia. La gente recibía la enseñanza con sencillez infantil. Jesús pasó el día enseñando y de noche se hospedó en la casa del jefe de los pastores. La vivienda tenía varios pisos con escaleras exteriores y era redonda. Sobre la puerta había un escudo oval de metal brillante con esta inscripción: Azarías de Atom.

Azarías no podía estar de acuerdo con Mensor y se dividieron los campos de pastoreo. Después de la visita de Jesús cambió completamente. El interior de la casa estaba adornado con colgaduras y tapices; un largo corredor techado conducía a las habitaciones de su mujer. Al acercarse el Sábado Jesús se retiró con sus discípulos para celebrarlo como había hecho en la ciudad de Mensor.

XVIII

Jesús sana a dos mujeres idólatras

Mientras Jesús celebraba el Sábado con sus discípulos en una choza abierta, la mujer de Azarías, que estaba enferma, rogaba ante un ídolo para obtener la salud. Tenía muchos hijos y había allí otras mujeres o sirvientas. Detrás del hogar, sobre una mesa sostenida por columnas, había un ídolo en forma de perro con cabeza grande: parecía sentado sobre un libro con hojas y tenía levantada una pata como indicando el libro. Sobre él había otro más deforme, con muchos brazos. He visto que unos sacerdotes traían fuego del recipiente del templo y lo ponían debajo del ídolo hueco, de modo que salían fuego y humo de la boca y narices del ídolo y brillaban los ojos. Dos mujeres llevaron a la mujer de Azarías, que padecía de flujo de sangre, y la sentaron sobre almohadones y alfombras. El mismo Azarías estaba presente. Los sacerdotes oraban, ofrecían incienso y sacrificios delante del ídolo; pero nada aprovechaba. Salían llamas del deforme ídolo y con el humo se formaban horribles figuras de perros, que luego se desvanecían. La enferma estaba muy deprimida; cayó en desmayo, como muerta, exclamando: "¡Estos ídolos no me pueden valer! No deben permanecer más tiempo aquí; huyen delante del Profeta, del Rey de los Judíos, que está entre nosotros. Hemos visto su estrella y le hemos seguido. ¡Sólo ese Profeta me puede sanar!"

Después de estas palabras cayó como muerta y todos se atemorizaron. También ellos habían pensado que Jesús sólo era un enviado del Rey de los Judíos. Ahora, llenos de reverencia, fueron a la choza donde estaba con sus discípulos celebrando el Sábado; le pidieron quisiera ver a la enferma, que había dicho que sólo Jesús podía sanarla, pues que los ídolos habían perdido toda su fuerza y nada podían. Jesús y sus discípulos estaban aún con sus vestidos de Sábado cuando fueron adonde estaba la enferma tendida como muerta. Jesús les reprochó su idolatría con vehemencia, diciéndoles que estaban sirviendo a Satanás y que todo ese culto de ídolos era vano. En particular reprochó a Azarías, porque habiendo ido cuando joven a Belén, volvía al culto de estos ídolos abominables. Les dijo que si aceptaban su doctrina, cumplían sus mandamientos y se bautizaban, sanaría a la mujer y después les mandaría a uno de sus apóstoles. Preguntada la mujer si creía, contestó que sí, como asimismo todos los presentes. Habían quitado los tabiques mo-

vibles y se habían reunido muchos. Jesús pidió un vaso de agua común, no de lo que llamaban su pozo sagrado. No quiso tampoco el hisopo de ellos: le trajeron una ramita nueva, con hojitas pequeñas. Les mandó cubrir sus ídolos, cosa que hicieron con ricas telas bordadas de oro. Puso el agua sobre la mesa del altar. Los discípulos estaban uno a cada lado y otro detrás. Le alcanzaron una cajita redonda de metal que llevaban consigo. Estas cajitas estaban sobrepuestas con aceite, algodón, y en el que le dieron había algo como sal. Jesús puso algo de ello en el agua, se inclinó sobre ella, oró y lo bendijo con la mano; luego roció con la ramita a todos los presentes, extendiendo su mano hacia la mujer indicándole que se levantase. Ella se levantó al punto, sana, se echó a los pies de Jesús, queriendo abrazar sus rodillas; Jesús, empero, no permitió que lo tocara.

Después de esta curación dijo Jesús que había allí otra mujer mucho más enferma que la presente, que adora a un hombre y ni siquiera pide ser sanada de su locura. Esta mujer se llamaba Ratimiris: estaba casada y su enfermedad consistía en que a la vista, al nombre y aún al recuerdo de un joven, caía en una fiebre que parecía hacerla morir. El joven no sabía absolutamente nada de esto. Esta mujer se acercó, llena de vergüenza. Jesús la tomó aparte, le dijo cuál era su estado y sus pecados, y ella lo reconoció todo. El joven era un servidor del templo, y así, cuando éste recibía los dones para el sacrificio, la mujer caía en fiebre. Jesús la llevó delante de la multitud y preguntó si creía en su palabra y se haría bautizar cuando mandase a su enviado. Como ella, llena de arrepentimiento, dijese que sí a todo y que creía, Jesús echó al demonio de ella, y se vió salir como un vapor negro de su boca.

El joven se llama Caisar y tiene algo de Juan el Evangelista: era puro e inocente, descendiente de Ketura y pariente de Eremenzear, que había nacido en este lugar, y a quien por eso Jesús le dió el ramito de la paz cuando llegaron. Caisar hablaba con los discípulos porque tenía ya una idea de la mesianidad. Les contó algunos sueños: como él había llevado, en sueños, a muchos hombres a través del agua. Los otros pensaron que quizás más tarde convertiría y bautizaría a muchos. He visto que salió de aquí con Jesús. Tres años después de la muerte de Jesús, cuando vino el apóstol Tomás a evangelizar y a bautizar, llegó también este joven con el apóstol Tadeo. Más tarde fué enviado como obispo por Tomás a un lugar donde fué crucificado, como malhechor, sufriendo muerte inocente con gran alegría de su alma.

Jesús enseñó hasta que amaneció y apagaron las lámparas. Les mandó destruir sus abominables ídolos; les reprochó, diciéndoles que adoraban al ídolo de una mujer, y a sus propias mujeres las trataban peor que a los perros, a los cuales prestaban culto idolátrico. A la mañana volvió Jesús de nuevo a su choza con los discípulos para terminar el Sábado.

Me fué dicho por qué Jesús hizo este viaje tan ocultamente. Recuerdo que Jesús les dijo a sus apóstoles que quería desaparecer por algún tiempo y que nada sabrían de su viaje. Jesús tomó a esos jóvenes consigo, que no reparaban ni se escandalizaban de que tratase con paganos y pecadores. Les había prohibido hablar de este su viaje, y uno de ellos, con sencillez infantil, dijo: "El hombre ciego a quien diste la vista y le mandaste no decir nada y lo publicó todo, no fué castigado". Jesús le contestó: "Aquello redundó en bien: esto no traería más que escándalo entre los judíos". Creo que los judíos en general y aún los mismos apóstoles se hubiesen escandalizado de que Jesús hubiese ido a visitar a los gentiles y paganos.

Después del Sábado Jesús reunió de nuevo a todo el pueblo y enseñó. Les bendijo agua, pidiéndole preparasen un cáliz como en la ciudad de Mensor. Les bendijo panes y el líquido colorado. En el cáliz donde Eremenzear metió la ramita, había una sustancia verdosa clara, jugo de una planta que tomaban como cosa sagrada. Jesús enseñó toda la noche del Sábado, y al día siguiente, delante del templo. Él mismo ayudó a destruir sus ídolos mandando que repartiesen el valor del metal a los necesitados. Puso luego sus manos sobre los hombros de los sacerdotes, les enseñó a repartir el pan bendecido y preparó aquí como allá la bebida; sólo que aquí el cáliz era más grande. He visto que más tarde Azarías llegó a ser cristiano, sacerdote y mártir. Las dos mujeres sanadas aquí y Cuppes también fueron mártires.

Jesús habló aquí contra la poligamia y enseñó acerca de la santidad del matrimonio. Como la mujer de Azarías y Ratimiris pidieran en seguida ser bautizadas, Jesús les dijo que Él podría hacerlo, pero no convenía por ahora: que primero debía volver a su Padre celestial y mandar al Consolador, y después vendrían sus apóstoles a bautizarlos. Añadió que entretanto viviesen con el deseo, que este deseo de ser bautizados podía servir de bautismo a los que morían antes de esa fecha. En efecto, he visto que Ratimiris fué bautizada por Tomás, y llamada Emilia, cuando vino, tres años después de la Ascensión de Jesús, con Tadeo y Caisar, a bautizar a los Reyes y al pueblo.

XIX

Jesús en Sikdor, Mozián y Ur

Salió Jesús de Atom y se encaminó primero hacia el Sur, y luego hacia el Este, a través de una comarca fértil atravesada por ríos y canales, donde había muchos frutales, especialmente melocotones. Oí los nombres: Eufrates, Tigris, Chaldar. Creo que el país de Abrahán, Ur, no estaba lejos de aquí, como también el lugar donde el apóstol Judas Tadeo fué martirizado. Hacia la tarde llegó a una población de caldeos, donde había casas de techos con azoteas. Oí el nombre de Sikdor. Tenía una escuela para niños y otra para niñas, dirigidas por sacerdotes. La gente no vestía como en el país de los Reyes Magos: era buena y tan humilde que estaba persuadida de que sólo los judíos estaban destinados a salvarse. Tenían en una montaña edificada una pirámide con galerías y asientos, y arriba se veían largos tubos para mirar las estrellas. Observaban las estrellas, predecían, adivinaban por el correr de los animales y explicaban los sueños. Su templo era ovalado con vestíbulo y pozo y estaba en el centro de la comarca. Adentro había una multitud de figuras de metal muy hermosamente trabajadas.

El punto principal era una columna de tres caras con un ídolo en cada una. El primero tenía muchos pies y brazos: los pies eran como de animales; en las manos tenía una esfera, un anillo, una manzana con su tallo y un manojo de hierbas; la cara era como un sol y su nombre sonaba como Mytor o Mitras. El segundo ídolo era como el unicornio y se llamaba Asphas o Aspa. Este ídolo luchaba con su cuerno contra el ídolo de bestia mala en la otra cara de la columna. Este último tenía la cabeza de buho, pico torcido, cuatro patas con garras, dos alas y una cola terminada como el aguijón del escorpión. Encima de este ídolo y del unicornio había en la columna una figura que era como la madre de los dioses, llamada, me parece, Alpha. Era como la madre de todos y quien pedía algo a alguno de los dioses, debía pedirlo por ella. La llamaban con un nombre que significaba como zaranda de granos. De la figura nacía un manojo de trigo que sostenía con ambas manos. En la cabeza inclinada hacia adelante tenía un recipiente de vino. Sobre la figura había una corona y sobre ésta, en la columna, dos letras parecidas a O y W. En su enseñanza entendí que el trigo tenía que hacerse pan y con el vino se alegrarían y confortarían todos. Había en el templo un altar de bronce con una jaula, cercada

por un jardincito y la figura de una Virgen con una especie de sombrilla movible. En medio del jardincito, bajo techumbre, había un pozo con varias bacías cerradas. unas sobre otras; delante del pozo, una vid con uvas coloradas que colgaba hacia un lagar que en la forma me recordaba la cruz. En la parte superior de un tallo hueco había un saco en forma de embudo, con dos brazos movibles, con los cuales la uva que colgaba podía ser exprimida y salir por la parte baja del tallo hueco. Este jardincito era de cinco a seis pies de largo y de ancho. Adentro había arbustos finos y arbolitos verdes, que parecían naturales, como también la vid y las uvas. Habían hecho esto por haberlo visto en sus observaciones en los astros, y tenían otras representaciones y figuras de la Virgen Madre de Dios. Ofrecían aves en sacrificio y tenían horror a la sangre, que dejaban correr por tierra. Tenían, como las gentes de Atom, el fuego, el agua, el cáliz con el jugo de las plantas y los pequeños panes.

Jesús les reprochó su culto idolátrico: que mezclaban las señales celestiales y figuras de la verdad con ritos satánicos. Les dijo que en sus ceremonias había algo de verdad, pero todo pervertido por influencias satánicas. Les explicó la figura del huerto cerrado; que Él era la vid y que con su sangre derramada debía salvarse el mundo; que Él era el grano de trigo que debía ser puesto en la tierra para que brotase. Habló de su Persona más claramente que entre los judíos, pues aquí recibían su enseñanza con humildad. Los consoló diciendo que había venido para todos los hombres. Mandó destruir los ídolos y distribuir entre los pobres el valor de los metales. Cuando trató de dejarlos, estaban tan conmovidos, que se echaban delante de Él en el camino, para que no los abandonara.

He visto a Jesús, ahora con cuatro discípulos, bajo un árbol grande y coposo, con cerco, delante de una casa. Descansaron del viaje, y comieron miel y panes que trajeron de esa casa. Luego anduvieron toda la noche. Los he visto caminar por esa llanura; a veces sobre campos arenosos con piedrecillas blancas; otras, a través de verdes praderas con flores blancas. Había muchos árboles de melocotones. A veces se detenía el Señor y, señalando algo alrededor, hablaba con los discípulos. Veo en este país bastantes ríos y canales. Jesús anduvo mucho en estos días; a veces veinte horas sin interrupción, de día y de noche. El camino de vuelta a Judea describirá un arco bastante extenso.

Creo siempre que Eremenzear escribió estos viajes y que su escrito fué en parte quemado; pero quedó algo de él. La tarde del segundo día, después de su salida de Sikdor, vi a

Jesús con los suyos en una ciudad, con jardines redondos, con el pozo en el medio y hermosos árboles. El camino se dirigía al Sur. Babilonia quedaba al Norte. Parecía que el camino a Babilonia iba descendiendo. La ciudad está a la orilla del Tigris, que lo atraviesa. Jesús entró en ella sin que nadie le dijese nada: ya era de tarde. Se veían pocos habitantes. Pronto vi a varios hombres con largas vestiduras, como Abrahán, y una especie de turbante en la cabeza, que le salían al encuentro, y se inclinaban ante Él. Uno de ellos le presentó un bastoncito, una caña, que me recordó la que pusieron a Jesús cuando se burlaron de Él: lo llaman la caña de la paz. Los otros extendían a través de la calle una alfombra larga, y cuando había pasado por una, ponían delante otra. De este modo llegaron a un patio sobre cuya baranda había unos ídolos y un estandarte con un hombre dibujado que tenía en la mano una caña como la que dieron a Jesús. Era la bandera de la paz. Lo llevaron a una casa donde había una baranda con otra bandera. Parecía su templo. En el interior había ídolos cubiertos y en el medio otro velado. El género que los envolvía terminaba en una corona. El Señor no se detuvo aquí. Caminaron por un corredor donde había, a ambos lados, divisiones para descansar y dormir. Llegaron a un pozo rodeado de hermosas plantas, donde descansó el Señor con los discípulos. Los servidores de los ídolos trajeron el agua que pidió Jesús: se lavaron los pies los unos a los otros, y echaron el agua sobrante en el pozo. Jesús bendijo antes el agua que estaría consagrada a los ídolos. Después los sacerdotes llevaron a Jesús a un salón abierto donde tenían preparada una comida consistente en manzanas amarillas, otras frutas, panal de miel, panes como tortas y bocaditos, todo puesto sobre una mesa muy baja. Comieron de pie. Del lugar anterior habían mandado mensajeros a los sacerdotes de aquí anunciando la llegada de Jesús; por eso fué recibido en forma solemne. Habían esperado casi todo el día su llegada. He visto que Abrahán también tenía un bastoncito de la paz como el que le dieron a Jesús.

Esta ciudad se llamaba Mozín o Mozián, y era ciudad sacerdotal: ejercían un culto idolátrico muy intenso. Jesús no entró en su templo: lo he visto enseñando a mucha gente junto a un pozo que estaba delante. Les reprochó severamente de que hubiesen caído en la idolatría peor que sus vecinos. Les reprochó todo su culto y de que hubiesen dejado la ley. Les recordó la destrucción del templo que habían efectuado sus antepasados y habló de Nabucodonosor y de Daniel. Les dijo que se separasen los creyentes de los que estaban ciegos, porque

había entre ellos algunos buenos: a éstos les indicó adonde debían retirarse. Muchos eran obstinados. Tocó un punto que ellos no querían entender: el abandono de la poligamia. Las mujeres vivían separadas en una calle apartada de la ciudad donde había una alameda. Eran muy despreciadas y las doncellas no podían dejarse ver sino hasta cierta edad: por eso ninguna mujer apareció delante de Jesús. Sólo vinieron niños. Jesús dijo a esta gente palabras muy severas: que estaban tan ciegos, que cuando les enviase al apóstol no estarían dispuestos ni siquiera a bautizarse. Jesús no quiso permanecer más tiempo aquí. Cuando salía de la ciudad le salió al encuentro un grupo de doncellas. Llevaban vestidos largos, tenían collares en el cuello y flores en las manos y le cantaron una alabanza.

Continuó Jesús su camino a través de un gran campo, hacia una población de pastores. Se sentó junto al pozo y los discípulos le lavaron los pies. Se acercaron algunos hombres con una ramita, saludando respetuosamente. Usaban, como en tiempos de Abrahán, vestiduras largas, eran observadores de los astros y tenían una pirámide. No he visto entre ellos ídolos: parecían observadores de los astros más puros que los anteriores. Pertenecían a las tribus que habían ido a Belén. Parecía un lugar de pastores, porque sólo el jefe tenía casa, donde Jesús comió un poco de pan y frutas y tomó algún líquido. Enseñó luego junto a un pozo, y como vieron que iba a proseguir viaje, se echaron a sus pies rogándole se quedara con ellos. Caminó Jesús toda la noche y el siguiente día. Una vez lo vi con sus discípulos descansar junto a un pozo con grandes árboles de sombra, comer pan y beber agua de la fuente.

La ciudad a la cual se dirige Jesús está como a treinta horas de camino, al Sur de Mozián, junto al Tigris. Se llama Ur o Uhri. Jesús llegó por la tarde, antes de la entrada del Sábado. Abrahán era de este lugar. Jesús se dirigió hacia un pozo rodeado de frondosos árboles, con asientos alrededor. Lavaron los pies a Jesús, lo hicieron luego entre ellos, se arreglaron los vestidos que tenían recogidos para caminar y entraron en la ciudad, que me pareció edificada muy diversamente de las anteriores. Las gentes vestían de distinto modo y las mujeres no estaban tan separadas de los hombres. Tenían muchas torres con galerías, escaleras por dentro y por fuera y tubos para observar los astros. Conocían por los astros la venida del Señor y lo esperaban; habían estado mirando a cada extranjero, pensando en el Señor. Apenas fué visto por algunos al entrar, corrieron a un edificio con terraza y miraban a una gran

plaza, para desde allí anunciar su llegada. De esta casa, que parecía ser una escuela superior, salieron varios hombres de largas vestiduras al encuentro de Jesús. Tenían una faja con correas y una gorra de género y plumas, transparente, a través de la cual se veían los cabellos. En la punta de esa gorra llevaban una especie de banderita. Estos hombres se postraron delante de Jesús y lo llevaron a una gran sala, donde se reunieron muchos hombres.

Jesús habló desde un alto sitio con gradas. Luego lo llevaron a otra sala donde estaba preparada la comida. Jesús tomó de pie algún bocado y se retiró con los suyos a una pieza para celebrar el Sábado. Al día siguiente enseñó desde un sitio al pueblo reunido cerca del pozo. Las mujeres estaban presentes: vestían tan estrechamente que apenas podían caminar y llevaban gorras como capucha, de la que pendían colgajos. Jesús les habló de Abrahán y les reprochó su culto idolátrico. Se veían templos de ídolos, pero los ídolos estaban todos tapados. Jesús no entró en ningún templo. Cuando más tarde vino Tomás, no pudo bautizar a ninguno en su primera visita.

Cuando Jesús dejó la ciudad de Ur la gente echaba ramas y palmas a su paso. Se dirigió al Oeste, a través de hermosas praderas; más adelante el camino se hizo arenoso; después anduvieron a través de arbustos; y llegaron al mediodía junto a un pozo. El resto del camino lo hicieron a través de bosques y campos cultivados, llegando por la tarde a un edificio grande, redondo, con un patio y rodeado de un canal. Se veían casas chatas con techos planos. Sobre el gran edificio había plantas y en los muros gruesos vivía gente pobre que había cavado allí sus habitaciones. En el patio y junto a un pozo, Jesús y los discípulos se lavaron los pies unos a otros. Salieron de la casa dos hombres de largas vestiduras con muchos nudos y una gorra de plumas y acercáronse al Señor. El más anciano traía una ramita y un arbusto con bayas, que entregó a Jesús, el cual con sus acompañantes entró en el edificio redondo. En medio había una sala que recibía luz desde arriba y tenía un hogar. De aquí se pasaba a otros cuartos irregulares, de fondo redondeado y tapizado con colgaduras; detrás se guardaban en cavidades diversos objetos. El piso estaba tapizado con gruesas alfombras. Comieron y bebieron líquidos que no conocían. El jefe llevaba a Jesús por todas partes. El edificio estaba lleno de artísticos ídolos: grandes y pequeños, con cabezas de perros y de bueyes y cuerpos de serpientes. Había un ídolo con muchos brazos y cabezas: dentro de sus fauces echaban cosas. Vi tam-

bién figuras como de niños fajados. En el patio había figuras de animales. Un pájaro miraba hacia arriba, otros animales estaban alrededor de él, bajo los árboles. Ofrecían animales a sus ídolos; pero tenían horror a la sangre, que dejaban correr y perderse en la tierra. Acostumbran repartir panes, de los cuales los más distinguidos recibían una porción mayor.

Jesús habló junto al pozo y reprochó severamente todo ese culto diabólico. No lo escucharon de buena gana: he visto al jefe, tan ciego e irritado, que se atrevió a contradecir a Jesús. Oí entonces a Jesús que les dijo: "Para verdad de lo que les he dicho, en la noche en que la estrella fué vista por los Magos, se romperán los ídolos, los bueyes mugirán, los perros ladrarán y los pájaros graznarán". Oyeron esto de mala voluntad, con incredulidad. Jesús les dijo lo que ya había dicho en su viaje a los países paganos. Tuve la visión de su viaje desde la ciudad pagana de Kedar hasta la ciudad de los Magos, y desde allí hasta este templo de los ídolos, y he visto que en todas partes los ídolos se partían y los animales y los pájaros gritaban cada uno a su modo. Vi a los Reyes Magos en oración en su templo. Tenían muchas luces delante del Pesebre y me parece que estaba también la figura del asno. Los Reyes ya no veneraban a estos animales, que gritaron y mugieron en señal de que Jesús había dicho verdad, y que era Aquél esperado que indicaba la estrella. Esto confirmó a algunos que aún dudaban de Jesús.

XX

Jesús se encamina a Egipto y enseña en Heliópolis

El viaje de Jesús siguió en dirección al Occidente. Caminó muy ligero y no se detuvo con sus acompañantes en ninguna parte. Anduvo al principio a través de un desierto de arena, luego en una subida, más tarde en una región verde con arbus-tos pequeños, parecidos al enebro, que se juntaban arriba formando una galería. Llegaron a una región pedregosa llena de musgo, hiedras, árboles y praderas, y luego, por la noche, a un río que pasaron en balsa. El río parecía hondo. Esa misma noche entraron en una ciudad que estaba a ambos lados del río o, por lo menos, en un canal del mismo.

Era la primera ciudad egipcia. Aquí, sin ser notados por nadie, se refugiaron en el pórtico de un templo que tenía sitios para los viajeros. La ciudad me pareció muy ruinoso. He visto gruesas paredes y casitas bajas habitadas por gente pobre. Me

parece que Jesús entró precisamente por donde habían andado los israelitas. Cuando a la mañana Jesús y los suyos partían, salieron los niños de las casas, gritando: "Estos son hombres santos". La gente andaba bastante alborotada, pues muchos ídolos habían caído y varios hijos de personas piadosas habían tenido sueños con representaciones y decían cosas misteriosas.

Jesús y los discípulos se alejaron prontamente, encaminándose por un sendero de arena. Por la noche los vi, no lejos de una ciudad, descansando junto a un riacho, lavarse los pies y comer algo. Junto al río estaba, sobre una gran piedra redonda, un ídolo con cuerpo de perro y cabeza de persona, que miraba amigablemente. Tenía una especie de gorra con colgaduras rizadas y era grande como un buey. Delante de la ciudad había otro ídolo bajo un árbol, con cabeza de buey, muchos brazos y agujeros en el cuerpo. De la puerta partían cinco caminos a la ciudad. Jesús tomó la primera calle, a la derecha, a lo largo de los muros de la ciudad, que eran anchos, con cercos de plantas y un camino. Abajo, en los muros, había habitaciones de gente pobre, con puertas livianas de mimbres entretejidos. Caminaron de noche, sin ser notados. Se veían templos de ídolos y ruinas de antiguas murallas donde habitaba gente pobre. A poca distancia, el camino llevaba a un puente de piedra sobre un brazo del río (Nilo). Es el río mayor que yo haya visto en mi vida. Corre de Sur a Norte y se divide en muchos brazos en diversas direcciones. La comarca era llana; a distancia se veían pirámides como en el país de los Magos: eran de piedra y mucho más altas. El país es fértil sólo en las riberas del río.

Como a una hora antes de aquella ciudad donde Jesús vivió cuando niño (Heliópolis) tomó Jesús el mismo camino que anduvo con María y con José. Estaba en el primer brazo del Nilo que corre mirando a la Judea. En el camino vi a trabajadores recortando las plantas de los cercos, cepillando maderas o trabajando en fosos y excavaciones. Ya era de tarde cuando Jesús llegó ante la ciudad. Jesús y sus discípulos se soltaron los vestidos que tenían recogidos para caminar. Algunos trabajadores se adelantaron al ver a Jesús, le ofrecieron una ramita y se postraron en el suelo. Cuando la hubo tenido un poco en la mano, la plantaban a lo largo del camino. No sé cómo pudieron conocer a Jesús: quizás en el modo de vestir vieron que era judío. Lo esperaban y tenían la idea de que venía a liberarlos. He visto otras personas que se irritaban y corrían a la ciudad. Unos veinte hombres acompañaron a Jesús al interior, donde había muchos árboles. Antes de entrar aguardó Jesús bajo un

árbol caído a la vera del camino. Al caer, sus raíces habían abierto un foso, que se había llenado de agua estancada. Sobre este foso había una verja de hierro tan cerrada que no se podía meter la mano. Aquí se había hundido un ídolo cuando pasó María con José y el Niño en su viaje a Egipto. También el árbol, que sombreaba al ídolo, se había derrumbado.

La gente llevó a Jesús a la ciudad: delante de ella había una gran piedra cuadrada, en la cual, entre otras letras con nombres, había uno que terminaba en *polis*, que se relacionaba con la ciudad. En la ciudad he visto un gran templo con dos patios en torno y muchas columnas, arriba más puntiagudas, adornadas con figuras y estatuas de grandes perros con cabezas de hombres. La ciudad aparecía más bien ruinosa. La gente llevó a Jesús junto a una gruesa muralla, frente al templo, y llamaron a otras personas. Vinieron muchos judíos, ancianos con largas barbas y gente joven. Entre las mujeres me llamó la atención una alta y esbelta. Todos saludaron reverentemente a Jesús: eran amigos de la Sagrada Familia, cuando vivían aquí. En las paredes gruesas había una habitación, que ahora estaba adornada: era la que José había arreglado para vivir con María y el Niño. Lo llevaron allí los hombres que entonces siendo niños habían jugado con Él. Adentro ardían muchas lámparas. Por la tarde Jesús fué llevado por un anciano judío a la escuela, bien arreglada. Las mujeres estaban detrás de una verja y tenían una lámpara para ellas. Jesús oró y enseñó. Le dejaron respetuosamente la presidencia del acto. Al día siguiente lo vi de nuevo enseñando en la sinagoga. Los habitantes llevaban cintas blancas alrededor de la cabeza y túnicas cortas. Se cubrían sólo una parte de los hombros y el pecho. Los edificios son de paredes muy gruesas. Se ven muchas piedras grandes con figuras grabadas. He visto enormes bloques tallados con figuras diversas, que sostenían grandes piedras sobre la cabeza o las espaldas. Reina aquí una espantosa idolatría. En todas partes se ven ídolos en forma de buey y perros agachados con cara de hombres.

Cuando Jesús dejó a Heliópolis, con acompañamiento de muchas personas, tomó a un discípulo más: se llamaba Deodato y su madre Mira. Era aquella esbelta mujer que había visto la primera tarde que vino Jesús. Cuando estuvo la Virgen aquí esta mujer no tenía hijos y por los ruegos de María, Dios le dió este hijo y ahora ella se lo regalaba a Jesús. Era un joven alto y esbelto, que me pareció como de dieciocho años. Cuando los acompañantes volvieron a la ciudad, vi a Jesús en compañía de

sus cinco discípulos atravesando lugares desiertos. Tomó un camino más hacia el Oriente del que había tomado la Sagrada Familia en su huída a Egipto. La ciudad se llamaba Heliópolis. La *E* estaba al revés, junto con la *L*, cosa que yo no había visto en otras partes: por eso yo había pensado que había adentro una *X*. (Había visto *EL*).

Jesús llegó hacia la tarde a una pequeña población en el desierto, donde vivían tres clases de personas: los judíos, en viviendas sólidas; los árabes, en tiendas de campaña, y otras tribus. Estos judíos habían huído hasta aquí cuando Antíoco devastó a Jerusalén. He visto, en esta ocasión, cómo un anciano israelita, un piadoso sacerdote (Matatías, I Mac. 2, 23-25) mató a otro israelita que ofrecía incienso a los ídolos, y cómo, lleno de celo, derribó el altar, y reunió en torno suyo a los buenos. Luego un valiente caudillo (Judas Macabeo) restableció el orden y el culto de Dios. He visto también la comarca donde habían vivido antes. Los árabes se habían unido a estos judíos y fueron con ellos desterrados. Más tarde estos árabes cayeron de nuevo en la idolatría.

El Señor, según su costumbre, se dirigió hacia el pozo. Allí lo saludaron los hombres que acudieron y lo llevaron a una casa donde enseñó, pues esta gente no tenía ningún edificio para escuela. Habló de la próxima vuelta a su Padre y de cómo habían de tratarlo los judíos, cosa que Él predecía en todas partes cuando hablaba a los judíos. Esta gente sencilla no podía creerlo y deseaba grandemente que se quedase con ellos. Cuando Jesús se alejó le siguieron otros dos nuevos discípulos, descendientes de Matatías. El viaje continuó con mucha prisa a través del desierto. Caminaban día y noche con breves ratos de descanso. He visto a Jesús y a sus discípulos descansar junto a aquella hermosa fuente de agua que brotó a los ruegos de María en su huída a Egipto y donde descansó la Sagrada Familia y María bañó al Niño. Ahora está rodeada de un hermoso cerco de balsameros. Aquí cruzó Jesús el camino que había hecho la Sagrada Familia. María y José habían ido por el Oeste haciendo un arco y Jesús sale yendo al Oriente en línea más recta. En el viaje desde Arabia a Egipto se veía el monte Sinaí a distancia, a la derecha.

Al llegar Jesús a Bersabea entró en la sinagoga, donde habló claramente de su mesianidad y su próximo fin. De aquí también se llevó consigo a algunos discípulos jóvenes. Desde Bersabea restaban todavía cuatro días de viaje hasta el pozo de Jacob, junto a Sichar, donde debían reunirse con Él sus apóstoles y dis-

cípulos. Antes de comenzar el Sábado llegó al valle de Mambre, donde celebró el Sábado, enseñando en la sinagoga. Pasó por varias casas y sanó a los enfermos. Hasta el pozo de Jacob habría desde aquí unas veinte horas de camino. Jesús continuó durante la noche para no levantar conmoción en la Judea con su inesperada reaparición.

A través del valle de los pastores, cerca de Jericó, se dirigió al pozo de Jacob, adonde llegó al caer la tarde. Llegó con dieciséis discípulos, pues en el valle de Mambre se le juntaron otros jóvenes. Junto al pozo de Jacob había un albergue preparado para descansar. El hombre que lo cuidaba, encargábase también de abrir y cerrar el pozo. Desde Jericó a Samaría el paisaje es sobremanera agradable. Los caminos están sombreados de árboles, los campos llenos de verdor y los arroyos corren plácidamente. Esperaban aquí a Jesús los apóstoles Pedro, Andrés, Juan, Santiago y Felipe. Lloraban de consuelo al volver a ver a Jesús. Le lavaron los pies a Él y a sus acompañantes. Jesús se mostraba serio. Habló de la cercanía de su Pasión, de la ingratitud de los judíos y del juicio y castigo que caería sobre ellos. Todavía faltan tres meses para su Pasión y Muerte. He visto siempre caer la Pascua a su debido tiempo, cuando en nuestro calendario cae más tarde. Jesús encaminóse luego con sus dieciséis discípulos jóvenes a las casas de Eliud, Silas y Eremenzear, que vivían en el valle de los pastores. A los apóstoles les dijo que volvieran el Sábado a Sichar.